

MEMORIAS
DE UN
MÉDICO.

MEMORIAS DE UN MEDICO,

por

Alejandro Dumas.

—••—
TOMO XI.
—••—

SEVILLA.

—
Imprenta de Atienza, y compañía,
calle de las Sierpes núm. 5.

1848.



JOSÉ BÁLSAMO.

CAPÍTULO LXXI.

El doctor Luis.

—Yo?... exclamó Jilberto estremeciéndose: yo llevarla? Tocarla yo? No, no, pues nunca me lo perdanaria; no, jamás.

Y echó á correr desatinado y pidiendo socorro.

A algunos pasos de distancia del sitio en que se desmayó Andrea estaban trabajando dos mozos destinados á las labores del jardín, y al oír los gritos de

Jilberto acudieron presurosos, poniéndose á las órdenes de Mr. de Jussieu. En consecuencia, trasladaron á Andrea á su habitacion, mientras Jilberto seguia de lejos y con la cabeza baja aquel cuerpo inerte, yendo tan abatido el mancebo como el asesino que camina tras el cadáver de su víctima.

Asi que llegó Mr. de Jussieu á la graderia del departamento de la servidumbre desembarazó á los jardineros de su carga, viendo que Andrea habia abierto los ojos.

El ruido de las voces y el afan que se nota siempre que ocurre una desgracia atrajeron á Taverney fuera de la habitacion, y vió á su hija tambaleándose todavia, y procurando enderazarse para subir los escalones sostenida por Mr. de Jussieu.

Entonces acudió preguntando lo mismo que el rey.

—Qué hay? Qué hay?

—Nada, papá, contestó Andrea con voz débil; un vahido, un dolor de cabeza.

—Es hija vuestra esta señorita, caba-

llero? dijo Mr. de Jussieu saludando al baron.

—Si, señor.

—En ese caso no podria dejarla en mejores manos que la dejo; pero me parece que debeis llamar á un médico.

—Oh! esto no es nada, dijo Andrea.

Y Taverney repitió:

—Seguramente no es nada.

—Asi lo deseo, dijo Mr. de Jussieu; pero esta señorita se puso muy pálida.

Y despues de dar la mano á Andrea hasta el último escalon de la graderia, se despidió.

El padre y la hija quedaron solos.

Taverney, que mientras Andrea estuvo ausente habia aprovechado el tiempo haciendo reflexiones, cojió de la mano á su hija que permanecia en pie, la llevó á un sofá, hizo que se sentase y se sentó á su lado.

—Dispensadme, papá, dijo Andrea; pero tened la bondad de abrir la ventana, porque me falta la respiracion.

—Es que queria hablar contigo algo sériamente, y como esta habitacion

parece una jaula, hasta el aliento se oye de fuera; pero no importa hablaré quedo.

Y abrió la ventana.

En seguida volvió á sentarse junto á su hija cabeceando.

—Preciso es confesar, dijo, que el rey, que tanto interes nos manifestó en un principio, da muy pocas pruebas de galanteria cuando consiente que vivas en este zaquizamí.

—Papá, respondió Andrea, en Trianon no hay donde albergarse, pues ya sabeis que es el defecto que tiene este sitio real.

—Que para otros no hubiera aposentos, dijo Taverney con una sonrisa insinuante, lo concibo, pero para tí, no lo comprendo.

—Teneis de mí una opinion demasiado buena, papá, replicó Andrea sonriéndose; pero por desgracia no todo el mundo piensa así.

—Al contrario cuantos te conocen opinan lo mismo que yo.

Andrea se inclinó como hubiera hecho con un extraño para darle las gra-

cias, porque aquellos cumplidos por parte de su padre empezaba á causarle inquietud.

—Supongo, continuó diciendo Taverney en tono almibarado, que el rey te conoce.

Y mientras hablaba asestó á la jóven una mirada cuyo escudriñamiento era insufrible.

—El rey? dijo Andrea con el tono mas natural del mundo, apenas me conoce, y segun presumo soy muy poca cosa para él.

El baron dió un brinco al oir estas palabras.

—Poca cosa! exclamó: de veras te digo que no te entiendo; conqué poca cosa eh? Vaya un valor que das á tu persona.

Andrea miró á su padre con asombro.

—Si, sí, continuó el baron, lo digo y lo repito, es tanta tu modestia que raya en olvido de la dignidad personal.

—Señor, todo lo exajerais: es verdad que el rey se ha interesado por las

desgracias de vuestra familia, y que se ha dignado hacer algo por nosotros; pero hay tantos infortunios en derredor del trono de S. M., salen tantas larguezas de su réjia mano, que necesariamente debia recaer sobre nosotros el olvido despues de hecho el beneficio.

Taverney miró fijamente á su hija, y no sin cierta admiracion al ver su reserva é impenetrable discrecion.

—Vamos, le dijo aproximándose á ella, querida Andrea, tu padre va á ser el primer pretendiente que se dirige á tí, y creo que no le desairarás.

Andrea miró entonces á su padre como pidiéndole una esplicacion.

—Vamos, continuó Taverney, todos te lo rogamus; aboga por nosotros, haz algo por tu familia...

—Pero á qué viene esto? Qué es lo que quereis que haga? exclamó Andrea estupefacta al ver el tono con que se habian pronunciado aquellas palabras y el sentido que encerraban.

—Dime, estás dispuesta á pedir algo para tí y tu hermano, si ó no?

—Señor, respondió Andrea, haré cuanto me mandeis; pero no teméis que se nos tenga por demasiado codiciosos? Ya me ha regalado el rey un aderezo que, según vos, vale más de cien mil libras tornesas; además, S. M. ha prometido á mi hermano un rejimiento, de suerte que absorbemos nosotros una parte considerable de los beneficios que dispensa la corte.

Taverney no pudo reprimir una carcajada estrepitosa que revelaba desden.

—Es decir, que está bien pagado?

—Ya sé, respondió Andrea, que vuestros servicios valen mucho, señor.

—Y quién diablos te habla de mis servicios? exclamó Taverney perdiendo la paciencia.

—Pues entonces de qué me hablais?

—En verdad que es absurdo el papel de disimulada que estás haciendo conmigo.

—Pues qué tengo yo que disimular, Dios mío? preguntó Andrea.

—Mira que lo sé todo.

—Y qué es lo que sabeis?

—Todo, te vuelvo á decir.

—Todo? Y qué es ello, señor?

Y como por instinto el rostro de Andrea se cubrió de un vivo encarnado, producido por aquel ataque grosero dado á una conciencia tan púdica.

El respeto con que un padre debe tratar á su hija contuvo á Taverney en la pendiente de sus interrogaciones, que tan rápida se iba haciendo.

—Corriente, dijo, sea lo que tú quieras; segun parece te has propuesto echarla de reservada y misteriosa; está bien. Dejas que tu padre y que tu hermano vejeten en el olvido; sea en buen hora; pero acuérdate de mis palabras: cuando no se adquiere imperio desde el principio, se espone uno á no tenerlo nunca.

Y Taverney hizo una pirueta sobre los talones.

—Señor; no os entiendo, dijo Andrea.

—Muy bien, yo sí que me entiendo, respondió Taverney.

—Eso no basta cuando están hablando dos.

—Pues bien, será mas claro: emplea toda la diplomacia de que la naturaleza te ha dotado, y es una virtud de familia, para labrar, mientras se presenta la ocasion, la suerte de tu familia y la tuya; y la primera vez que veas al rey dile que tu hermano espera el real despacho, y que tu te estás consumiendo en un cuarto sin ventilacion ni vistas; en una palabra, no seas tan ridicula que vayas á tener demasiado amor ó sobrado desinterés.

—Pero, señor....

—Dile eso al rey esta misma noche.

—Pero donde quereis que yo vea al rey?

—Y añade que no es decente para S. M. venir...

En el momento en que Taverney iba sin duda á escitar con palabras mas esplicitas la tempestad que se formaba sordamente en el pecho de Andrea, y á provocar una explicacion que hubiese aclarado el misterio, se oyeron pasos en la escalera.

El baron calló al instante y corrió

al pasamano para ver quien iba á la habitacion de su hija.

Andrea vió con asombro que su padre se arrimaba á la pared.

Casi en el mismo instante entró en el cuarto la delfina, en compañía de un hombre vestido de negro y que se apoyaba en un largo baston.

—V. A. aquí! exclamó Andrea, reuniendo todas sus fuerzas para ir á recibir á la delfina.

—Sí, respondió esta, os vengo á consolar y os traigo un médico. Venid, doctor. Ah! señor de Taverney, continuó diciendo la princesa luego que conoció al baron, vuestra hija está muy mala y no la cuidais.

—Señora, tartamudeó Taverney.

—Venid, doctor, dijo la delfina con esa bondad encantadora que en tan alto grado poseia; verid, tomadle el pulso, examinad lo abatido de sus ojos, y decidme qué tiene mi ahijada.

—Oh! señora, señora, qué buena sois.... murmuró la joven. No sé cómo me he atrevido á recibir á V. A. R.

—En este chiribitil, no es eso, querida mia? Tanto peor para mí que os he dado tan mal aposento, pero ya se remediará. Vamos, hija mia, dad la mano al señor Luis, mi médico-cirujano, y cuidado, porque es un filósofo que adivina, y un sabio que vé.

Andrea alargó la mano al doctor sonriéndose.

Este, joven aun, y cuya intelijente fisonomía revelaba cuanto la delfina habia dicho de él, no habia cesado, desde que entró en la habitacion, de contemplar primero á la enferma, en seguida la localidad y por último la estraña figura del padre, que no anunciaba inquietud, sino mortificacion.

El hombre sabio iba á ver, cuando ya habia adivinado quizá el filósofo.

El doctor Luis interrogó durante mucho tiempo el pulso de la joven, y le preguntó qué era lo que sentia.

—Gran inapetencia, respondió Andrea; estremecimientos repentinos, ardores que me suben de pronto á la cara, espasmos, palpitaciones y desmayos.

A medida que Andrea iba hablando se ponía mas serio el médico.

Al fin soltó la mano de la joven y separó la vista.

—Y bien, doctor, dijo la princesa, *quid?* como dicen los que consultan á un médico. Está amenazada esta niña y la sentenciais á morir?

El doctor volvió á fijar la vista en Andrea, y la examinó de nuevo en silencio.

—Señora, dijo, la enfermedad de esta señorita no tiene nada de particular.

—Pero no es peligrosa?

—Regularmente, no, respondió el doctor sonriéndose.

—Ah! muy bien, dijo la princesa respirando con mas libertad, no la atormentéis demasiado.

—Oh! podeis estar segura, señora, de que no la atormentaré en manera alguna.

—Cómo es eso! No le mandais nada?

—Para la enfermedad que padece esta señorita no se aplica ningun remedio.

—De veras?

—Como lo oye V. A.

—Ninguno?

—Ninguno.

Y queriendo evitar una esplicacion mas larga, el doctor se despidió de la princesa so pretesto de que tenia que visitar otros enfermos.

—Doctor, doctor, dijo la delfina, si lo que decís no es solamente para tranquilizarme, entonces estoy yo mas mala que la señorita de Taverney; llevadme, pues, sin falta, cuando esta noche vayais á visitarme, los anises que me habeis prometido para conciliar el sueño.

—Señora, asi que vaya á casa yo mismo los prepararé.

Y se marchó.

La delfina permaneció al lado de su lectora.

—Tranquilizaos, querida Andrea, dijo con benévola sonrisa: vuestra enfermedad no debe ser alarmante cuando el doctor se va sin recetaros nada.

—Tanto mejor, señora, replicó Andrea; con eso nada interrumpirá mi ser-

vicio al lado de V. A. R., que es lo que mas temia: sin embargo, diga lo que diga el médico, sufro mucho, señora, os lo juro.

—No debe ser muy grande ese mal cuando el médico se rie de él. Acostaos, pues, hija mia; voy á enviaros una persona que os asista, pues noto que estais sola. Señor de Taverney, tened la bondad de acompañarme.

Esto diciendo, dió la mano á Andrea y salió despues de haberla consolado, como prometió al entrar.

CAPÍTULO LXXII.

Juego de palabras de M. de Richelieu.

El duque de Richelieu, segun hemos visto, se dirigió á Luciennes con esa rapidez de decision y esa firme intelijencia que caracterizaba al que fue embajador en Viena, al vencedor de Mahon.

Llegó con aire alegre y resuelto, su-

bió como un joven los escalones de la gradería de piedra, tiró á Zamora de las orejas, como en los buenos dias de su intelijencia, y forzó, por decirlo así, la puerta de aquel famoso retrete forrado de raso azul en que la pobre Lorenza vió á la Dubarry disponiendo su viaje á la calle de San Claudio.

La condesa, recostada en su sofá, daba á Mr. de Aiguillon sus órdenes de por la mañana.

Ambos se volvieron al oir el ruido y se quedaron estupefactos al ver al mariscal.

—Ah! el señor duque, exclamó la condesa.

—Ah! mi tio, dijo Mr. de Aiguillon.

—Efectivamente, señora; efectivamente, sobrino.

—Cómo, sois vos!

—Yo, yo mismo, yo en persona.

—Mas vale tarde que nunca, dijo la condesa.

—Señora, contestó el mariscal, cuando uno se va haciendo viejo se vuelve caprichoso.

—Es decir que volveis á Luciennes....

—Impulsado de un cariño que solo me dejó por capricho. Eso es, completais admirablemente mi pensamiento.

—De suerte que volveis....

—De suerte que vuelvo; eso es, dijo Richelieu instalándose en el mejor sillón que habia distinguido desde la primera ojeada.

—Oh! Oh! dijo la condesa, quizá haya aquí alguna otra cosa que callais, porque el capricho nada influye en un hombre como vos.

—Condesa, haceis mal en cebaros en en mí porque valgo mas que mi reputacion, y si vuelvo es....

—Por qué? preguntó la condesa.

—Porque tengo gusto en ello.

Mr. de Aiguillon y la condesa soltaron una carcajada.

—Qué felices somos, dijo la condesa, en tener un poco de talento para conocer todo el vuestro.

—Cómo es eso?

—Sí, os juro que las personas imbéciles se quedarían aturrulladas, y atri-

buirian á otra causa el motivo de este cambio. Como soy Dubarry os digo, querido duque, que nadie os iguala en esto de entrar y salir, Molé, el mismo Molé es un actor de palo comparado con vos.

—Conque no creéis, exclamó Richelieu, que vengo de todo corazon? Condesa, condesa, mirad lo que haceis, porque voy á formar muy mala idea de vos. Oh! no te rias, sobrino, ó te llamo *Petrus* y nada edificaré sobre tí.

—Ni un ministerio siquiera? preguntó la condesa.

Y soltó otra carcajada con una franqueza que no trataba de disimular.

—Bueno, descargad, dijo Richelieu presentando la espalda; ay! yo no os devolveré los golpes, porque soy demasiado viejo y ya no tengo medio defensa. Abusad, condesa, abusad, pues es un placer que ahora no puede traer os ningun riesgo.

—Al contrario, tened cuidado, dijo Aiguillon: si mi tio os habla de su debilidad somos perdidos. No, señor duque, no os pegaremos, pues por muy débil que seais ó pretendais ser, nos devolvereis los gol-

pes y con usura; no, la verdad es que nos alegramos de vuestra vuelta.

—Sí, dijo la loca de la condesa, y para festejar esa vuelta hacemos salva, porque ya lo sabeis, duque...

—Yo no sé nada, señora, dijo el mariscal con tanta sencillez que parecia un niño.

—Pues bien, en los fuegos artificiales siempre hay alguna peluca á que alcanzan las ebispas, ó algunos sombreros agujereados por las varillas de los cohetes.

El duque se llevó la mano á la peluca y miró su sombrero.

—Eso es, eso, dijo la condesa; pero el hecho es que volveis, y esto es lo mejor; por lo que hace á mi estoy loca de alegría, como ha dicho Mr. de Aiguillon: quereis saber por qué?

—Condesa, condesa, vais á decirme alguna otra picardia.

—Sí; pero será la última.

—Pues bien, decidla.

—Estoy alegre, mariscal, porque vuestro regreso me anuncia buen tiempo.

Richelieu se inclinó.

—Sí, continuó diciendo la condesa, vos sois como esos pájaros poéticos que predicen la calma; cómo se llaman esos pájaros, señor de Aiguillon, vos que haceis versos?

—Alciones, señora.

—Justamente. Ah! mariscal, creo que no os enfadareis, pues os comparo con un pájaro que tiene un nombre muy bonito.

—Me enfadaré tanto menos, señora, dijo Richelieu haciendo una mueca que indicaba satisfaccion, y la satisfaccion de Richelieu presajiaba siempre alguna maldad; me enfadaré tanto menos cuanto que la comparacion es esacta.

—Ya lo decia yo!

—Sí, traigo buenas, escelentes noticias.

—Ah! dijo la condesa.

—Y cuales son? preguntó Aiguillon.

—Qué diablo! Qué ejecutivo sois, señor duque! dijo la condesa; dejad que el mariscal tenga tiempo de forjarlas.

—No, lléveme el demonio si no es

verdad; puedo decíros las en seguida, y lejos de tener que forjarlas, son ya de fecha antigua.

—Mariscal, si os venís con cosas de viejos....

—Qué diantre! dijo el mariscal, en vos consiste saberlas ó no, condesa.

—Pues bien, corriente, sepámoslas.

—Parece, condesa, que el rey ha caído en la red.

—En la red?

—Sí, completamente.

—Pero en qué red?

—En la que vos le habeis tendido.

—Yo! dijo la condesa, yo he tendido una red al rey?

—Bien lo sabeis, voto al chápíro!

—No, palabra de honor que no lo sé.

—Ah! condesa, no está bien que me engañeis así.

—De veras os digo, mariscal, que no sé de que se trata; hacedme el favor de esplicaros.

—Si, tio, esplcaos, dijo Aiguillon adivinando que la sonrisa ambigua del mariscal ocultaba algun perverso designio;

esta señora espera inquieta.

El anciano duque se volvió hacia su sobrino y dijo:

—Por Cristo que sería una picardia que la señora condesa no te hubiera confiado el asunto, querido Aiguillon. Ah! en este caso sería mas grave que lo que yo creia.

—Yo, tío?

—Él?

—No hay duda, tú; no hay duda! Vamos, condesa, sed franca; le habeis asociado á vuestras inspiraciones contra S. M?... Pobre duque! Y habiendo hecho como ha hecho tan grande papel!

La Dubarry se ruborizó, lo cual era posible, porque era tan temprano, que aun no se habia puesto ni colorete ni lunares. Pero era peligroso ruborizarse.

—Los dos me mirarais con ojos de asobro, dijo Richelieu y al fin será necesario que os instruya de vuestros propios asuntos.

—Instruidnos, instruidnos, dijeron á un mismo tiempo el duque y la condesa.

—Pues bien, el rey lo habrá pene-

trado todo, como es tan sagaz, y habrá tenido miedo.

—Y qué ha de haber penetrado? preguntó la condesa; en verdad, mariscal, que rabio de impaciencia.

—Como parece que estais en buena intelijencia con mi gallardo sobrino....

Aiguillon se puso pálido y parecia querer decir á la condesa con la vista:

—Bien seguro estaba yo de que era alguna picardia.

Como las mujeres! son en estos casos valientes, mucho mas valientes que los hombres, la condesa aceptó desde luego el combate.

—Duque, dijo, temo los enigmas, cuando os poneis á hacer el papel de esfinje, porque me parece que mas tarde ó mas temprano voy á ser indefectiblemente devorada. Sacadme pues de inquietud, y si es una chanza, permitidme que os diga es de mala ley.

—De mala ley, condesa! Al contrario, es excelente, exclamó Richelieu; no la mia, sino la vuestra.

—Maldito si os entiendo, mariscal, dijo

la Dubarry mordiéndose los labios con una impaciencia que resaltaba mas aun con el movimiento que hacia con el pié.

—Vamos, vamos, fuera amor propio, condesa, continuó Richelieu. Está bien; temeis que el rey contrajera relaciones con la señorita de Taverney. Oh! no lo negueis porque lo sé de un modo evidente.

—Oh! es cierto, no trato de ocultarlo.

—Pues bien, habiendo temido eso, habeis querido por vuestra parte hasta donde fuera posible, punzar en lo vivo á S. M.

—Tambien convengo en esto: y qué mas?

—Ya llegamos á lo principal, condesa; para punzar á S. M., cuya epidermis es algo correosa, se necesitaba un aguijon muy penetrante.... Ah! ah! se me ha escapado un juego de palabras mal-ditísimo. Comprendeis (1).

(1) Para intelijencia de este párrafo recordamos á los lectores que conozcan el habla francesa, y advertimos á los que la ignoren, que *aiguillon* significa *aguijon*. (N. del T.)

Y el mariscal se puso á reir á carcajadas ó finjó que se reia, para observar mejor en las convulsiones de aquella hilaridad la fisonomia de sus dos víctimas.

—Qué juego de palabras es ese? Decirlo, tio, preguntó Aiguillon, que fué el que primero se repuso y aparentaba sencillez.

—No lo has entendido? dijo el mariscal. Ah! Tanto mejor, porque era excrable. Pues bien, queria decir que la señora condesa habia tratado de dar celos al rey, y habia escojido para esto á un noble de buena presencia y dotado de talento; en fin, un pródigo de naturaleza.

—Quién dice eso? exclamó la condesa furiosa, como todo el que siendo poderoso hace alguna cosa mala.

—Quien lo dice?... Todo el mundo, señora.

—Todo el mundo no es nadie, bien lo sabeis, duque.

—Al contrario, señora; todo el mundo es cien mil almas en Versalles solamente, seiscientas mil en Paris, veinte y cinco millones en el resto de Francia; y

tened presente que no cuento el Haya, Hamburgo, Rotterdam, Londres y Berlin, donde se imprimen tantas gacetas como hablillas corren por Paris.

—Y se dice en Versalles, Paris, el resto de Francia, la Haya, Hamburgo, Rotterdam, Londres y Berlin?....

—Si señora, se dice que sois la mujer de más talento y mas bonita que hay en Europa; dícese tambien que gracias á esa ingeniosa estratajema de finjir que teneis un amante....

—Un amante! Y en qué se fundan para hacer una acusacion tan estúpida?

—Acusacion! Qué es lo que decis, condesa? Admiracion y nada mas. Se sabe que en el fondo no hay tal cosa, pero se admira la estratajema; y en qué se funda esta admiracion, este entusiasmo? En vuestra conducta que revela talento, en vuestra acertada táctica; se funda en que habeis finjido con un arte milagroso quedaros sola de noche, ya sabeis cuando fué, la noche que yo me hallaba en vuestra casa, el rey igualmente, y tambien mi sobri-

no Aiguillon, la noche que yo salí primero, despues el rey, y mi sobrino Aiguillon en seguida.

—Y bien, acabad.

—Se fundan en que habeis finjido quedaros sola con Aiguillon, como si fuera vuestro amante; que le hicisteis salir sin ruido y muy de mañana de Luciennes, siempre como si se tratara de un amante; y esto de modo que dos ó tres imbéciles, dos ó tres papamoscas, como yo, por ejemplo, le vieron para ir á cacarearlo; de suerte que el rey lo habrá sabido, habrá tenido miedo, é inmediatamente habrá dejado á la señorita de Taverney por no perderos.

La Dubarry y Aiguillon no sabian qué cara poner.

Richelieu no les apuraba, sin embargo, ni con sus miradas, ni con sus jestos; al contrario, absorbian al parecer toda su atencion su caja de tabaco y la pechera de la camisa.

—Porque al fin, siguió diciendo el mariscal sin dejar de dar papirotazos con los dedos en la pechera, parece una co-

segura que el rey ha abandonado esa jóven.

—Duque, replicó la Dubarry, os declaro que no entiendo una palabra de todas vuestra espresiones, y estoy segura de una cosa: que el rey, si se le hablara de esto, no lo entenderia mucho mejor que yo.

—De veras? dijo el duque.

—Sí, de veras; y tanto vos como el mundo me atribuis mucha mas imaginacion que la que tengo, pues nunca he querido dar celos á S. M. por los medios que decís.

—Condesa!

—Os lo juro.

—Condesa, la buena diplomacia, y no hay mejores diplomáticos que las mujeres, nunca confiesa que no le ha salido bien una astucia, porque como yo he sido embajador sé que hay un axioma en política que dice: «No deis á conocer á nadie que os ha ganado en algo una vez, porque os ganará dos veces.»

—Pero, duque....

—Todo está reducido á que habeis ganado y el rey está muy mal con todos

los Teverney.

—En verdad, duque, exclamó la Dubarry, que teneis un modo de suponer las cosas que en nadie sino en vos se ha visto hasta ahora.

—Ah! no quereis creer que el rey se ha indispuerto con los Taverney? preguntó el mariscal eludiendo la reyerta.

—No es eso lo que quiero decir.

Richelieu trató de cojer la mano á la condesa.

—Sois un pájaro, le dijo.

—Y vos una serpiente.

—Ah! está bien, otra vez me apresuraré á traeros buenas noticias para que me premieis de este modo.

—Tio, desengañaos, dijo con viveza Aiguillon, que habia conocido todo el alcance de la maniobra de Richelieu; nadie os aprecia tanto como la condesa, y así me lo decia cuando vinieron á anunciar vuestra llegada.

—El hecho es, dijo el mariscal, que yo quiero mucho á mis amigos, y así he tratado de ser el primero que os traiga la seguridad de que habeis triunfado.

condesa. Sabeis que el baron de Taverney queria vender su hija al rey?

—Creo que la ha vendido efectivamente, dijo la condesa.

—Oh! qué astuto es ese hombre, señora? Ese sí que es una serpiente: figuraos que yo me dejé embaucar por sus cuentos de amistad y antigua confraternidad de soldados. Siempre que atacan mi corazon me dejo vencer; y luego, quién habia de creer que ese Aristides de provincia venia espresamente á Paris para ver de dar en tierra con Juan Dubarry, es decir, con el hombre mas agudo del universo? Ha sido menester todo el afecto con que miro vuestros intereses, condesa, para haber recobrado un tanto de buen sentido y penetracion. Bajo palabra de honor os digo que estaba ciego.

—Y habeis roto con él? segun decis á lo menos! preguntó la Dubarry.

—Oh! del todo, os lo aseguro. He dado tal zurra á ese digno danzante, que á estas horas debe haber tomado su partido, y somos dueños del terreno.

—Pero, y el rey?

—El rey?

—Sí.

—He confesado á S. M. sobre tres puntos.

—Cual es el primero?

—El padre.

—Y el segundo?

—La hija.

—Y el tercero?

—El hijo. Ahora bien; S. M. se ha dignado decir que el padre es un.... adulator; su hija una bachillera; y en cuanto al hijo S. M. no le ha nombrado, porque ni siquiera se acuerda de él.

—Muy bien; ya nos hemos descartado de toda la casta.

—Ya lo creo.

—Vale la pena de que los enviemos á su agujero?

—Creo que nó, porque están suficientemente despachados.

—Y decis que ese hijo, á quien el rey prometió un regimiento....

—Ah! teneis mas memoria que el rey, condesa. Es verdad que Felipe de Taverney es un guapo muchacho que os ases-

taba buenas ojeadas y algunas mortíferas; pero pardiez, ni es coronel ya, ni capitán ni hermano de la favorita: lo único que le queda es haber sido distinguido por vos.

Diciendo esto trataba el anciano duque de arañar el corazón de su sobrino con las uñas de los celos.

Pero M. de Aiguillon no pensaba en celos en aquel momento.

Lo que hacia era meditar sobre el paso que acababa de dar el mariscal, y tratar de comprender el verdadero motivo de semejante cambio.

Al cabo de algunas reflexiones se figuró que solo el viento del favor habia llevado á Richelieu á Luciennes.

Hizo, pues á la Dubarry una seña que el anciano duque vió en un espejo de pared mientras se acomodaba la peluca y al instante convidó la condesa á Richelieu á tomar el chocolate con ella.

Aiguillon se despidió haciendo mil cumplidos á su tío, cumplidos que le devolvió Richelieu.

Este último se quedó solo con la con-

desa junto al velador que acababa de preparar Zamora con todo lo necesario.

El Mariscal miraba todo aquel manejo de la favorita murmurando en voz baja:

—Hace veinte años hubiera mirado al reloj no sin decir: «es preciso que sea ministro dentro de una hora,» y lo hubiera sido.

Luego continuó, siempre hablando consigo mismo:

—Qué cosa tan tonta es la vida! Durante la primera parte el cuerpo sirve á la mente, y durante la segunda, la mente, que es la única que sobrevive, se convierte en lacayo del cuerpo. Esto es absurdo.

—Querido mariscal, dijo la condesa interrumpiendo el monólogo interior de su huésped; ahora que somos buenos amigos, y sobre todo ahora que no estamos mas que los dos, decidme por qué os tomásteis tanta molestia en empujar á esa remilgada hácia el lecho del rey.

—Eso es lo que me pregunto á mí mismo, y á fé mia os digo que no lo

sé, respondió Richelieu llevándose á los
lábios la jícara de chocolate.

CAPÍTULO LXXIII.

Regreso.

Mr. de Richelieu sabia á qué atenerse con respecto á Felipe, y aun podia haber anunciado su vuelta á ciencia fija, porque al salir aquella mañana de Versailles para dirijirse á Luciennes lo encontró en la carretera en direccion á Trianon, y se cruzó con él de bastante cerca para poder notar en su rostro todos los síntomas de la tristeza y la inquietud.

Efectivamente, Felipe, olvidado en Reims; Felipe, despues de pasar por todos los grados del favor, y en seguida de la indiferencia; Felipe, fastidiado desde luego de recibir las muestras de amistad de todos los oficiales que miraban con ojos de envidia sus ascensos, y aun las atenciones de sus superiores; Felipe, deci-

mos, á medida que la falta de favor iba empañando con su aliento aquella fortuna brillante, se habia ido disgustando al ver convertidas las amistades en frialdad, al mismo tiempo que las atenciones en mas de un sofion; y el dolor habia tomado todos los caratères del pesar en aquella alma tan delicada.

Felipe echaba menos, pues, su subtenencia de Strasburgo cuando la Delfina entró en Francia, y sus buenos amigos, sus iguales, sus compañeros; pero lo que mas echaba menos sobre todo era el interior tranquilo y puro de la casa paterna, junto al hogar cuyo gran sacerdote era la Brie. Allí enalquier pena encontraba consuelo en el silencio y el olvido, que para los hombres de una imaginacion viva es como el sueño; ademas, la soledad que reinaba en Taverney atestiguaba la decadencia de las cosas, así como la ruina de los individuos, tenia cierto aspecto filosófico que hablaba poderosamente al corazon del jóven.

Pero lo que Felipe sentia mas que nada, era no poder contar con el apoyo

de su hermana, ni sus consejos casi siempre tan acertados, consejos hijos mas que de la esperiencia de la arrogancia. Porque es de notar que las almas nobles y eminentes se remontan involuntariamente, y por su misma índole, sobre el vulgo, y muchas veces tambien por su misma elevacion se libertan de los manoseos, heridas y lazos, lo cual no siempre logran evitar con su astucia los insectos humanos de inferior clase, por muy acostumbrados que estén á bordear, valerse de ardides y meditar en el fango.

Así que á Felipe le entró el fastidio, se sintió desanimado, y el jóven sufría tanto en su aislamiento que no quiso creer que Andrea, que era la mitad de sí propio, pudiera ser dichosa en Versalles cuando él, que era la mitad de Andrea, padecía tanto en Reims.

Escribió pues al baron la carta que ya conocemos, y en que le anunciaba su próximo regreso, carta que no admiró á nadie y mucho menos al baron: al contrario, lo que le admiraba era que Felipe tuviese paciencia para esperar de aquel

modo cuando él estaba en brasas, y hacia quince dias que siempre que veia á Richelieu le suplicaba apresurase el éxito de la aventura.

No habiendo recibido Felipe el real despacho en el plazo que él mismo fijó, se despidió de sus oficiales sin notar al parecer su desden y sarcasmos, aunque es verdad que disimulaban por política, la cual todavia era en aquella época una virtud francesa, y por el respeto que naturalmente causa un hombre de valor.

En consecuencia, en la hora que habia convenido consigo mismo se pondria en marcha, hasta cuya hora estuvo esperando el despacho con mas temor que deseo de que llegase, montó á caballo y tomó el camino de Paris.

Los tres dias que tuvo que gastar en el viaje le parecieron mortalmente largos, y cuanto mas se acercaba tanto mas espantosas eran las proporciones con que revestia su imaginacion el silencio que guardaba su padre, y sobre todo el de su hermana, quien le habia ofrecido tanto que

le escribiría á lo menos dos veces en la semana.

Felipe llegó á Versailles á eso de medio dia, como ya hemos dicho cuando Mr. de Richelieu salia de él; pues el jóven habia caminado parte de la noche, habiendo dormido solamente unas cuantas horas en Melun, por lo demas iba tan distraído que no vió á Mr. de Richelieu en su carruaje, y ni aun siquiera conoció su librea.

Dirijióse en derechura hácia la verja del parque en que se despidió de Andrea el dia de su marcha, cuando la joven, sin tener motivo para aflijirse, puesto que la prosperidad de la familia llegaba á su colmo, sentia sin embargo agolparse á su cerebro los proféticos vapores de una tristeza incomprensible.

Así es que aquel dia Felipe se vió asaltado por una credulidad supersticiosa en los pesares de Andrea; pero poco á poco la imaginacion volvió á enseñorearse de sí misma, sacudió el yugo, y por una estraña casualidad Felipe era quien, sin razon, así como así volvía á

los mismos sitios presa de igual inquietud, y sin encontrar, ó Dios! consuelo probable para aquella tristeza insufrible que parecia un presentimiento á falta de causa.

En el momento en que su caballo, lanzado á galope sobre los guijarros del empedrado, despedia un reguero de chispas, salió del seto de hojaranzos un joven á quien sin duda atrajo aquel ruido.

Era Jilberto, que tenia una podadera en la mano.

El jardinero conoció á su amo antiguo.

Felipe, por su parte, tambien conoció á Jilberto.

Hacia un mes que este andaba vagando como alma en pena, sin saber donde hacer alto.

Aquel dia, como era tan hábil en la ejecucion de sus pensamientos, estaba ocupado en escojer puntos de vista en las calles de árboles, desde donde pudiera divisar el pabellon ó la ventana de Andrea, para estar mirando constante aquella casa sin que nadie notara su distraccion, estremecimientos y suspiros.

Con la podadera en la mano, para

aparentar que hacia algo, recorria los bosquecillos y acirales, cortando aquí ramos llenos de flores, so pretesto de podar, arrancando allá la corteza sana de tiernos tilos, so pretesto de quitar la resina y la goma, y siempre escuchando, siempre mirando, deseando y lamentándose.

El joven se habia puesto muy pálido en el mes que acababa de transcurrir, y solo aparecian en su rostro signos de juventud por el brillo extraordinario que despedian sus ojos y la blancura mate de su tez; pero su boca, crispada por el disímulo, su mirada oblicua, y la temblona movilidad de los músculos de la cara, pertenecian ya á los años mas sombríos de la edad madura.

Ya hemos dicho que Jilberto conoció á Felipe y ahora añadimos que al conocerle hizo un movimiento para meterse en el bosquecillo.

Pero Felipe dirigió el caballo hácia él, gritando:

—Jilberto! eh! Jilberto!

El primer impulso de este fué huir;

de suerte, que con un segundo mas que hubiera pasado habríase apoderado de él el vértigo, el terror, ese delirio que no tiene esplicacion posible, y que los antiguos que á todo buscaban una causa, atribuian al dios Pan. Un segundo mas, repetimos, y Jilberto hubiera salido corriendo como un loco por las calles de árboles, los bosquecillos, los setos y aun los estanques.

Una palabra llena de dulzura que pronunció Felipe llegó por fortuna á los oídos del jóven montaraz, y le contuvo.

—No me conoces, Jilberto? le gritó Felipe.

Jilberto comprendió su locura y varió de modo de pensar.

En seguida volvió atras, pero lentamente y con desconfianza, diciendo con voz temblona:

—No, caballero, no os habia conocido; al contrario, os tomé por un guarda, y como no estoy ocupado en mi tarea, temí me conocieran y castigasen.

Felipe se contentó con aquella esplicacion, echó pie á tierra, se lió en el

brazo la brida del caballo, y poniendo la otra mano en el hombro á Jilberto, quién se estremeció de un modo visible le preguntó:

—Qué tienes, Jilberto?

—Nada, señor, respondió este.

Felipe se sonrió con tristeza, y dijo:

—Tú no nos quieres bien, Jilberto.

El mancebo volvió á estremecerse.

—Sí, lo comprendo, continuó Felipe; mi padre te ha tratado con tanta injusticia como dureza, pero y yo?

—Oh! vos.... murmuró el mancebo.

—Yo te he querido siempre, y siempre te he protegido.

—Es verdad.

—Así, olvida el mal por el bien; también mi hermana te ha tratado con bondad.

—Oh no! lo que es eso no, se apresuró á decir Jilberto con una espresion que nadie hubiera podido comprender, porque encerraba una acusacion contra Andrea, y una disculpa en su favor; porque estallaba como el orgullo, al mismo tiempo que jemía como un remordimiento.

—Sí, sí, dijo á su vez Felipe; sí, ya lo entiendo, mi hermana es algo soberbia, pero en el fondo es buena.

Luego, despues de una pausa, porque toda aquella conversacion no tenia otro objeto sino retardar una entrevista que temia por un presentimiento, dijo:

—Oye, Jilberto, sabes dónde está mi buena Andrea?

Este nombre hirió en el corazon á Jilberto, y respondió con voz ahogada:

—Segun presumo debe estar en su habitacion, señor. Cómo quereis que yo sepa....

—Sola, como siempre? eso es muy fastidioso. Pobre hermana! interrumpió Felipe.

—Lo que es en este momento debe estar sola, segun todas las probabilidades, pues desde que huyó Nicolasa....

—Cómo, Nicolasa ha huido?

—Si señor, con su novio.

—Con su novio?

—Al menos, segun presumo, dijo Jilberto, quien conoció que habia andado demasiado lejos. Asi se dice entre la servidumbre.

—En verdad, Jilberto, dijo Felipe cada vez mas alarmado, que no entiendo una palabra de todo eso. Vamos, sé un poco amable, porque tienes talento, y no te falta distincion natural: no echés á perder estas buenas cualidades finjiendo hurañería y usando una rudeza que ni sienta bien en tu condicion ni en ninguna.

—Es que yo no sé todo lo que me preguntais, señor, y si reflexionais vereis que no puedo saberlo. Todo el dia estoy trabajando en los jardines, y no sé lo que pasa en palacio.

—Sin embargo, Jilberto, yo creia que tenias ojos.

—Yo?

—Sí, y que te interesabas por los que llevan mi mismo apellido; porque al fin, por mala que fuese la hospitalidad de Taverney, lo cierto es que has disfrutado de ella.

—Por eso mismo, Sr. Felipe, me intereso mucho por vos, dijo Jilberto con voz chillona y ronca, porque la manse-dumbre de Felipe y otro sentimiento que este no podia adivinar habian ablandado

aquel corazon feroz; si, os quiero, y por eso os digo que la señorita está muy mala.

—Muy mala! Mi hermana, muy mala! exclamó Felipe con arrebató; muy mala, mi hermana, y no me lo has dicho desde luego!

Y dejando el paso mesurado para tomar el de carrera, preguntó:

—Y qué tiene, Dios mio?

—Pardiez! dijo Jilberto, no se sabe.

—Pero al fin?...

—No hay mas sino que hoy se ha desmayado tres veces en los jardines, y á estas horas la han visitado el médico de la señora delina, y el señor baron tambien.

Felipe no quiso oir mas; conoció que sus presentimientos se habian realizado, y al frente del peligro real y efectivo recobró todo su valor.

Entregó el caballo á Jilberto, y corrió con todas sus fuerzas hácia el edificio donde se alojaba la servidumbre.

En cuanto á Jilberto, asi que se quedó solo llevó precipitadamente el alazan á las caballerizas, y salió huyendo como

esos pájaros dañinos y bravios que nunca quieren ponerse al alcance del hombre.

CAPÍTULO LXXIV.

El hermano y la hermana.

Felipe encontró á su hermana echada en el sofá de que hemos hablado varias veces.

Al entrar en la antesala notó el jóven que Andrea habia tenido cuidado de alejar de sí las flores, á pesar de lo aficionada que era á ellas; porque desde que empezó á ponerse mala, el olor de aquellas le causaba grandes dolores, y atribuia á semejante irritacion de las fibras cerebrales todas las indisposiciones que habian ido sucediéndose en el espacio de quince dias.

Cuando Felipe entró Andrea estaba distraida; su hermosa frente, cargada de una nube, se inclinaba con pesadez; sus ojos vacilaban en la dolorida órbita; tenia caidas las manos, y aunque en esta

situacion la sangre debia agolparse á aquella parte, sus manos estaban tan amarillas como las de una estátua de cera.

Tanta era su inmovilidad que parecia que no tenia vida, y para convencerse de que no estaba muerta era preciso oirla respirar.

Felipe habia ido apresurando el paso cada vez mas desde el momento en que Jilberto le dijo que su hermana estaba mala, de suerte que llegó sin aliento al pié de la escalera; pero allí hizo alto, recobró la razon, y subió los escalones con paso mas tranquilo, por manera que en el umbral de la puerta no hizo sino sentar el pie sin ruido y casi sin movimiento como si fuera una sílfide.

Quería examinar por sí mismo, con la solicitud particular á los que bien quieren, la enfermedad por medio de los síntomas, pues Andrea era tan tierna y tan buena que sabia componer su rostro y sus ademanes para no alarmar á su hermano.

Entró, pues, empujando la puerta vi-driera con tanta suavidad que Andrea no

le oyó, de suerte que estaba en medio del aposento antes que ella sospechase nada.

De consiguiente Felipe tuvo tiempo para mirarla y ver aquella palidez, aquella inmovilidad, aquella atonía; sorprendió la extraordinaria espresion de aquellos ojos que se abismaban en el vacío, y mas alarmado que lo que se habia figurado llegaría á estar se le ocurrió al momento la idea que la moral entraba por mucho en los padecimientos de su hermana.

Al ver aquel aspecto que hacia estremecer el corazón, Felipe no pudo contener un movimiento de espanto.

Andrea alzó los ojos, y exhalando un grito se enderezó como una muerta que resucita, y sin aliento corrió á enlazarse al cuello de su hermano.

—Tú, Felipe, tú aquí? Dijo, y la abandonaron las fuerzas antes de poder decir mas.

Por otra parte, qué otra cosa podia decir, si solo pensaba en eso?

—Sí, sí, soy yo, respondió Felipe abrazándola y sosteniéndola porque co-

nocia que se doblegaba entre sus brazos; yo que estoy de vuelta y te encuentro mala. Ah! Pobre hermana, qué tienes?

Andrea se puso á reir con una risa nerviosa que afligió á Felipe en vez de tranquilizarle como la enferma hubiera querido.

—Que qué tengo, me preguntas? Tengo cara de estar mala. Felipe?

—Oh! sí, Andrea, estás muy pálida y tiemblas.

—Pero en qué lo conoces, hermano? Ni siquiera estoy indispuesta: Dios mio! Quién te ha informado tan mal? Quién ha cometido la necedad de alarmarte? En verdad que no sé qué es lo que quieres decir, y me siento buena, á escepcion de algunos vahidos que me acometen y que se me quitarán con la misma facilidad con que me han entrado.

—Oh! pero estás tan pálida, Andrea...

—Tengo yo por lo regular mucho color?

—No, pero á lo menos tenias vida, mientras que hoy....

—No es nada.

—Mira, mira, hace poco que te echaban fuego las manos, y ahora están mas frias que el yelo.

—Nada tiene de particular, Felipe; porque cuando te ví entrar....

—Qué?

—Sentí una gran sensacion de alegria y la sangre se me ha agolpado al corazon; á eso está todo reducido.

—Pero si te tambaleas, y si no fuera por mí no te tendrias en pié, Andrea.

—No, lo que hago es abrazarte; no quieres que te abrace, Felipe?

—Oh! querida Andrea!

Y estrechó á la jóven contra su corazon.

En el mismo instante sintió Andrea que volvian á faltarle las fuerzas, y en vano trató de sostenerse asida al cuello de su hermano; dejó caer las manos tiesas y casi muertas, y cayó sobre el sofá, mas blanca que las cortinas de muselina en que se delineaba su linda figura.

—Lo ves, lo ves como me engañabas? exclamó Felipe.... Ah! querida hermana, tú padeces, tú estás mala.

—El frasquito, el frasquito, murmuró Andrea obligando la espresion de su rostro á manifestar una sonrisa que la acompañaba hasta la muerte.

Y con sus apagados ojos y su mano, que apenas podia levantar, mostraba á Felipe un frasquito colocado en el ropero que habia junto á la ventana.

Felipe se precipitó hacia aquel mueble, sin apartar la vista de su hermana, á quien dejaba con sentimiento.

En seguida abrió la ventana y volvió con el frasco, el cual aplicó á la crispada nariz de la joven.

—Bien, bien, dijo respirando con ansia el aire y la vida, ya ves que resucito; yamos crees que estoy muy mala? Habla.

Pero Felipe ni siquiera pensaba en responder; lo que hacia era mirar á su hermana.

Andrea fué restableciéndose poco á poco, se enderezó en el sofá, cojió con sus sudosas manos las de Felipe que temblaban, endulzose su mirada, la sangre volvió á colorear las mejillas, y parecia que nunca habia estado tan bonita.

—Ah! Dios mio, dijo; ya ves, Felipe, que se ha pasado, y apuesto que á no ser por la sorpresa que me has causado, aunque con tan buena intencion, no hubieran vuelto á presentarse los espasmos y ya estaria curada; pero llegar de ese modo á mi vista, ya lo sabes, Felipe; venir á verme así cuando te quiero tanto.... tú, tú! que eres el móvil de mi vida, es querer matarme aun cuando estuviera buena.

—Si, todo eso es muy bueno, muy amable, Andrea; pero te ruego que me digas á qué atribuyes esa dolencia.

—Yo qué sé, amigo mio? á la vuelta de la primavera, á que es la estacion de las flores; ya sabes lo nerviosa que soy; ayer me sofocó el olor de las lilas persas del jardin: ya sabes el olor penetrante que despiden esos magníficos plumeros que se mecen movidos por el aliento de las primeras brisas del año; pues bien, ayer, oh! Dios mio.... Mira, Felipe, no quiero pensar en ello, porque creo que volveria á ponerme mala.

—Sí, tienes razon, quizá será eso; las flores son muy peligrosas: acuérdate

qué, siendo niño, se me antojó en Taverny rodear mi cama de una guirnalda de lilas que cogimos en el seto. Lo mismo tú que yo decíamos que parecía un altarito; pero ya sabes que á la mañana siguiente no desperté; todos creyeron que me habia muerto, menos tú que nunca quisiste comprender te hubiese dejado de aquel modo sin despedirme de tí, y solo tú, pobre Andrea, fuiste quien (apenas tenias seis años en aquella época) me hiciste volver en mí, á fuerza de besos y lágrimas.

—Y de aire, Felipe, porque lo mejor de todo en semejantes casos es el aire, y siempre parece que á mí me falta.

—Ah! hermana, hermana; si te hubieras acordado de eso, no hubieras traído flores á tu aposento.

—No, Felipe, no; en verdad que hace quince dias que no ha entrado aqui ni una margarita, y lo mas extraño es que á pesar de que tanto me gustaban las flores ahora las aborrezco; pero dejémos de flores. El hecho es que he tenido jaqueca; sí, Felipe, la señorita de Taver-

ney ha tenido jaqueca, y qué afortunada es esa señorita; pues ha alborotado á la corte y la villa por esa jaqueca que ha producido un desmayo!...

—Cómo es eso?

—Como lo oyes. La señora delfina ha tenido la bondad de venir á verme. Oh! Felipe, qué protectora tan buena tengo, y qué amiga tan cariñosa es la señora delfina! Me ha cuidado, me ha mimado, me ha traído su médico de cámara, y cuando un personaje de tanta gravedad como el doctor, cuyos fallos son infalibles, me tomó el pulso y me miró los ojos y la lengua, sabes hasta donde llega mi buena suerte?

—No.

—Pues bien, salimos pura y sencillamente con que no estaba mala, y el doctor Luis no me ha mandado una bebida siquiera, no me ha recetado píldora alguna; y eso que todos los días está cortando brazos y piernas, lo cual hace estremecer. De consiguiente, Felipe, ya ves que estoy completamente buena: por qué te asustas, pues?

—El tonto de Jilberto tiene la culpa.

—Jilberto! dijo Andrea haciendo un movimiento visible de impaciencia.

—Sí, me ha dicho que estabas muy mala.

—Y creiste á ese idiota, á ese holgazan, que solo es bueno para hacer daño ó decir cosas que incomoden?

—Andrea, Andrea!

—Qué hay?

—Vuelves á ponerte pálida.

—No, sino que ese Jilberto me escita los nervios: no basta encontrarme en mi camino, sino que tambien he de oír hablar de él cuando no está aquí.

—Vamos, está visto que vas á desmayarte otra vez.

—Oh! sí, sí, Dios mio!... Pero es que...

Y los labios de Andrea se pusieron descoloridos, paralizándosele la voz.

—Vaya una cosa estraña! murmuró Felipe.

Andrea hizo un esfuerzo y dijo:

—No, no es nada, no hagas caso de todos estos mareos y vapores; ya ves como me sostengo en pié, Felipe: mira, si

me creyeras, iríamos á dar una vuelta juntos, y ya verías como á los diez minutos estaba buena.

—Creo que te engañas acerca de tus propias fuerzas, Andrea.

—No, tu vuelta me daría la salud, aunque estuviera muriéndome. Quieres que salgamos, Felipe?

—Dentro de un momento, querida Andrea, dijo Felipe deteniendo suavemente á su hermana: todavía no me has tranquilizado del todo; deja que te repongas.

—Corriente.

Andrea se volvió á dejar caer sobre el sofá, arrastrando consigo á Felipe, que la tenía cojida de la mano.

—Y por qué, siguió diciendo la joven, has venido de pronto, sin tener ninguna noticia de tí?

—Respóndeme antes, querida Andra; por qué dejaste de escribirme?

—Sí, es verdad; pero solo há sido de algunos dias á esta parte.

—Desde hace unos quince dias, Andrea.

La jóven bajó la cabeza.

—Indolente! dijo Felipe en tono de dulce reconvencion.

—No, Felipe, sino que estaba mala. Mira, tienes razon, mi indisposicion se remonta al dia en que dejaste de recibir noticias mias; desde ese dia empezaron á cansarme las cosas que mas queria, y todo me disgustaba.

—En medio de todo, estoy muy contento por lo que dijiste hace poco.

—Qué dije?

—Que eres muy dichosa; tanto mejor, pues si á tí te quieren y piensan en tí no me sucede á mí lo mismo.

—A tí?

—Sí, á mí, porque todos me han olvidado, inclusa mi hermana.

—Oh! Felipe.

—Creerás, querida Andrea, que desde que marché, á pesar de que me dijeron que corria tanta prisa, no he recibido noticia alguna de ese rejimiento de que iba á tomar posesion, y que el rey me habia prometido por conducto de Mr. de Richelieu y aun de papá?

—Oh! no me admiro de eso, dijo Andrea.

—Cómo que no te admiras?

—No. Si tú supieras, Felipe.... Mr. de Richelieu y papá están enteramente trastornados, y parecen dos cuerpos sin alma. En verdad que no entiendo el modo de vivir de esta jente. Por la mañana va papá en busca de su antiguo amigo, que es como le llama; le persigue en Versailles, hasta en la cámara del rey, y despues vuelve á esperarle aquí, donde emplea el tiempo en hacerme preguntas que no entiendo. Pasa el dia y no obtiene las noticias que desea; y entonces se enfurece papá, diciendo que el duque le hace andar de aca para allá, que le vende. Y yo pregunto, en qué le vende el duque? Lo cierto es que no sé una palabra, y te confieso que tengo poco empeño en saberlo. Por lo demas, el baron vive como un condenado en el purgatorio, siempre esperando una cosa que no le traen, ó á alguna persona que nunca viene.

—Pero y el rey, Andrea, y el rey?

—Cómo el rey?

—Sí, el rey, que tan dispuesto se mostraba en nuestro favor.

Andrea miró en torno suyo con timidez.

—Qué es eso?

—Escúchame. El rey, hablemos bajo, me parece muy caprichoso, Felipe. Al principio me manifestó S. M., como ya sabes, mucho interes, lo mismo que á ti, á papá y á toda la familia, pero de pronto se ha enfriado este interes, sin que yo pueda adivinar por qué ni cómo. El hecho es que S. M. no me mira, hasta me vuelve la espalda, y que ayer, cuando me desmayé en el jardín....

—Ah! mira como Jilberto tenia razon; conque te desmayaste, Andrea?

—Qué necesidad tenia ese miserable de Jilberto de decirte eso, y quizá de decirlo á todo el mundo? Qué le importa que me desmaye ó no? Bien sé, querido Felipe, añadió Andrea riéndose, que no es politico desmayarse en casa de un rey, pero al fin no se desmaya una por gusto, ni yo lo hice espresamente.

—Pero quién te lo critica, querida hermana?

—Quién ha de ser? el rey. Sí; S. M. desembocaba de Trianon el grande por el huerto, precisamente en el momento fatal. Yo estaba hecha una tonta, una estúpida, tendida en un banco, en brazos del bondadoso Mr. de Jussieu, quien me socorria lo mejor que podia, cuando el rey me divisó. Ya sabes, Felipe, que el desmayo no priva enteramente del conocimiento, y que se acuerda el que lo padece de lo que ha pasado á su alrededor; pues bien, cuando el rey me vió, aunque al parecer yo no sentia nada, creí notar que frunció el entrecejo, me miró furioso y dijo entre dientes algunas palabras descorteses. En seguida se fue S. M. muy escandalizado, supongo, de que me hubiese propasado á ponerme mala en sus jardines; y ya ves, Felipe, que yo no tenia la culpa.

—Pobre hermana mia, dijo Felipe estrechando cariñosamente las manos de Andrea, ya lo creo que tu no tienes la culpa; y qué mas, qué mas?

—Nada mas, amiguito; y el Sr. Jilberto hubiera hecho muy bien en no andar con comentarios.

—Vamos, otra vez vuelves á cebarte en ese pobre muchacho.

—Sí, defiéndele; como es tan buen sujeto!

—Andrea, te lo pido por favor, no trates con tanta dureza á ese joven, porque así ajas su amor propio y haces que se vuelva áspero.... Oh! Dios mio, Dios mio, qué tienes Andrea?

Lo que es aquella vez Andrea cayó de espaldas sobre los cojines del sofá, sin proferir una palabra: lo que es aquella vez no la hizo volver en sí el frasquito y fué preciso esperar á que pasase el mareo y se restableciera la circulacion.

—Decididamente, murmuró Felipe, estás mala, hermana hasta el extremo de asustar á hombres mas animosos de lo que yo soy cuando se trata de tus padecimientos; diras lo que quieras, pero me parece que esta indisposicion no debe ser mirada con la lijereza que afectas.

—Pero si el médico ha dicho....

—Eso no me persuade, ni me persuadirá nunca. Que no le hubiera hablado yo mismo! Dónde veré á ese médico?

—Todos los dias viene á Trianon.

—Pero á qué hora? Por la mañana?

—Por la mañana y por la tarde, cuando está de servicio.

—Lo está en este momento?

—Si, amigo mio, y á las siete en punto de la tarde, porque es muy exacto, subirá la graderia de piedra que conduce á los aposentos de la señora delfina.

—Bien, dijo Felipe mas tranquilo, esperaré en tu habitacion.

CAPÍTULO LXXV.

Equivocacion.

Felipe prolongó la conversacion sin pretension y sin dejar de examinar con el rabo del ojo á su hermana, quien por su parte trataba de adquirir bastante imperio sobre sí misma para no alarmar con nuevos desmayos.

El joven habló mucho de sus desengaños, del olvido del rey y de la inconstancia de Mr. de Richelieu, y así que oyó dar las siete salió de pronto, cuidándose muy poco de que Andrea adivinase lo que quería hacer.

Encaminóse en derechura al pabellon de la reina, y se detuvo á una distancia regular para que los criados que estaban de servicio no le preguntasen qué quería; pero bastante cerca para que nadie pudiera pasar sin que él lo reconociese.

Aun no hacia cinco minutos que estaba allí, cuando vió dirigirse hácia él la figura erguida y casi majestuosa del doctor que Andrea le habia diseñado.

El dia iba declinando, y á pesar de lo difícil que era poder leer, el digno doctor ojeaba un tratado recién publicado en Colonia sobre las causas y resultados de las parálisis del estómago. Poco á poco fué haciéndose oscuro en su derredor, y el doctor adivinaba ya, mas bien que leía, cuando un cuerpo ambulante y opaco acabó de interceptar la luz que quedaba á los ojos del sábio médico.

Entonces alzó la cabeza, y viendo un hombre delante de él preguntó:

—Qué hay?

—Perdonadme, caballero, dijo Felipe; tengo la honra de hablar al señor doctor Luis?

—Si señor, contestó el doctor cerrando su libro.

—Permitidme, pues, que os diga dos palabras.

—Caballero, dispensarme; pero mi servicio exige que vaya á ver á la señora delfina, y como ya es hora no puedo hacerme esperar.

—Caballero, (y Felipe hizo un ademán de súplica para oponerse al paso del médico); caballero, la persona para quien necesito vuestro auxilio sirve tambien á la señora delfina, y está muy mala, mientras que la señora delfina no lo está.

—Antes que nada, de quién me hablais? preguntó el doctor.

—De una persona en cuyo aposento habeis sido introducido por la misma delfina.

—Ah! ah! Se trata por casualidad de

la señorita de Taverney?

—Justamente, caballero.

—Ah! ah! dijo el doctor levantando aceleradamente la cabeza para examinar al joven.

—Sabed, pues, que está muy mala.

—Sí; tiene espasmos, no es verdad?

—Sí, caballero, continuamente se está desmayando, y hoy ha perdido el conocimiento tres ó cuatro veces en mis brazos, en el espacio de algunas horas.

—Está peor acaso?

—Ay! no lo sé, pero ya comprendéis, doctor, que cuando se quiere á una persona....

—Quereis á la señorita Andrea de Taverney?

—Oh! mas que á mi vida, doctor.

Felipe pronunció estas palabras con tal exaltacion de amor fraternal, que el doctor Luis se equivocó en su significado.

—Ah! ah! dijo, conque vos sois....

El médico se detuvo titubeando.

—Qué es lo que quereis decir, caballero? preguntó Felipe.

—Que si sois vos....

—El qué, caballero?

—Qué diablos! el amante, dijo el doctor con impaciencia.

Felipe retrocedió dos pasos, llevándose la mano á la frente y poniéndose mas pálido que la muerte.

—Caballero, dijo, mirad que insultais á mi hermana.

—Vuestra hermana? la señorita Andrea de Taverney es hermana vuestra?

—Sí señor, y creo que no he dicho nada que os haya dado motivo para cometer una equivocacion tan estraña.

—Perdonadme, caballero: la hora en que os habeis acercado á mí, el aire misterioso conque me hablais.... Creí, supuse que un interes mas tierno que el cariño de hermano....

—Oh! no habrá amante ni marido que quiera á mi hermana tanto como yo.

—Muy bien; en este caso no estraño que os ofenda mi suposicion, y os pido mil perdones; permitidme, caballero....

—Y el doctor hizo un movimiento como para pasar.

—Doctor, insistió, Felipe, os suplico

que no me dejéis sin tranquilizarme acerca del estado de mi hermana.

—Pero por qué os habeis alarmado?

—Dios mío! Por lo que he visto.

—Habreis visto síntomas que anuncian una indisposicion....

—Grave, doctor?

—Segun.

—Escuchadme, doctor; aquí se encierra una cosa estraña, y cualquiera diria que no quereis o no os atreveis á responder.

—Mas bien es de suponer, caballero, que como estoy impaciente por trasladarme al lado de la delfina que me está esperando....

—Doctor, doctor, dijo el jóven pasándose la mano por la frente cubierta de sudor, conque me tomásteis por amante de la señorita de Taverney?

—Sí, pero me habeis desengañado.

—Es decir que pensais que la señorita da Taverney tiene un amante?

—Perdonadme, caballero, pero no estoy obligado á daros cuenta de mi modo de pensar.

—Doctor, compadeceos de mí; doctor, habeis soltado una palabra terrible; una palabra que ha quedado clavada en mi corazon como la hoja de un puñal que se rompe; doctor no trateis de darme una dedada de miel, porque serán inútiles vuestra delicadeza y habilidad: qué enfermedad pues, es esa de que ibais á hablar á un amante y quereis ocultar á un hermano? Respondedme doctor, yo os lo ruego.

—Y yo os pido al contrario, que me dispenseis que no os conteste, caballero, pues segun el modo con que me haceis preguntas veo que estais acalorado.

—Oh! Dios mio; no conoceis caballero que cada palabra que pronunciáis me empuja mas y mas hácia ese abismo que columbro no sin estremecerme?

—Caballero!

—Doctor, exclamó Felipe con mas virulencia, es decir que teneis que revelarme un secreto tan terrible, que necesito para oirlo toda mi sangre, todo mi valor.

—Esa es una suposicion vuestra, Sr.

de Taverney, porque yo no he dicho tal cosa.

—Oh! Lo que haceis es cien mil veces peor que decir, pues dejais que yo crea las cosas! Oh! Eso no es tener caridad doctor! Ya veis que mi corazon está traspasado, pero devoro mi impaciencia; ya veis que ruego, que suplico; hablad pues, hablad, os juro que tendré sangre fria, que tendré valor... Esa enfermedad, esa deshonra tal vez.... Oh! Dios mio! Y no me interrumpís, doctor!....

—Sr. de Taverney, nada he dicho, ni á la señora delfina, ni á vuestro padre, ni á vos; conque no pidais mas.

—Si, sí... pero ya veis que interpreto vuestro silencio, ya veis que sigo vuestro pensamiento por el camino oscuro y fatal en que se esconde; detenedme á lo menos si es que me estravio.

—Adios, caballero, respondió el doctor con voz alterada.

—Oh! No me dejéis así sin decirme que sí ó que no. Una palabra, una sola y no pido mas.

El doctor se detuvo.

—Caballero, dijo, hace poco, y esto fué causa de la fatal equivocacion que os ha ofendido....

—Oh! no hablemos mas de eso, caballero.

—Al contrario, hablemos; hace poco, algo tarde quizá, me dijisteis que la señorita de Taverney era hermana vuestra; pero antes, con una exaltacion que ha causado mi error, me habiais dicho que queriais á la señorita Andrea mas que á vuestra vida.

—Es verdad.

—Y si el cariño que la tenis es tan grande, supongo que os pagará en la misma moneda.

—Oh! Andrea me quiere como no quiere á nadie de este mundo.

—Pues bien, entonces volveos á su lado, y preguntadle, caballero; preguntadle, penetrando en ese camino que yo me veo obligado á abandonaros; y si es que os quiere como vos la quereis á ella, responderá á vuestras preguntas. Hay multitud de cosas que se dicen á un amigo y no á un médico; y quizá entonces con-

sienta en deciros á vos lo que no quisiera haberos dejado entrever, aunque para ello tuviese que cortarme un dedo de la mano. Adios, caballero.

Y el doctor [dió otro paso hacia el pabellon.

—Oh! No, no; es imposible, exclamó Felipe loco de sentimiento y entrecortando las palabras con sollozos; no, doctor, he oido mal; no, no podeis haber dicho eso.

El doctor se desasíó suavemente, y luego con una dulzura llena de conmisericordia:

—Haced, dijo, lo que acabo de manifestaros, Sr. de Taverney, y creedme, es lo mejor que podeis hacer.

—Oh! considerar que creerlo es renunciar á la religion de toda mi vida, acusar á un ángel, tentar á Dios: si exijís que crea, probad á lo menos, probad.

—Quedaos con Dios, caballero.

—Doctor! gritó Felipe desesperado.

—Mirad que si hablais con esa virulencia vais á dar á conocer lo que yo me habia propuesto callar á todo el mundo y hubiera querido ocultaros á vos tambien.

—Si, si, teneis razon, doctor, dijo Felipe con voz tan baja que moria el aliento apenas salia de la boca; pero al fin la ciencia puede engañarse: os habeis engañado vos?

—Rara vez, caballero, respondió el doctor; he hecho unos estudios muy serios, y mi boca no dice que sí sino cuando mis ojos y mi mente han dicho: «he visto, sé, estoy seguro.» Si, teneis razon, caballero, alguna que otra vez he podido engañarme, como se engañan todos los hombres; pero, segun todas las probabilidades, ahora no. Ea, calma, y separémonos.

Pero Felipe no podia resignarse así, y puso su mano sobre el brazo del médico con tal ademán de súplica que esto se detuvo.

—Voy á pedirlos el último favor, caballero, favor que para mí tiene un valor supremo. Ya veis el estado en que se encuentra mi razon; siento una cosa que se parece á la locura, y necesito, para saber si debo vivir ó morir, ver confirmada esa realidad que me amenaza. Me

vuelvo al lado de mi hermana, y no le hablaré hasta que no la hayais visto de nuevo; reflexionadlo.

—A vos os toca reflexionar, caballero, porque lo que es por mí no tengo que añadir una palabra á lo que he dicho ya.

—Caballero, prometédmelo: Dios mio! es un favor que ni el verdugo negaria á su víctima; prometedme que volvereis á ver á mi hermana despues que visiteis á S. A. la señora delfina: doctor, en nombre del cielo, prometedme lo que os pido.

—Es inútil, caballero; pero ya que teneis empeño en ello, en mi deber está hacer lo que deseais: asi que salga de la cámara de la señora delfina iré á ver á vuestra hermana.

—Oh! gracias, gracias. Si, venid, y entonces confesareis que os habeis engañado.

—Lo deseo de todo corazon, caballero, y si me he engañado lo confesaré con alegría. Adios.

Y el doctor se vió al fin libre, marchándose en seguida y dejando á Felipe

en la esplanada; á Felipe, que temblaba de calentura, que estaba empapado en un sudor tan frio como el yelo, y que en su delirio no sabia en qué sitio se hallaba, ni quién habia causado su arrebató, ni cuál era el secreto que acababa de sorprender.

Durante algunos minutos estuvo mirando sin comprender lo que hacia, el cielo que se iba cubriendo insensiblemente de estrellas, y el pabellon que se iluminaba poco á poco.

CAPÍTULO LXXVI.

Interrogatorio.

Asi que Felipe recobró los sentidos y logró dominar su razon se dirigió hácia el aposento de Andrea.

Pero á medida que se acercaba al pabellon desvaneciase poco á poco el fantasma de su desgracia, y le parecia que era un sueño y no una realidad lo que habia pasado. Cuanto mas se alejaba del

médico, tanto menos creia sus amenazas, diciendo que de seguro se habia engañado la ciencia, y que la virtud no habia sucumbido. No le habia dado la razon el mismo médico prometiendo volver á examinar á su hermana?

Sin embargo, cuando Felipe se acercó á Andrea estaba tan demudado, pálido y abatido, que ella fué quien se alarmó á su vez por su hermano, y le preguntó cómo se habia realizado semejante cambio en tan poco tiempo.

Solo una cosa podia haber causado tanto efecto á Felipe.

—Dios mio! hermano, preguntó Andrea, tan mala estoy?

—Por qué? preguntó Felipe.

—Porque la consulta con el doctor Luis te ha asustado mucho.

—No, hermana, dijo Felipe; el doctor no tiene ningun temor, y me ha dicho la verdad. Hasta me ha costado sumo trabajo determinarle á que vuelva.

—Ah! Vá á volver? dijo Andrea.

—Sí; te contraría esto acaso, Andrea?
Y al tiempo de pronunciar estas pa-

labras Felipe clavó su vista en la de la jóven.

—No, respondió esta simplemente, y con tal que esa visita te tranquilice un poco no pido mas; pero entre tanto, de qué proviene esa espantosa palidez que noto en tí?

—Te inquieta mucho, Andrea?

—Y me lo preguntas!

—Conque me quieres mucho, Andrea?

—Qué dices? dijo la jóven.

—Te pregunto, Andrea, si continuas queriéndome como cuando éramos niños?

—Oh! Felipe, Felipe!

—Es decir que yo soy para tí una de las personas á quienes mas aprecias en el mundo?

—Oh! la única, exclamó Andrea.

Luego, ruborosa y turbada:

—Dispénsame, Felipe, dijo, se me olvidaba....

—Nuestro padre, es verdad, Andrea?

—Sí.

Felipe cojió la mano á su hermana, y mirándola con ternura:

—Andrea, dijo, no creas que nunca

te reconvendré si en tu corazon se albergara un cariño que no se pareciera ni al que tienes á padre ni al que me profesas á mí....

Luego, apoyándose á su lado, continuó diciendo:

—Te encuentras en una edad, Andrea, en que el corazon de las jóvenes habla con mas viveza que lo que vosotras mismas quisiérais, y ya sabes que hay un precepto divino que manda á la mujer dejar padres y familia para seguir á sus esposos.

Andrea miró á Felipe durante algun tiempo, como si le hubiera hablado en un idioma desconocido para ella.

Luego, riéndose con una sencillez que nada bastaria á describir:

—Mi esposo! dijo, no has hablado de mi esposo, Felipe? Dios mio! Y aun todavia no ha nacido, ó á lo menos yo no le conozco!

Conmovido Felipe con aquella exclamacion tan verdadera de Andrea, se acercó á ella, y estrechando su mano entre las suyas, respondió:

—Antes de tener esposo, mi buena

Andrea, se tiene un novio, un amante.

Andrea miró á Felipe asombrada, permitiendo que el jóven clavase sus codiciosos ojos hasta el fondo de su clara mirada de virjen, en que se reflejaba toda su alma.

—Hermana, dijo Felipe, desde niños me has tenido por tu mejor amigo, y yo te he mirado por mi parte como á mi única amiga; nunca te he dejado, ya lo sabes, para irme á jugar con mis camaradas. Juntos hemos crecido, y nada ha turbado la confianza que uno de nosotros depositaba ciegamente en el otro: por qué, pues, desde algun tiempo á esta parte has variado tú, Andrea, sin tener motivo para ello?

—Que yo he variado! Variar yo, Felipe! Esplicate, pues si he de decirte la verdad nada entiendo de cuanto me has manifestado desde que volviste despues de hablar con el médico.

—Sí, Andrea, dijo el jóven estrechándola contra su pecho, sí, dulce hermana mia, al cariño infantil han sucedido las pasiones de la juventud, y has crei-

do que no soy bastante bondadoso ó reservado para abrirme tu corazon invadido por el amor.

—Hermano, amigo mio, dijo Andrea cada vez mas admirada; qué es lo que estás ahídiciedo? A qué viene hablarme de amor?

—Andrea, entro con valor en una cuestion llena de peligros para tí, y de angustias para mí. Sé muy bien que solicitar, ó mas bien exigir que tengas confianza en mí en este momento, es lo mismo que perderme en tu imaginacion; pero mejor quiero, y puedes creer que es muy cruel para mí el decirlo, mejor quiero saber que me aprecias menos que antes que dejarte espuesta á sufrir las desgracias que te amenazan, desgracias espantosas, Andrea, si insistes en guardar un silencio que deploro, y de que no te hubiera creído capaz con respecto á un hermano, á un amigo.

—Hermano, amigo mio, dijo Andrea, te juro que no entiendo tus reconvenciones.

—Andrea, quieres que te las haga entender?

—Oh! sí; ciertamente que sí.

—Pero entonces si animado por tí hablo con demasiada claridad; si hago que te abochornes y se aflija tu corazón, á nadie te quejes sino á tí misma, á tí que me has obligado con injustas desconfianzas á registrar hasta el fondo de tu alma, para arrancar de ella tu secreto.

—Corriente, Felipe; puedes estar seguro que no me resentiré por lo que has hecho.

Felipe miró á su hermana, se levantó ajitado, y recorrió el cuarto á pasos acelerados, porque habia una oposicion tan estraña entre la acusacion que formulaba contra ella en su mente y la tranquilidad de aquella joven, que no sabia qué idea adoptar.

Andrea por su parte miraba á su hermano con asombro y se iba helando poco á poco al contacto de aquella solemnidad, tan diferente de la dulce autoridad de un hermano.

Así, antes que Felipe hubiera vuelto á usar la palabra, Andrea se levantó y enlazó su brazo al del jóven.

Entonces, mirándole con una ternura inesplicable:

—Escucha, Felipe, dijo, mírame como yo te miro á ti.

—Oh! precisamente eso es lo que yo deseo, respondió el jóven fijando en ella sus ardientes ojos; qué es lo que quieres decirme?

—Quiero decirte, Felipe, que siempre has sido algo celoso de mi amistad, lo cual es natural, pues yo tambien por mi parte he tenido celos de tu cariño; pues bien, mírame como te he dicho.

Y la jóven se sonrió.

—Conoces en mis ojos que tengo un secreto? siguió diciendo.

—Sí, sí, dijo Felipe; Andrea, tu amas á alguien.

—Yo! exclamó lo jóven con un asombro tan natural, que la cómica mas hábil no hubiera podido seguramente imitar nunca el acento de aquella palabra.

Y se echó á reir.

—Yo, yo amo á alguien! prosiguió.

—Entonces te amarán á ti.

—Tanto peor á fe mia, pues en aten-



cion á que esa persona no se ha dado á conocer, y de consiguiente nunca se ha explicado, es un amor perdido.

Entonces, viendo que su hermana se reia y chanceaba sobre aquella cuestion con tanta franqueza; viendo tambien el trasparente azul de sus ojos y la candorosa castidad de sus ademanes, Felipe, que sentia palpar con acompasado movimiento el corazon de Andrea sobre el suyo, se dijo á sí mismo que en un mes no podia haberse verificado semejante cambio en el carácter de una joven irreprehensible hasta entonces; que la pobre Andrea era victima de indignas sospechas, y que la ciencia mentia; pero confesó que el doctor Luis tenia disculpa, porque no conocia ni la pureza ni los delicados instintos de Andrea; porque podia creerla igual á todas esas doncellas nobles que, fascinadas por indignos ejemplos, ó arrastradas por el calor precoz de una sangre corrompida, abdican la virginidad sin sentimiento y aun sin ambicion.

Otra mirada que Felipe dirigió á Andrea le esplicó el engaño del doctor; y

tan afortunado se sintió con su esplicacion, que abrazó á su hermana como esos mártires que confesaban la pureza de la Virgen Maria al mismo tiempo que creían en su divino hijo.

Tal era el periodo de fluctuacion á que Felipe se hallaba entregado cuando oyó en la escalera los pasos del doctor Luis, fiel á la promesa que le habia hecho.

Andrea se estremeció, porque en la situacion en que se encontraba todo era para ella un acontecimiento.

—Quién vendrá? preguntó.

—Probablemente será el doctor Luis, dijo Felipe.

En el mismo momento se abrió la puerta y apareció en el cuarto el médico á quien Felipe esperaba con tanta ansiedad.

Ya hemos dicho que era uno de esos hombres graves y honrados, para quienes la ciencia es un sacerdocio, y que estudian religiosamente sus misterios.

Lo mas raro era que en aquella época enteramente materialista procuraba el doctor Luis descubrir bajo las enferme-

dades del cuerpo las del alma, y seguía francamente este camino, cuidándose muy poco de los rumores y obstáculos, y economizando su tiempo, patrimonio de la jente laboriosa, con tal avaricia que se hacia brusco con los ociosos y charlatanes.

Por esto fué por lo que trató á Felipe con tanta aspereza en la primera entrevista que tuvo con él, pues le tomó por uno de esos cortesanos pisaverdes que van á adular al médico para que los felicite por sus proezas amorosas, y que tienen á orgullo pagar una discrecion. Pero así que vió el reverso de la medalla, y en vez de un tonto mas ó menos enamorado, el doctor se encontró con el rostro sombrío y amenazador del hermano; así que vió tenia que habérselas no con una molestia sino con una desgracia, el filósofo facultativo, el hombre de corazon se conmovió, y despues que Felipe pronunció sus últimas palabras, el doctor se dijo á sí mismo:

—No solo he podido equivocarme, sino que quisiera que así fuese.

Y hé aquí por qué, aun sin los rue-

gos incesantes de Felipe, hubiera ido á visitar á Andrea, para ver por medio de un exámen mas decisivo, las probabilidades que habia vislumbrado en la primera visita.

Entró pues, y su primera ojeada, que es la toma de posesion del médico y el observador, se fijó desde la antesala en Andrea, de quien no separó la vista.

Justamente, sea por la emocion que le causó la presencia del doctor, sea por casualidad, acababa de acometer á Andrea uno de esos ataques que ya habian asustado á Felipe, y se tambaleaba, llevándose el pañuelo á la boca con aire de sufrimiento.

Ocupado Felipe en recibir al doctor, nada habia visto.

—Doctor, dijo, seais bien venido, y perdonadme mis modales algo bruscos, pues cuando me acerqué á vos hace una bora estaba tan ajitado como tranquilo estoy en este momento.

El doctor cesó por un instante de mirar á Andrea, y dejó caer su observacion sobre el joven, cuya sonrisa y es-

pansion de ánimo analizó.

—Habeis hablado á esta señorita, segun os aconsejé? preguntó.

—Si, doctor, sí.

—Y estais tranquilo?

—En vez de un infierno que antes tenia en mi corazon, ahora llevo en él un cielo.

El doctor cojió la mano á Andrea, y le tomó el pulso durante un largo rato.

Felipe la miraba y no parecia sino que decia:

—Oh! haced lo que gustéis, doctor, pues ya no temo los comentarios del médico.

Asi es que añadió con aire de triunfo:

—Y bien, qué os parece, doctor?

—Caballero, respondió este, tened la bondad de dejarme solo con vuestra hermana.

Estas palabras, pronunciadas con sencillez, echaron por tierra el orgullo del jóven.

—Cómo! todavía? dijo.

El doctor hizo un jesto.

—Está bien, os dejo, caballero, di-

jo Felipe con aire sombrío,

Y dirigiéndose á su hermana, añadió:

—Andrea, sé franca y verídica con el doctor.

La joven se encojió de hombros, como si ni siquiera pudiese comprender lo que le querían decir.

Felipe prosiguió:

—Mientras te pregunta acerca de tu salud, voy á dar una vuelta por el jardín, y como todavía no ha llegado la hora para que he pedido me traigan mi caballo, podré verte antes de marcharme, y hablar aun otro instante contigo.

Y estrechó la mano de Andrea procurando sonreírse.

Pero la joven notó en aquel apretón y aquella sonrisa cierta violencia y contracción.

El doctor acompañó gravemente á Felipe hasta la puerta de entrada, que entornó.

Hecho esto volvió á sentarse en el mismo sofá en que estaba sentada Andrea.

CAPÍTULO LXXVII.

La consulta.

Fuera reinaba un silencio profundo. El viento no enviaba al aire el mas leve soplo, no se oia ninguna voz humana, y todo era calma y reposo.

Por otra parte, habia concluido el servicio en Trianon, los criados de las caballerizas y cocinas estaban ya en sus cuartos, y aquella escasa corte aparecia desierta.

Andrea sentia allá en el fondo de su alma alguna emocion al ver qué importancia daban á su enfermedad Felipe y el médico.

Causábale tambien algo de admiracion la vuelta del doctor Luis, quien aquella mañana habia manifestado que la enfermedad era insignificante y los remedios inútiles; pero gracias á su profundo candor, ni siquiera se habia empañado con el aliento de todas aquellas diferentes sospechas el espejo resplandeciente del alma.

De pronto, el médico, que no habia

cesado de mirarla, examinándola á la luz del velon, le cojió la mano como un amigo ó un confesor, y no como un médico que toma el pulso.

Aquel jesto inesperado admiró en estremo á la quisquillosa Andrea, y estuvo por un momento á pique de retirar la mano:

—Señorita, preguntó el doctor, habeis deseado vos volver á verme, ó viniendo aquí no he hecho otra cosa sino acceder á los deseos de vuestro hermano?

—Caballero, respondió Andrea, mi hermano ha venido á decirme que íbais á volver; pero con arreglo á lo que tuvisteis la bondad de decirme esta mañana acerca de lo poco grave que es mi mal, no me hubiera tomado la libertad de molestaros otra vez.

El doctor se inclinó.

—Vuestro señor hermano, siguió diciendo, parece que es hombre fogoso, y cuidadoso de su honra é insufrible sobre ciertas materias, y este es el motivo sin duda de que os hayais negado á franquearos con él.

Andrea miró al doctor como antes habia mirado á Felipe.

—Vos tambien, caballero? dijo con suprema altanería.

—Dejadme acabar, señorita.

Andrea hizo un jesto que indicaba paciencia ó mas bien resignacion.

—Es pues muy natural, continuó el doctor, que al ver el sentimiento y presintiendo la furia de ese jóven hayais callado vuestro secreto con obstinacion; pero frente á frente conmigo, señorita; con conmigo, que soy, creedlo, médico de las almas lo mismo que del cuerpo; conmigo que veo y se; conmigo que de consiguiente, os aborro la mitad del penoso camino de las revelaciones, tengo derecho para esperar que seais mas franca.

—Caballero, respondió Andrea, si no hubiese visto que el rostro de mi hermano se entristecia y espresaba un verdadero sentimiento y si no consultase vuestro venerable exterior y la reputacion de gravedad que gozais, creeria que ambos os habiais puesto de acuerdo para hacer á costa mia un papel de comedia, á fin de

que tome, despues de la consulta, alguna medicina muy negra y amarga.

El doctor frunció las cejas.

—Señorita, dijo, os ruego que os detengais en el camino del disimulo.

—Del disimulo! exclamó Andrea.

—Quereis mejor que diga hipocresia?

—Pero, caballero, exclamó la joven, mirad que me ofendeis!

—Decid mas bien que adivino vuestro modo de pensar.

—Caballero!

Andrea se levantó; pero el médico la obligó con suavidad á volver á sentarse.

—No, continuó diciendo, no, hija mia; no os ofendo, sino os presto un servicio; y como os convenza os salvaré.... De consiguiente, ni vuestras ojeadas de furia, ni la falsa indignacion de que os hallais animada, me harán variar de resolucion.

—Pero Dios mio! Qué es lo que quereis? Qué exijís de mí?

—Confesad, ó bajo palabra de honor os digo que me hareis formar muy ruin opinion de vos.

—Caballero, os lo repito, mi herma-

no no está aquí para defenderme, y quizá por eso me insultais. Os digo que no os entiendo, y os mando que os espliqueis clara, terminantemente sobre esa soñada enfermedad.

—Por última vez os lo pregunto, señorita, repuso el doctor admirado, quereis evitarme el sentimiento de tener que avergonzaros?

—No os entiendo, no os entiendo, y no os entiendo, repitió tres veces Andrea, mirando al doctor con ojos que chispeaban de interrogacion, desafío y aun amenaza.

—Pues bien, yo sí os entiendo, señorita; dudais de la ciencia médica, y esperais poder ocultar vuestro estado á todo el mundo; pero, desengañaos, con una palabra voy á abatir vuestro orgullo: estais en cinta!

Andrea lanzó un grito terrible y cayó de espaldas sobre el sofá.

A aquel grito siguió el ruido de una puerta empujada con fuerza, y Felipe se puso de un brinco en medio de la habitacion con la espada en la mano, ensan-

grentados los ojos y temblándole los labios.

—Mentís, miserable! dijo al doctor.

Este se volvió lentamente hacia el joven sin soltar el pulso de Andrea que palpitaba medio muerta.

—Lo dicho dicho, caballero, dijo el doctor con menosprecio, y no será vuestra espada, ya esté en vuestra mano, ya la tengais envainada, la que me hará mentir.

—Doctor! murmuró Felipe, dejando caer la espada.

—Deseábais que comprobára con un segundo exámen mi primera opinion, y así lo he hecho; ahora la certeza es fundada y nadie me disuadirá de ello. Lo siento en extremo, jóven, pues me habeis inspirado tanta simpatía como ódio me inspira vuestra hermana por la constancia con que miente.

Andrea permaneció inmóvil; pero Felipe hizo un movimiento.

—Soy padre de familia, caballero, continuó el doctor, y comprendo cuánto no debereis sufrir. Os ofrezco, pues, mis servicios lo mismo que mi discrecion; mi

palabra es sagrada, caballero, y todo el mundo os dirá que antes que faltar á ella perderia primero la vida.

—Oh! Pero eso es imposible, caballero!

—No sé si es imposible; pero es verdad. Quedaos con Dios, Sr. de Taverney.

Y el doctor se volvió por donde había venido, despues de mirar cariñosamente al jóven, quien estaba agobiado de pena, y que en el mismo momento en que se cerraba la puerta tras el médico, cayó abismado de sentimiento sobre un sillón que se hallaba á dos pasos de distancia de Andrea.

Asi que se marchó el médico, Felipe se levantó, fué á cerrar la puerta del corredor, la de la sala, las ventanas, y acercándose á Andrea, que le miraba como atontada hacer todos aquellos preparativos, dijo cruzándose de brazos:

—Me habeis engañado cobarde y estúpidamente; cobardemente, porque soy vuestro hermano y he tenido la debilidad de quereros, preferiros á todo, estimaros mas que nada, y esta confianza debia á

lo menos haber movido la vuestra á falta de cariño; y estúpidamente, porque el infame secreto que causa nuestra deshonra está hoy en poder de una tercera persona, porque á pesar de vuestra discrecion quizá lo hayan penetrado otros; porque en fin, si me hubiérais confesado desde luego la situacion en que os hallabais, os hubiera libertado de la deshonra, si no por cariño, á lo menos por egoismo, pues al fin yo tambien me libertaba de ella. Hé aquí cómo y en qué habeis faltado: vuestra honra, mientras no esteis casada, pertenece de mancomun á todos aquellos cuyo nombre llevais, es decir, manchais. De consiguiente, desde ahora dejo de ser hermano vuestro, puesto que habeis desconocido este título; desde ahora soy un hombre interesado en arrancaros por todos los medios posibles el secreto que ocultais, á fin de que de esa confesion salga para mí una reparacion, cualquiera que sea. Me acerco, pues, á vos furioso, decidido, y os digo: puesto que habeis sido tan baja que habeis con-
 tiado en salvaros por medio de una men-

tira, sereis castigada como se castiga á los menguados. Confesad, pues, vuestro delito, ó....

—Amenazas! exclamó la orgullosa Andrea, amenazas á una mujer!

Y se levantó pálida y tambien en ademán amenazador.

—Sí; amenazas, no á una mujer, sino á una criatura sin fé y sin honra.

—Amenazas! continuó Andrea exasperándose poco á poco; amenazas á mí que no sé nada, que nada entiendo, y que os miro á todos como unos locos sanguinarios ligados para hacerme morir de pesadumbre, ya que no de vergüenza!

—Pues bien, exclamó Felipe, muere ya que no confiesas; muere ahora mismo. Voy á matarte, y Dios te juzgará.

Y el jóven cojió convulsivamente la espada, apoyando la punta sobre el pecho de su hermana con la velocidad del rayo.

—Bien, bien, matadme, exclamó esta sin asustarle el brillo de la hoja, ni tratar de evitar el dolor de la herida.

Y se lanzó hácia adelante, llena de pesar y demencia; y tan rápido fué su

movimiento, que la espada le hubiera atravesado todo el pecho á no ser porque á Felipe le acometió de pronto un terror inmenso al ver algunas gotas de sangre que mancharon la muselina que su hermana tenia ceñida al cuello.

El jóven se sintió sin fuerzas ni furor, retrocedió, dejó caer el acero de entre las manos, se hincó de rodillas sollozando, y enlazó con sus brazos el cuerpo de la jóven.

—Andrea! Andrea! exclamó; no, no! yo seré el que muera, ya no me quieres, ya no me conoces, y nada tengo que hacer en este mundo. Oh! hasta tal punto amas á otro que prefieres la muerte á depositar tu secreto en mi seno? Oh! Andrea, tú no eres la que debes morir, sino yo.

É hizo un movimiento como para irse; pero Andrea se asió á su cuello con ambas manos, cubriéndole de besos é inundándole en lágrimas.

—No, no, dijo la jóven, tenias razon en lo que dijiste al principio; mátame, Felipe, supuesto que dicen soy criminal.

pero tú, que eres tan noble, tan puro, tan bueno; tú á quien nadie acusa, vive y compadéceme en vez de maldecirme.

—Pues bien, hermana, contestó el jóven; en nombre del cielo y por la amistad que me tenias antes te pido que nada temas ni por tí, ni por el hombre á quien amas: sea quien fuere será sagrado para mí, aunque fuese mi mas cruel enemigo, aunque fuese el último de los hombres. Pero yo no tengo enemigos, Andrea, y tu corazon es tan noble, tan delicado es tu modo de pensar, que debes haber escogido un amante digno. Pues bien, iré en su busca, y le llamaré hermano.... Mas veo que nada dices á esto: es imposible que os caseis? Es eso lo que quieres decir? Pues bien, corriente, me resignaré, todo el dolor será para mí, y ahogaré la voz imperiosa del honor que pide sangre. Nada exijo ya de tí, ni aun que me digas como se llama ese hombre: te ha gustado, y esto basta para que yo le quiera; pero saldremos de Francia y huiremos juntos. Segun me han dicho te ha dado el rey un rico aderezo; lo venderemos pues, y en-

viaremos la mitad del importe á padre viviendo con la otra mitad en un lugar desconocido. Tú serás para mí, Andrea, cuanto hay en el mundo; séalo yo también para tí, porque yo no amo á nadie, y ya ves que te soy adicto. Andrea, ya ves lo que hago, ya ves que puedes contar con mi amistad: vamos, me negarás aun tu confianza despues de lo que acabo de decirte? No me llamarás hermano tu yo?

Andrea oyó en silencio cuanto acababa de decir el jóven desatinado.

Solamente los latidos de su corazon indicaban que tenia vida; solamente su mirada demostraba no habia perdido la razon.

—Felipe, dijo la jóven al cabo de un gran rato de silencio, conque has pensado que ya no te quiero? Pobre hermano mio! Conque te has figurado que amo á otro hombre, y que he olvidado las leyes del honor, yo que soy noble y comprendo todas las obligaciones que esta palabra me impone con respecto á deslices!.. Amigo mio, te lo perdono; sí, sí, en vano has

creído que soy una mujer infame, en vano me has llamado indigna; sí, sí, te perdono, pero no te perdonaré si me crees tan irreligiosa y vil que vaya á jurar en falso. Felipe, por el Dios que me está oyendo, por el alma de mi madre, que segun parece no me ha protegido ¡ay de mí! lo bastante; por el cariño que te tengo, en fin, juro que nunca me ha distraído mi razón un pensamiento de amor: que nunca me ha dicho hombre alguno: «te amo»; que jamás ninguna boca ha besado mi mano; que estoy tan pura de pensamiento y tan virgen de deseos como el día en que nací. Ahora, Felipe, mi alma pertenece á Dios, y á ti mi cuerpo.

—Éstá bien, dijo Felipe despues de reflexionar largo tiempo, Andrea, te doy las gracias. Ahora veo con claridad hasta el fondo de tu corazón. Sí, eres pura é inocente; pero hay bebidas májicas, filtros ponzoñosos, y alguien te ha tendido un lazo infame; lo que nadie hubiera podido arrancarte sino con la vida, te lo han robado estando dormida. Has caído en un lazo, Andrea; pero ahora ya estamos uni-

dos, y de consiguiente somos fuertes. Me confías el mirar por tu honra y vengarte?

—Oh! sí, sí, dijo Andrea en un sombrío arrebató; sí, porque si me vengas será de un crimen.

—Pues bien, continuó Felipe, vamos, ayúdame, sostenme. Indaguemos, remon-témonos día por día, á los ya trascurridos; sigamos el hilo de los recuerdos hasta dar con el primer nudo de esta oscura trama.

—Oh! bien, bien, dijo Andrea, averigüemos.

—Has notado que alguien te siguiera ó acechara?

—No.

—Te ha escrito alguien?

—Nadie.

—Ningun hombre te ha dicho que te ama?

—Ni uno siquiera.

—Las mujeres tienen para esto un instinto admirable: á falta de cartas, á falta de declaracion, has advertido alguna vez que alguien te.... desease?

—Nunca he advertido nada por ese estilo.

—Querida hermana, recuerda las circunstancias de tu vida, los pormenores mas íntimos.

—Gúfame tú.

—Has dado algun paseo sola?

—Nunca, que yo me acuerde, á no ser para ir á casa de la señora delfina.

—Y cuando penetrabas en el jardin ó en el bosque?

—Siempre me acompañaba Nicolasa.

—A propósito, fué Nicolasa la que te dejó?

—Sí.

—Qué dia?

—Creo que el dia que tú te marchaste.

—Las costumbres de esa muchacha dan que sospechar. Te has enterado de los pormenores de su fuga? Medita bien.

—No, lo único que sé es que se marchó con un jóven á quien amaba.

—Cuáles fueron tus últimas relaciones con esa muchacha?

—Oh! Dios mio! á eso de las nueve entró en mi cuarto como lo tenia de costumbre, me desnudó, preparó mi vaso de agua y salió.

—Observaste si echó algun licor en el agua?

—No; ademas, esta circunstancia no tendria valor alguno, pues recuerdo que cuando me iba á llevar el vaso á la boca sentí una sensacion estraña.

—Cuál fué?

—La misma que ya habia sentido un dia en Taverney.

—En Taverney?

—Sí, cuando pasó por alli aquel extranjero.

—Qué extranjero?

—El conde de Bálsamo.

—El conde de Bálsamo? Y cómo era esa sensacion?

—Oh! Una cosa como un mareo, como un vabido, y luego perdí todas mis facultades intelectuales.

—Y dices que sentiste en Taverney esa impresion?

—Sí.

—En qué circunstancia?

—Estaba sentada al piano, y senti decaimiento: entonces miré hácia adelante, y ví al conde en un espejo. Desde ese

momento no me acuerdo de nada, sino que desperté junto al piano, sin poder calcular el tiempo que habia estado durmiendo.

—Y es la única vez que has sentido una sensacion tan particular?

—Y tambien otra vez, el dia ó mas bien la noche de los fuegos artificiales. Arrastrada por el tropel estaba á punto de ser aplastada, y reunia todas mis fuerzas para luchar: de pronto se me aflojaron los brazos y pasó una nube por mi vista, pero á través de esa nube tuve tiempo para ver á ese hombre.

—Al conde de Bálamo?

—Sí.

—Y te dormiste?

—Me dormí ó me desmayé, ignoro cuál de estas dos cosas sucedió. Por lo demas, ya sabes que me sacó en brazos y llevó á casa de papá.

—Sí, sí; y esa noche, la noche que se marchó Nicolasa, le volviste á ver?

—No; pero sentí todos los síntomas que anunciaban su presencia: la misma sensacion, el mismo vahido nervioso, el

mismo encojimiento de miembros y el mismo sueño.

—El mismo sueño?

—Sí, un sueño lleno de mareos, cuyo influjo misterioso conocia al mismo tiempo que luchaba contra él, hasta que sucumbí.

—Gran Dios! exclamó Felipe; sigue, sigue.

—Me dormí.

—Dónde?

—En mi cama, estoy segura de ello, y me encontré en el suelo, sobre el tapiz, sola, dolorida y tan helada como una muerta que acabára de resucitar. Cuando desperté llamé á Nicolasa, pero inútilmente, pues habia desaparecido.

—Y ese sueño era el mismo que las anteriores veces?

—Sí.

—El mismo que te acometió en Taverney? el mismo que sentiste el día de las funciones?

—Sí, sí.

—Y las dos veces primeras, antes de sucumbir, viste á José Bálsamo, al con-

de de Fénix?

—Perfectamente.

—Y la tercera vez no?

—No, dijo Andrea asustada porque empezaba á comprender; no, pero lo adiviné.

—Bien! exclamó Felipe; ahora no tengas cuidado, tranquilízate, Andrea, y envanécete, porque ya sé el secreto: gracias, querida hermana, gracias! Nos hemos salvado!

Felipe cojió á Andrea en brazos, la estrechó tiernamente contra su corazón, y llevado del ardor de la resolución se lanzó fuera del aposento, sin querer esperar ni oír mas.

Corrió á las caballerizas, él mismo ensilló su caballo, saltó sobre él, y tomó á escape el camino de Paris.

CAPÍTULO LXXVIII.

La conciencia de Jilberto.

Todas las escenas que acabamos de describir habian ido á parar de rechazo

y de un modo terrible sobre Jilberto.

La delicadeza algo equívoca de este jóven se veia condenada á una prueba demasiado dura, cuando desde el fondo del albergue que sabia escojer en cualquier rincon de los jardines veia los progresos de la enfermedad en el rostro y modo de andar de Andrea, y cuando la palidez que la víspera le habia alarmado le parecia al dia siguiente mas marcada, mas acusadora, siempre que la señorita de Taverney se asomaba á la ventana á los primeros rayos del sol naciente. Entonces, cualquiera que hubiese observado la mirada de Jilberto, habria conocido en él los rasgos característicos del remordimiento, convertido en dibujo clásico entre los pintores de la antigüedad.

Jilberto amaba la hermosura de Andrea, y de contra la aborrecia, pues aquella brillante hermosura, unida á tantas otras cualidades eminentes, establecia entre él y la jóven una nueva línea de demarcacion. Sin embargo, le parecia que aquella hermosura era un tesoro por conquistar, segun le animaba el amor ó el

odio, el deseo ó el desprecio.

Pero desde el dia en que esa hermosura empezó á marchitarse, y en que las facciones de Andrea principiaron á revelar un padecimiento ó una afrenta; desde el dia, en fin, en que habia peligro para Andrea y para Jilberto, varió completamente el estado de las cosas, y Jilberto, que era un hombre muy exacto en sus juicios, varió tambien de punto de vista.

Debemos decir, con todo, que lo primero que sintió fue una tristeza profunda, al ver agostarse la belleza y decaer la salud de su querida. Entonces experimentó el delicioso orgullo de compadecerse de aquella mujer tan orgullosa con él, y devolverle la piedad en cambio de los deseos de que le habia colmado.

Este sin embargo no disculpa á Jilberto, pues el orgullo no justifica nada, y precisamente entraba el orgullo en la costumbre que contrajo de examinar el estado de las cosas. Cada vez que la señorita de Taverney aparecia á los ojos de Jilberto pálida, enferma y con la cabeza

inclinada, latía con violencia su corazón, agolpábasele la sangre á los ojos como se agolpan las lágrimas, y se llevaba al pecho una mano crispada é inquieta, queriendo comprimir su conciencia que se revelaba.

--Yo soy quien la ha perdido, murmuraba, y despues de devorarla con ojos de furia, echaba á correr creyendo siempre que volvía á verla y la oía jemir.

Entonces sentía en el corazón el dolor mas agudo que puede sufrir un hombre, y como su rabioso amor necesitaba un alivio, de vez en cuando hubiera sacrificado su vida por tener derecho de caer á las plantas de Andrea, cojerle la mano, consolarla y volverla á la vida cuando se desmayaba. Su impotencia en tales ocasiones era un suplicio, cuyos tormentos nadie del mundo podría describir.

Tres dias sufrió Jilberto aquel martirio.

El primero notó el cambio, la lenta descomposicion que se estaba verificando en Andrea, y cuando nadie veía aun nada, él que era el cómplice, todo lo adi-

vinaba y esplicaba. Aun hay mas: despues de estudiar la marcha del mal, calculó la época precisa en que debia sobrevenir la crisis.

El dia de los desmayos lo fué para él de angustias, sudores y pasos en balde, indicios seguros de una conciencia alarmada; y todas aquellas idas y venidas, todos aquellos ademanes de indiferencia ó afan, todos aquellos raptos de simpatía ó sarcasmo, que Jilberto consideraba allá para sí como otras tantas obras maestras de disimulo y táctica, los hubiera analizado y traducido perfectamente cualquier pasante del Chatelet, cualquiera llavero de San Lázaro, como la Garduña de Mr. de Sartines leia y copiaba las correspondencias en cifras.

No se vé correr á un hombre sin aliento, luego pararse de pronto, lanzar sonidos á medio articular y sumerjirse de repente en el silencio mas negro; no se le vé con el oido en el aire oyendo rumores indiferentes ó arañando la tierra ó desgajando los árboles con una especie de rabia sin pararse para decir:

—Este está loco ó ha cometido un delito.

Despues que Jilberto desahogó su remordimiento, pasó de la conmiseracion al egoismo, pues conocia que los desmayos tan frecuentes de Andrea no á todo el mundo debian parecerle una enfermedad natural y que no faltaría quien indagase la causa.

Jilberto se acordaba entonces de las fórmulas judiciales tan bruscas como espeditas, los interrogatorios, las pesquisas y las analogías, desconocidas para los demás, pero que hacen sigan la pista á un delincuente esos sabuesos llenos de recursos que se llaman instructores, en busca de todas las clases de robos que pueden deshorrar á un hombre.

Ahora bien, el que Jilberto habia cometido le parecia moralmente considerado el mas odioso y punible.

Se puso pues á temblar seriamente, temiendo produjesen una indagatoria judicial los padecimientos de Andrea.

Desde entónces, lo mismo que el delincuente de ese cuadro célebre á quien

persigue el ánjel del remordimiento con la pálida lumbre de su antorcha, Jilberto no cesó de dirigir á cuanto le rodeaba miradas de loco. Los rumores, hasta los cuchicheos eran para él sospechosos; escuchaba las palabras que se pronunciaban en su presencia, y por insignificantes que fuesen le parecia que tenian relacion con la señorita de Taverney ó con él.

Así vió á Mr. de Richelieu ir á la regia cámara, y á Mr. de Taverney á casa de su hija, y aquel dia tomó para él la casa un aire de conspiracion y desconfianza que no solia tener.

Mucho peor fué todavia cuando vió al médico de la delfina dirigirse hácia el aposento de Andrea.

Jilberto era uno de esos hombres escépticos que no creen en nada, importándole muy poco el jénero humano y el cielo; pero reconocia en cuanto á Dios el valor del saber, y proclamaba su omnipotencia.

En ciertos momentos hubiera negado Jilberto la penetracion infalible del ser supremo; pero jamás hubiera dudado de la

perspicacia del médico, de suerte que la ida del doctor Luis á casa de Andrea fué un golpe de que se resintió la moral de Jilberto.

Corrió á su cuarto, suspendiendo toda labor y sordo como una estatua á las intimaciones de sus jefes. Allí, detras de la pobre cortina que habia improvisado para ocultar su espionaje, aguzó todas sus facultades para ver si podia sorprender una palabra, un jesto que le revelasen el resultado de la consulta.

Nada fue á ilustrarle, y solo una vez vió el rostro de la delfina, quien se acercó á la ventana para mirar por los cristales el patio que quizá nunca habia visto hasta entonces.

Tambien pudo distinguir al doctor Luis, que abrió aquella misma ventana, á fin de que penetrase en la habitacion un poco de aire. En cuanto á oir lo que allí se decia, en cuanto á ver el juego de las fisonomías, Jilberto no pudo conseguirlo, porque una espesa cortina cayó á lo largo de la ventana, é interceptó todo el sentido de la escena.

Júzguese cuál no seria la angustia del mancebo. Se figuró que el médico, que tenia ojos de lince, habia descubierto el misterio, y que la tormenta debia estallar, no inmediatamente, pues Jilberto suponía con razon que la presencia de la delfina seria un obstáculo para ello, sino dentro de poco entre el padre y la hija despues que aquellas dos personas estrañas se fuesen. Ebrio de dolor é impaciencia, Jilberto golpeaba con la cabeza las paredes de su buhardilla.

Luego vió á Mr. de Taverney salir con la delfina cuando ya se habia marchado el médico.

—La esplicacion va á tener lugar, se dijo á sí mismo, entre Mr. de Taverney y la delfina.

El baron no volvió á casa de su hija; Andrea se quedó sola y pasó el tiempo recostada en su sofá, ora leyendo, aunque los espasmos y la jaqueca la obligaban á interrumpir la lectura, ora entregada á una impasibilidad tan estraña, que Jilberto la tomó por éxtasis, cuando sorprendia algun período por entre la cortina

que alzaba el viento.

Andrea, cansada de dolores y emociones, se medio durmió; y Jilberto se aprovechó de aquel respiro para ir á recojer por fuera las voces y comentarios.

Aquel tiempo fué precioso para él por las reflexiones que hizo.

El peligro era tan inminente, que se trataba de luchar contra él por medio de una resolucion repentina, heróica.

Este fué el primer punto de apoyo en que aquella imaginacion indecisa, á fuerza de ser sutil, halló resorte y descanso.

Pero qué resolucion convenia tomar? Un cambio en semejantes circunstancias es igual á una revelacion: la fuga pues; ah! Sí, la fuga, con esa enerjia propia de los jóvenes, con ese vigor de la desesperacion y el miedo, que aumentan las fuerzas del hombre y las igualan á las de todo un ejército .. Ocultarse de dia, andar de noche y llegar al fin....

A dónde?

En qué sitio se esconderia de modo que no pudiera alcanzarle el brazo ven-

gador de la justicia del rey!

Jilberto conocia las costumbres del campo; y qué es lo que piensan en países salvajes, casi desiertos? Porque no es cosa de parar mientes en las poblaciones. Qué se piensa en una aldea, en un caserío, del forastero que se presenta mendigando su sustento, ó en quien recaen sospechas de ser un ladron? Y luego Jilberto se conocia perfectamente, y sabia que una figura notable, y que de hoy mas llevaria grabado el sello indeleble de un secreto terrible, llamaria la atencion á cualquier hombre observador. Era, pues, peligroso huir; pero afrentoso ser descubierto.

Si huia Jilberto, daba á entender que era culpable; de suerte que rechazó esta idea; y como si su ánimo no tuviese fuerzas sino precisamente para formar una idea, el infeliz, despues de la fuga pensó en la muerte.

Aquella era la primera vez que pensaba en esto; pero la aparicion de aquel lúgubre fantasma no le causó ningun miedo.

—Siempre habrá tiempo, se dijo á s

mismo, de pensar en la muerte cuando todos los recursos se hayan agotado. Por otra parte, Mr. Rousseau dice que es una cobardía matarse, y que es mas noble sufrir.

Al ocurrirle esta paradoja, Jilberto levantó la cabeza y volvió á emprender sus correrías por los jardines.

Acababan de iluminar su rostro los primeros fulgores de la seguridad, cuando Felipe llegó de pronto, segun ya hemos visto, trastornando todas sus ideas y arrojándole en una nueva serie de perplejidades.

El hermano! El hermano á quien habian llamado! Era pues una cosa bien averiguada! Es verdad que la familia tomaba el partido de guardar silencio; pero con todas las investigaciones y refinamiento en los pormenores que para Jilberto valian tanto como el inícuo aparato de la cárcel real, el Chatelet y la Tournello. Entonces era cuando le llevarian á presencia de Andrea, le obligarian á tener que arrodillarse, á confesar bajamente su delito, y le matarian como á

un perro con un palo ó un cuchillo: venganza lejitima que de antemano contaba con la inmunidad en los precedentes de una multitud de aventuras por el mismo estilo.

El rey Luis XV era muy complaciente con la nobleza en semejantes ocasiones.

Y luego, Felipe era el vengador mas terrible que Andrea podia llamar en ayuda suya: Felipe era el único de la familia que habia mostrado á Jilberto sentimientos de hombre y casi de igual, y de seguro no mataria al delincuente de un modo tan certero con la espada, como diciéndole:

—Jilberto, tu has comido nuestro pan, y en cambio nos deshonras!

Así, ya hemos visto á Jilberto escabullirse cuando se presentó Felipe; así, si volvió fué obedeciendo la voz de su instinto para no acusarse él mismo y desde aquel momento concentró todas sus fuerzas en un solo objeto, la resistencia.

Siguió á Felipe, le vió subir á la habitacion de Andrea, y hablar con el doctor

Luis; todo lo espío, todo lo juzgó, y comprendió la desesperacion de Felipe, viendo nacer y crecer en él aquel dolor. Hasta la terrible escena que habia mediado entre los dos hermanos la adivinó en el movimiento de las sombras detras de la cortina.

—Soy perdido, pensó allá para sí; y sin juicio se apoderó de un cuchillo para matar á Felipe, á quien esperaba ver presentarse en su puerta ó para darse de puñaladas en caso necesario.

Todo al contrario, Felipe se reconcilió con su hermana, y Jilberto le vió de rodillas besando las manos á Andrea. Esto infundia nueva esperanza, esto proporcionaba una puerta por donde salvarse, pues cuando Felipe no habia subido todavia gritando furioso era porque Andrea ignoraba completamente cómo se llamaba el criminal; si ella, que era el único testigo, la única que podia acusar, no sabia nada, nadie lo sabia tampoco; si Andrea, lo cual era una esperanza insensata, sabia y no habia hablado, esto era mas que salvarse, era una felicidad,

un triunfo.

Desde aquel momento se elevó Jilberto hasta ponerse al nivel de la situación y nada le contuvo en su marcha, así que echó un velo sobre la claridad con que veía su imaginación.

—¿Dónde están las huellas, dijo, si la señorita de Taverney no me acusa? Pero ¿loco de mí! ¿Me acusará del resultado ó del delito? Lo que es el delito no me lo ha censurado; pues nada ha indicado de tres semanas á esta parte que me aborrezca ó huya de mí mas que antes. De consiguiente, si no ha conocido la causa, los efectos no prueban que se sospeche de mí ni de ningun otro. Además, yo he visto al rey en el aposento de Andrea, y en caso necesario manifestaré cuanto he presenciado delante del hermano y á pesar de la negativa de S. M. me creerán.... Sí, pero este sería un partido muy peligroso.... Callaré, pues, porque el rey tiene sobrados medios para probar su inocencia ó echar por tierra mi testimonio. Pero á falta del rey, cuyo nombre no puede ser invocado en todo esto, so pena de prision

perpétua ó de muerte, ¿no tengo á ese desconocido que aquella misma noche hizo bajar al jardín á la señorita de Taverney?... ¿Cómo se defenderá ese? ¿Cómo han de adivinar quién es, y aun cuando lo adivinen, cómo lo han de encontrar? Como ese es un hombre ordinario, yo valgo tanto como él y me defenderé en su contra. Por otra parte, ni siquiera se piensa en mí; solo Dios me ha visto, añadió riéndose con amargura.... Pero ese Dios que tantas veces vió mis lágrimas y pesares sin decir nada, ¿por qué habrá de cometer la injusticia de revelarme en esta ocasion, la primera que me ha proporcionado de ser feliz?... A mayor abundamiento, si el delito existe, suyo es y no mio; pues Mr. de Voltaire prueba perfectamente que ya no hay milagros. Me he salvado y estoy tranquilo porque nadie sabe mi secreto. El porvenir es mio.

Despues que hizo estas reflexiones, ó mas bien esta composicion con su confianza, Jilberto encerró sus útiles de labor y fué á tomar con sus compañeros la especie de cena. Mientras duró estuvo

alegre, decidor y aun provocativo, pues habia tenido remordimientos, habia tenido miedo, y esta es una debilidad que un hombre, un filósofo, debia apresurarse á borrar.

Sin embargo, el mancebo no contaba con su conciencia, y aquella noche no durmió.

CAPÍTULO LXXVIX.

Dos sufrimientos.

Jilberto conocia perfectamente su posición cuando decia, hablando del hombre desconocido á quien sorprendió en los jardines la noche tan fatal para la señorita de Taverney:

—Cómo lo encontrarán!

Efectivamente, Felipe ignoraba completamente donde vivia José Bálsamo, conde de Fénix.

Pero se acordó de la dama, de la marquesa de Saverny, á cuya casa fué conducida Andrea el 31 de mayo para

ser allí socorrida.

No era una hora tan avanzada que no pudiera presentarse en casa de aquella dama, que vivia en la calle de San Honorato y así comprimiendo Felipe la agitacion de su ánimo y sentidos, subió á casa de la dama, y la doncella le dió al momento, sin titubear, las señas de Bálamo, calle de San Claudio, en el Marais. Felipe se dirigió inmediatamente hácia el sitio indicado.

Pero no sin profunda emocion tocó el aldabon de aquella casa sospechosa, donde, segun todas sus conjeturas, estaban sepultados para siempre la honra y el reposo de la pobre Andrea. Sin embargo, invocando en su auxilio la voluntad, pronto dominó la indignacion y la sensibilidad, para reservar intactas las fuerzas que creia necesarias.

Llamó pues á la puerta con mano bastante segura, y con arreglo á las costumbres de aquella casa se abrió la referida puerta.

Felipe entró en el patio llevando el caballo de la brida.

Pero no habia dado cuatro pasos, cuando Fritz salió del vestíbulo, y apareciendo en el último escalon fué á pararle con esta pregunta:

—Qué quereis, señor?

Felipe se estremeció como si tropezara con un obstáculo imprevisto.

Miró al alemán frunciendo el entrecejo, como si Fritz no cumpliera simplemente con la obligacion de criado.

—Quiero, dijo, hablar al amo de casa, al conde de Fénix, añadió atando la brida de su caballo á una argolla, y dirigiéndose hácia la casa en la cual entró.

—Mi señor no está en casa, dijo Fritz, dejando sin embargo pasar á Felipe, con la política propia de un criado bien enseñado.

Lo mas extraño es que parecia que todo lo habia previsto Felipe menos aquella sencilla respuesta.

Durante un momento permaneció como cortado.

—Dónde lo encontraré? preguntó.

—No lo sé, señorito.

—Debeis saberlo no obstante.

—Dispensadme, pero mi señor no me da cuenta de sus pasos.

—Amigo, dijo Felipe, es preciso sin embargo que hable á vuestro amo esta noche.

—Dudo que eso sea posible.

—Pues es preciso, porque se trata de un asunto de la mayor importancia.

Fritz se inclinó sin responder.

—Conque ha salido? preguntó Felipe.

—Sí señor.

—Pero sin duda volverá.

—Creo que no.

—Ah! creéis que no?

—Sí.

—Muy bien, dijo Felipe, empezando á acalorarse; entre tanto id á decir á vuestro amo....

—Ya he tenido la honra de deciros, replicó Fritz imperturbablemente, que mi señor no está en casa.

—Sé lo que valen los mandatos, dijo Felipe, que se dan á los criados, y el que vos habeis recibido es respetable, amigo mio; pero no puede entenderse conmigo, puesto que vuestro amo no podia prever

mi visita, y vengo aquí por una escepcion.

—El mandato se entiende á todo el mundo, dijo Fritz torpemente.

—Entonces, si hay mandato, dijo Felipe, el conde de Fenix está en casa.

—Y bien, qué? dijo Fritz, que empezaba á impacientarse con aquella terquedad.

—Que le esperaré.

—Os digo que mi señor no está aquí: hace algun tiempo que se prendió fuego á la casa, y de resultas de este incendio se ha puesto inhabitable.

—Sin embargo, tu vives en ella, dijo Felipe cometiendo una torpeza.

—Vivo en ella en clase de guardian.

Felipe se encojió de hombros, como dando á entender que no creia una palabra de cuanto le decian.

Fritz empezaba á enfadarse.

—Por lo demas, dijo, esté mi señor aquí ó no esté, y ya hallándose presente, ya en su ausencia, nadie está autorizado á entrar en su casa á la fuerza, y si no os conformais con esta costumbre me voy

à ver obligado....

Fritz se detuvo.

—A qué? preguntó Felipe propasándose.

—A ponerlos en la calle, respondió Fritz con tranquilidad.

—Tú? exclamó Felipe chispeándole los ojos de rabia.

—Yo, contestó Fritz recobrando con el carácter particular á su nacion todas las apariencias de sangre fria, á medida que iba aumentándose su ira.

Y dió un paso hácia el joven, quien exasperado, fuera de si, echó mano á la espada.

Fritz, sin conmoverse al ver el acero, sin llamar aunque es verdad que quiza estaria solo, cojió de una panóplia una especie de estaca armada de un hierro de corta dimension, y arrojándose sobre Felipe á guisa de blandedor de palo mas bien que de floretista, del primer golpe hizo saltar hecho pedazos aquel espadin.

Felipe lanzó un grito de rabia, y arrojándose á su vez hácia el trofeo procuró cojer de alli un arma.

En aquel momento se abrió la puerta del corredor y apareció el conde destacándose del cuadro sombrío.

—Qué hay; Fritz? preguntó.

—Nada, señor, contestó el criado bajando la estaca; pero colocándose como una barrera enfrente de su amo, quien, situado como se hallaba en las gradas de la escalera escusada, le llevaba la mitad del cuerpo.

—Señor! conde de Fénix, dijo Felipe, se acostumbra en vuestro país que los criados reciban á un caballero estaca en mano, ó es una consigna particular á vuestra noble casa?

—Detente, Fritz, dijo Balsamo.

Fritz bajó todavía mas su estaca, y á una señal que le hizo su amo la puso en un ángulo del vestíbulo.

—Quién sois, caballero? preguntó el conde, que no distinguía bien á Felipe á la luz del velon que alumbraba la antesala.

—Uno que quiere hablaros á toda costa.

—Que quiere?

—Sí.

—Esa palabra disculpa á Fritz, caballero, pues yo nunca quiero hablar á nadie, y cuando estoy en mi casa á nadie reconozco con derecho á querer hablarme. Me habeis faltado pues; pero añadió Bálamo exhalando un suspiro, os lo perdono con tal que os retireis y no turbeis por mas tiempo mi reposo.

—Ciertamente pega muy bien, exclamó Felipe, que pidais reposo cuando me habeis quitado el mio.

—Yó os he quitado el reposo? preguntó el conde.

—¡Soy Felipe de Taverney! gritó el jóven creyendo que este nombre era la mejor respuesta que podia dar á la conciencia del conde.

—Felipe de Taverney?... caballero, dijo el conde, vuestro padre me recibió perfectamente en su casa; sed, pues, bien venido á la mia.

—¡Ah! es una fortuna, murmuró Felipe.

—Tened la bondad de seguirme, caballero.

Bálamo volvió á cerrar la puerta de

la escalera escusada, y marchando delante de Felipe le llevó al salon donde hemos visto desarrollarse algunas de las escenas de esta historia, y con particularidad la mas reciente de cuantas allí se habian verificado, la de los cinco maestros.

El salon estaba alumbrado como si esperáran á alguien; pero era evidente que sucedia así por una de las lujosas costumbres de la casa.

—Buenas noches, señor de Taverney, dijo Bálsamo con un tono de voz dulce y disimulado que obligó á Felipe á alzar la vista para mirarle.

Pero al ver á Bálsamo retrocedió un paso.

Efectivamente, el conde no era mas que una sombra de sí mismo; sus hundidos ojos no despedian ningun brillo; sus mejillas, al enflaquecerse, habian surcado la boca con dos arrugas, y el ángulo facial, desnudo y huesoso, hacia que su cabeza pareciese una calavera.

Felipe se quedó aterrado, y al ver Bálsamo su asombro brilló en sus pálidos labios una sonrisa mortalmente triste.

—Caballero, dijo, os pido mil perdones por lo que os ha pasado con mi criado; pero obedecía el mandato que le habia dado, y permitidme que os diga que vos sois el que habeis faltado queriendo infringir ese mandato.

—Caballero, dijo Felipe, ya sabeis que hay en la vida situaciones apuradas, y precisamente me encontraba yo en una de ellas.

Bálsamo no contestó.

—Quería veros, siguió diciendo Felipe; quería hablaros, y hubiera arrostrado la muerte por penetrar hasta vos.

Tampoco dijo nada Bálsamo, y parecia que aguardaba una aclaracion á las palabras del jóven sin tener fuerzas ni curiosidad para pedirla.

—He logrado veros, continuó Felipe; al fin os tengo en mi presencia, y va á mediar entre nosotros una esplicacion; pero antes tened la bondad de despedir á ese hombre.

Y Felipe señalaba con el dedo á Fritz, que acababa de alzar el tapiz como para pedir á su amo por última vez órdenes

acerca de aquel importuno visitante.

Bálsamo fijó en Felipe una mirada cuyo objeto era penetrar sus intenciones; pero como el jóven se hallaba ya al frente de un hombre á quien igualaba Bálsamo en rango y distincion, había recobrado la calma y la fuerza de ánimo, siendo por lo mismo impenetrable.

Entonces Bálsamo, con un simple movimiento de cabeza, ó mas bien de cejas, despidió á Fritz, y aquellos dos hombres se sentaron uno enfrente de otro; Felipe con la espalda vuelta hácia la chimenea, y Bálsamo con el codo apoyado en un velador.

—Hablad pronto y con claridad, si gustais, caballero, dijo Bálsamo, pues os escucho por pura condescendencia, y os prevengo que me cansaré pronto.

—Hablaré como debo y segun tenga por conveniente, dijo Felipe; y con vuestro permiso voy á empezar interrogándoos.

Al oir esta palabra, Bálsamo frunció las cejas de un modo tan terrible, que brotó de ellas una chispa eléctrica.

Aquella palabra escitaba en él tales

recuerdos, que Felipe se hubiera estremecido si hubiese sabido lo que pasaba en el corazón de aquel hombre.

Sin embargo, al cabo de un momento de silencio, que empleó en recobrar el imperio que tenía sobre sí:

—Interrogadme, dijo Bálsamo.

—Caballero, respondió Felipe, nunca me habeis explicado bien en qué invertisteis el tiempo la famosa noche del 31 de Mayo desde el momento en que sacásteis á mi hermana de entre los moribundos y cadáveres de que se hallaba atestada la plaza de Luis XV.

—Y á qué viene eso? preguntó Bálsamo.

—Viene, señor conde, para deciros que me parece muy sospechosa la conducta que observásteis la referida noche.

—Sospechosa?

—Sí, y según todas las probabilidades no fué propia de un hombre de honor.

—Caballero, dijo Bálsamo, no os entiendo: tened presente que mi cabeza está fatigada, débil, y que de esta misma debilidad nacen, como es natural, movi-

mientos de impaciencia.

—Caballero! exclamó á su vez Felipe enfadado con el tono altanero y tranquilo á un mismo tiempo que Bálsamo usaba con él.

—Caballero, siguió diciendo Balsamo en el mismo tono, desde que tuve la honra de veros he sufrido una desgracia terrible: parte de mi casa se ha quemado, y en el incendio he perdido varios objetos de valor, de mucho valor para mí, lo entendeis? Y de aqui resulta que el pesar que he sentido ha trastornado un tanto mi razon; sed pues muy claro, os lo ruego, ó me despediré de vos en este mismo instante.

—Oh! no, caballero. dijo Felipe, no os despedireis de mí con tanta facilidad como decís: respetaré vuestros pesares si os mostrais compasivo con los míos, porque yo tambien, caballero, he sufrido una desgracia bien grande, mucho mas que la vuestra, os lo aseguro.

Bálsamo se sonrió con esa sonrisa desesperada que ya habia visto vagar por sus lábios Felipe.

—Yo, caballero, siguió diciendo Felipe, he perdido el honor de mi familia.

—Y qué puedo yo hacer para remediar esa desgracia, caballero? preguntó el conde.

—Que qué podeis hacer? exclamó Felipe chispeándole los ojos.

—Sin duda.

—Podeis darme lo que he perdido, caballero.

—Vamos, estais loco, exclamó Bál-samo.

Y estendió la mano hácia la campanilla.

Pero hizo aquel movimiento con tanta indolencia y con tan poca ira, que Felipe le detuvo al instante el brazo.

—Que estoy loco? exclamó Felipe con yoz ahogada; pero no comprendéis que se trata de mi hermana, á quien tuvisteis desmayada en vuestros brazos el 31 de mayo; de mi hermana á quien llevásteis á una casa, honrada segun vos, y segun yo infame; de mi hermana, en una palabra, á quien os pido, espada en mano, que devolvais su honra.

Bál-samo se encojió de hombros.

—Bah! murmuró, cuántos rodeos para llegar á una cosa tan sencilla!

—Desventurado! exclamó Felipe.

—Qué voz tan deplorable teneis, caballero! dijo Bálamo siempre con tanta impaciencia como tristeza; me dejais sor-
do: vamos, no acabais de decirme que he insultado á vuestra hermana?

—Sí, menguado!

—Hé ahí un grito y un insulto inúti-
les, caballero; quién diablos os ha dicho
que yo he insultado á vuestra hermana?

Felipe titubeó, porque el tono con que Bálamo pronunció aquellas palabras le llenó de asombro: ó era el colmo de la impudencia, ó el grito de una conciencia pura.

—Quién me lo ha dicho? preguntó el
joven.

—Sí.

—Mi misma hermana, caballero.

—Pues bien, caballero, vuestra her-
mana....

—Qué vais á decir? exclamó Felipe ha-
ciendo un jesto amenazador.

—Iba á decir, caballero, que acabo

de formar una idea muy triste tanto de vos como de vuestra hermana. Sabeis que es una especulacion muy fea la que hacen ciertas mujeres con su deshonor? Si, vos venís aquí con la amenaza en la boca, como los hermanos barbudos de la comedia italiana, para obligarme con la espada ó á que me case con vuestra hermana, lo cual prueba que tiene mucha necesidad de marido, ó á que os dé dinero, porque sabeis que hago oro. Pues bien, caballero, os habeis engañado sobre estos dos puntos, pues no obtendreis dinero y vuestra hermana se quedará soltera.

—Entonces os arrancaré la sangre que corre por vuestras venas, si es que teneis sangre! exclamó Felipe.

—No, ni aun siquiera eso, caballero.

—Cómo?

—La sangre que tengo la guardo, y si hubiera querido verterla se me ha presentado para ello una ocasion mas seria que la que vos me proporcionais. Así, caballero, hacedme el favor de volveros tranquilamente, y si levantais la voz, co-

mo ese ruido me lastima la cabeza, llamaré á Fritz, Fritz vendrá, y con una seña os hará dos pedazos como si fuéscis una caña. Idos.

Lo que es aquella vez Bálsamo cojió la campanilla; y como Felipe quisiera impedirselo, abrió un cofre de ébano que estaba sobre el velador y sacó una pistola de dos tiros que amartilló.

—Pues bien, mejor quiero eso, exclamó Felipe; matadme!

—Y por qué os he de matar?

—Porque me habeis deshonrado.

El jóven pronunció estas palabras con tal acento de verdad, que Bálsamo le miró con dulzura diciendo:

—Será posible que obreis de buena fé?

—Y lo dudais? Dudais de la palabra de un caballero?

—Bien, quiero suponer que la señorita de Taverney es única que ha concedido una idea tan indigna, que os ha so-
liviado; y siendo así voy á daros una satisfaccion. Os juro, bajo palabra de honor, que la conducta que observé con vuestra hermana la noche del 31 de mayo

yó es irrepreensible; que ni los hombres de bien, ni los tribunales humanos, ni la justicia divina, podrian hallar cosa que fuese contraria al decoro mas delicado: me creéis?

—Caballero! dijo el jóven admirado.

—Ya sabeis que no temo un desafio, porque esto se conoce en los ojos, no es verdad? En cuanto á mi debilidad no hay que engañarse, pues es aparente: es cierto que tengo poca sangre en el rostro, pero mis músculos nada han perdido de su fuerza. Quereis que os lo pruebe? Mirad.

Y Bálsamo levantó con una mano, sin hacer esfuerzo, un enorme vaso de bronce que habia sobre un mueble de Boulé.

—Pues bien, corriente, caballero, dijo Felipe, os creo en cuanto al 31 de mayo; pero os valeis de un subterfujio, y poneis vuestra palabra bajo la garantia de un error de fecha. Despues habeis vuelto a ver á mi hermana!

Bálsamo titubeó á su vez.

—Es verdad que la he vuelto á ver, dijo

Y su frente, que se habia despejado

por un momento, se oscureció de un modo terrible.

—Ah! Ya lo veis! dijo Felipe.

—Y qué prueba contra mí el que haya vuelto á verla?

—Prueba que la sumerjisteis en ese sueño inesplicable, cuyos síntomas ha sentido ya tres veces al acercaros á ella, y que abusásteis de aquella insensibilidad para conseguir que vuestro secreto quedase impune.

—Quién ha dicho eso? exclamó á su vez Bálamo.

—¡Mi hermana!

—Y cómo lo sabe, puesto que estaba dormida?

—¡Ah! Conque confesais que la durmieron?

—Hago mas, caballero, confieso que yo fui quien la durmió.

—Vos?

—Si.

—Y con qué objeto sino con el de deshonrarla?

—Con qué objeto, ay de mí! dijo Bálamo inclinando la cabeza sobre el pecho.

—Hablad, hablad.

—Con el objeto, caballero, de hacer que revelase un secreto que para mí valia mas que la vida.

—¡Oh! ese es un subterfujio, astucia nada mas.

—Y esa noche fue, continuó Bálsamo siguiendo su pensamiento mas bien que contestando á las injuriosas palabras de Felipe, esa noche fué cuando vuestra hermana....

—Quedó deshonrada, sí, caballero.

—Deshonrada!

—Mi hermana está en cinta!

Bálsamo lanzó un grito.

—Oh! es verdad, es verdad, dijo, ya me acuerdo, me fuí sin despertarla.

—Al fin confesais? exclamó Felipe.

—Sí; y algun infame en aquella noche terrible.... ¡oh! terrible para todos nosotros, caballero; algun infame se aprovecharía de su sueño.

—¡Ah! Quereis burlaros de mí, caballero.

—No, convenceros sí.

—Difícil será.

—Dónde está en este momento vuestra hermana?

—En el sitio donde vos supisteis descubrirla.

—En Trianon?

—Sí.

—Pues voy á Trianon con vos.

Felipe se quedó inmóvil de asombro.

—He cometido una falta, caballero, dijo Bálsamo, pero estoy puro de todo crimen, aunque dejé á esa niña sumergida en el sueño magnético. En compensacion de esta falta, que es justo me perdoneis, os diré quién es el culpable.

—Decidlo, decidlo.

—Yo no lo sé, dijo Bálsamo.

—Pues entonces, quién lo sabe?

—Vuestra hermana.

—Sí, pero se ha negado á decírmelo.

—Puede ser; mas á mí me lo dirá.

—Mi hermana?

—Si vuestra hermana acusa á alguien la creereis?

—Sí, porque mi hermana es un ángel de pureza.

Bálsamo tocó la campanilla.

—Fritz, una carroza, dijo viendo aparecer al alemán.

Felipe se paseaba por el salón como un loco.

—El culpable? decia, prometeis decirme el nombre del culpable?

—Caballero, dijo Bálsamo, vuestra espada se ha roto, me permitís que os regale otra?

Y cojió de encima de un sillón una magnífica espada con puño de granate que puso á Felipe en la cintura.

—Pero y vos? dijo el jóven.

—Yo, caballero, no necesito armas, contestó Bálsamo; mi defensa está en Trianon, y mi defensor lo sereis vos mismo cuando vuestra hermana haya hablado.

Un cuarto de hora después subieron á una carroza, y Fritz los condujo hácia el camino de Versalles al galope de dos excelentes caballos.

CAPÍTULO LXXX.

El camino de Trianon.

En todas aquellas correrías de una parte á otra y toda aquella esplicacion se invirtió tiempo, de suerte que eran cerca de las dos de la mañana cuando salieron de la calle de San Claudio.

Hora y cuarto se gastó en llegar á Versailles, y diez minutos en ir de Versailles á Trianon, de suerte que hasta las tres y media no llegaron á su destino nuestros dos hombres.

Durante la segunda parte del camino el alba fué tiñendo con su rosada tinta los bosques llenos de frescura y las colinas de Sevres, y como si se alzara lentamente ante sus ojos un velo, los estanques de Ville de Avray y los mas lejanos de Bucse fueron iluminando como otros tantos espejos.

Luego, en fin, aparecieron á su vista las columnas y los tejados de Versailles, cubiertos ya por los purpúreos rayos de

un sol invisible todavia.

De vez en cuando brillaba algun vidrio en que se reflejaba un destello de llama y deshacia con su luz el color amaratado de la niebla de la mañana.

Al llegar al extremo de la avenida que conduce de Versailles á Trianon, Felipe mandó parar el carruaje, y dirigiéndose á su compañero, que durante todo el viaje habia guardado el mas profundo silencio:

—Caballero, le dijo, temo nos sea preciso esperar aqui algun tiempo. Las puertas no se abren en Trianon hasta las cinco de la mañana, y recelo que si quebrantamos la consigna, dará que sospechar nuestra venida á los vijilantes y guardas.

Bálsamo no contestó, sino manifestó con un movimiento de cabeza que aceptaba la verdad de la proposicion.

—Por otra parte, caballero, siguió diciendo Felipe, esta tardanza me dará tiempo para participaros algunas reflexiones que he hecho durante el viaje.

Bálsamo fijó en Felipe una mirada vaga llena de fastidio e indiferencia.

—Como gustéis, caballero, dijo; hablad, que ya os escucho.

—Me habeis dicho, caballero, prosiguió Felipe, que la noche del 31 de Mayo dejásteis á mi hermana en casa de la señora marquesa de Taverny?

—Vos mismo os asegurásteis de ello, dijo Bálamo, puesto que hicisteis una visita á esa señora para darle las gracias.

—Habeis añadido tambien que un criado de las caballerizas del rey os acompañó desde el palacio de la marquesa hasta nuestra casa, es decir, hasta la calle de Coq-Heron, no habiéndoos hallado por lo mismo solo con ella, y os he creído bajo la fé de caballero.

—Habeis hecho bien.

—Pero fijando mi pensamiento en circunstancias mas recientes, me he visto obligado á decirme á mí mismo que debisteis entrar en su aposento la noche que encontrásteis medios de introducirós en los jardines de Trianon.

—Nunca he entrado en la habitacion de vuestra hermana, caballero.

—Escuchad, sin embargo!... Mirad!

que antes de que os presenteis á Andrea es preciso que todo se aclare.

—Aclaradlo pues, caballero, porque eso es lo que yo deseo y á lo que hemos venido aqui.

—Pues bien, esa noche, tened cuidado con lo que respondeis, porque lo que voy á deciros es positivo, y lo sé de boca de mi misma hermana. Esa noche, digo, se acostó mi hermana muy temprano; la sorprendisteis, pues, en la cama?

Bálsamo hizo con la cabeza una señal negativa.

—Cuidado con negar! dijo Felipe.

—No niego, caballero, me preguntais y respondo.

—Pues bien. sigo preguntándoos, seguid vos respondiendo.

Bálsamo no se enfadó, sino al contrario, hizo una seña á Felipe de que aguardaba.

—Cuando subisteis á casa de mi hermana, continuó Felipe arrimándose cada vez mas; cuando la sorprendisteis y dormisteis por medio de vuestro poder infernal, Andrea estaba acostada, leyendo.

Entonces sintió esa pesadez que vuestra presencia le infunde siempre y perdió el conocimiento: ahora bien; decís que no hicisteis otra cosa sino interrogarle, añadiendo que os marchásteis. por un olvido, sin despertarla; y sin embargo, añadió Felipe cojiendo á Bálsamo por la muñeca y apretándole convulsivamente; sin embargo, cuando recobró los sentidos á la mañana siguiente, estaba, no en su cama, sino al pie del sofá, medio desnuda. Responded á esta acusacion, caballero, y no tergiverseis las cosas.

Durante esta interpelacion, Bálsamo, como un hombre á quien despiertan, desechaba una á una las negras ideas que oscurecian su mente.

—En verdad, caballero, dijo, que no debíais haber vuelto á tocar este asunto y suscitar una eterna disputa. Yo he venido aqui por condescendencia y por el interés que me inspirais, y me parece que se os ha olvidado. Como sois joven y oficial estais acostumbrado á levantar el grito llevando la mano al pomo de la espada; pero todo esto os hace raciocinar

muy mal en una circunstancia tan grave. He hecho en mi casa mas de lo que debí hacer para convenceros y conseguir que me dejáseis tranquilo; pero veo que empezais de nuevo: mirad, pues, lo que haceis, porque si me cansais me adormeceré en lo profundo de mis pesares, comparados con los cuales son los vuestros, os lo juro, pasatiempo de niños; y cuando me duermo de ese modo, caballero, desgraciado del que me despierte! No he entrado en la habitacion de vuestra hermana, y es cuanto puedo deciros; vuestra hermana fue quien, por su propio motu, en lo cual confieso que tuvo gran parte mi voluntad, salió á buscarme al jardin.

Felipe hizo un movimiento, pero Balsamo le contuvo.

—Os he ofrecido probároslo, siguió diciendo, y os lo probaré. Quereis que sea al instante? Corriente: entremos en Trianon, lo cual es mejor que estar perdiendo el tiempo en cosas inútiles. Preferís que esperemos? Esperemos, pues; pero en silencio y sin alterarse, si es de vuestro agrado.

Dicho esto, con el aire que ya conocen nuestros lectores, Bálamo apagó el brillo fugitivo de su mirada y volvió á sumergirse en su meditacion.

Felipe lanzó un ruido sordo como una fiera cuando se dispone á morder; pero cambiando de pronto de actitud y modo de pensar:

—Es preciso, dijo, persuadir á este hombre ó dominarlo con algun jénero de superioridad; mas como me faltan medios de dominar ó de persuadir, tengamos paciencia.

Pero no pudiéndola tener al lado de Bálamo, saltó del carruaje y se puso á pasear por la verde calle de árboles en que la carroza se habia parado.

Al cabo de diez minutos conoció Felipe que le era imposible esperar mas tiempo.

Prefirió, pues, bacer que le abrieran la verja antes de la hora señalada á riesgo de escitar sospechas.

—Por otra parte, murmuraba Felipe acariciando una idea que ya le habia ocurrido varias veces; por otra parte,

qué sospechas puede concebir el portero si le digo que la salud de mi hermana me ha alarmado hasta el punto de haber ido á Paris en busca de un médico y traerlo aquí al amanecer?

Adoptada esta idea, que con el deseo que tenia de ponerla en ejecucion habia disipado poco á poco todos sus peligros, corrió hácia la carroza.

—Sí, caballero, dijo, teneis razon, es inútil esperar mas tiempo. Venid, venid.

Pero fue preciso que renovase esta advertencia, y entonces solamente fue cuando se desprendió Bálsamo de la capa en que estaba embozado, se abrochó su hopalanda oscura con botones de acero bruñido y salió de la carroza.

Felipe tomó una senda que le condujo á la verja del parque, con toda la economia que proporcionan las diagonales.

—Andemos de prisa, dijo á Bálsamo.

Y su paso era tan veloz, que á Bálsamo [le costaba] [trabajo seguirle.

La verja se abrió, Felipe habló con el portero, y nuestros hombres pasaron.

Cuando la verja se cerró tras ellos

Felipe se paró otra vez.

—Caballero, dijo, permitidme que os diga una palabra. Ya estamos en el último término de nuestro viaje; no sé las preguntas que vais á hacer á mi hermana, y quisiera que á lo menos le evitárais los pormenores de la de la horrible escena que pasó estando dormida. Puesto que ha perdido la virginidad del cuerpo, respetad la del alma.

—Caballero, respondió Bálsamo, oid lo que voy á deciros: nunca he entrado en el jardín mas allá de esos frondosos bosques que veis allí, frente al edificio en que mora vuestra hermana, y de consiguiente nunca he penetrado en la abitacion de la señorita de Taverney, como ya he tenido la honra de decíroslo. En cuanto á la escena que temeis afecte la imaginacion de vuestra hermana, solo os hará efecto á vos y á una persona dormida, en atencion á que desde ahora voy á mandar á esa señorita que caiga en el sueño magnético.

Bálsamo hizo alto, se cruzó de brazos, se volvió hácia el pebellon que ocupaba

Andrea, y permaneció por un momento inmóvil, fruncido el entrecejo y con la espresion de una voluntad omnimoda estendida por su rostro.

—Mirad, dijo dejando caer los brazos, ya debe estar dormida la señorita Andrea.

La fisonomía de Felipe espresó duda.

—Ah! No me creeis? exclamó Bálsamo, pues bien, esperad. Para probaros que no tuve necesidad de entrar en su aposento voy á mandarle, dormida y todo como se halla, que venga á buscarnos al pie de los escalones, en el mismo sitio en que la hablé en nuestra última entrevista.

—Corriente, dijo Felipe; cuando lo vea lo creeré.

—Acerquémonos á esa calle de árboles, y esperemos detras de los hojaranzos.

Felipe y Bálsamo fueron á situarse en el paraje designado.

Bálsamo estendió la mano hacia la habitacion de Andrea.

Pero apenas se colocó en esta actitud, oyóse un ligero ruido en los hojaranzos inmediatos.

—Mirad que hay un hombre, dijo Bálamo.

—Dónde? preguntó Felipe buscando con la vista la persona que le señalaba el conde.

—Allí, en el bosquecillo de la izquierda, contestó este.

—Ah! sí, dijo Felipe, es Jilberto, un jóven que sirvió en nuestra casa.

—Teneis algo que temer de ese jóven?

—No, ó á lo menos así lo creo; pero no importa, deteneos, caballero, pues si Jilberto esta levantado, pueden estarlo otros tambien.

Durante este tiempo Jilberto se alejaba espantado, pues al ver juntos á Felipe y Bálamo comprendió por instinto que estaba perdido.

—Y bien, caballero, preguntó Bálamo, á qué os decidís?

—Caballero, dijo Felipe experimentando á pesar suyo el encanto magnético que aquel hombre esparcia en torno suyo; caballero, si efectivamente es tan grande vuestro poder que atraeríais á mi hermana hasta aqui, manifestad ese poder

con una señal cualquiera, pero no traigais á Andrea á un sitio descubierto como lo es este, y donde cualquiera que venga podrá oir vuestras preguntas y respuestas.

—Ya era tiempo, dijo el conde cojiendo al jóven del brazo y mostrándole en la ventana del corredor á Andrea, blanca y severa que salia de su cuarto, y cumpliendo la orden de Bálsamo se disponia á bajar la escalera.

—Detenedla, detenedla, dijo Felipe desatinado al mismo tiempo que estupefacto.

—Corriente, dijo Bálsamo.

Y estendió el brazo en direccion á la señorita de Taverney, quien se paró al instante.

Luego, como la estatua que se encamina al festin del *Convidado de Piedra*, despues de permanecer así un instante dió una vuelta y entró en su aposento.

Felipe se precipitó tras ella y Bálsamo le siguió.

Felipe entró en la habitacion casi al mismo tiempo que Andrea, y cojiendo á la jóven en brazos la hizo sentar.

Algunos instantes despues que Felipe, Bálsamo entró y cerró tras sí la puerta.

Pero, por corto que fue el espacio que medió entre la entrada del uno y el otro, un tercer personaje tuvo tiempo para deslizarse por entre aquellos dos hombres y penetrar en el gabinete de Nicolasa, donde se escondió, conociendo que su vida dependia de la conferencia que iba á tener lugar.

Aquel personaje era Jilberto.

CAPÍTULO LXXXI.

Revelacion.

Bálsamo cerró la puerta tras sí, y presentándose en el umbral en el momento que Felipe contemplaba á su hermana con un terror mezclado de curiosidad:

—Estais dispuesto, caballero? le preguntó.

—Sí, sí, tartamudeó Felipe temblando de pies á cabeza.

—Es decir que podemos empezar á

hacer preguntas á vuestra hermana?

—Como gustéis, dijo Felipe respirando con fuerza como para levantar el peso que agobiaba su pecho.

—Antes que nada, dijo Bálsamo, mirad á vuestra hermana.

—Ya la veo, caballero.

—Creeis que está dormida?

—Sí.

—Y que de consiguiente no tiene el menor conocimiento de lo que está pasando aquí?

Felipe no respondió; pero hizo un jesto que manifestaba duda.

Bálsamo se dirigió entonces al fogon y encendió una bujía que pasó á Andrea por delante de los ojos sin que la llama le hiciera bajar los párpados.

—Sí, sí, duerme, dijo Felipe; pero qué sueño tan extraño, Dios mío!

—Pues bien, voy á preguntarle, continuó Bálsamo; ó mas bien preguntadle vos, caballero, que habeis manifestado temor de que dirija á vuestra hermana alguna pregunta indiscreta.

—Pero si le he hablado, le toqué ha-

ce poco, y ni me ha oído ni sintió que la abrazaba....

—Eso consiste en que no estábais en relacion con ella; voy pues á ponerlos.

Bálsamo cojió á Felipe la mano y la puso en la de Andrea.

Al instante se sonrió la jóven, murmurando:

—Ah! eres tú hermano?

—Ya veis como ahora os conosco, dijo Bálsamo.

—Sí, qué cosa tan estraña!

—Preguntadle, y os contestará.

—Pero si no se acordaba estando despierta, cómo quereis que se acuerde estando dormida?

—Ese es un misterio de la ciencia.

Y exhalando un suspiro, Bálsamo fue á sentarse en un sillón que habia en un rincón.

Felipe se quedó inmóvil, con su mano en la de Andrea, y sin saber cómo empezar unas preguntas, cuyo resultado seria para él adquirir la certeza de su deshonor y la revelacion de un delincuente.

te, en quien quizá no podría recaer su venganza.

En cuanto á Andrea, se hallaba en un estado de calma próximo al éxtasis, y su fisonomía indicaba quietud mas bien que cualquier otro sentimiento.

Aunque estremeciéndose, obedeció Felipe á la mirada espresiva de Bálamo que le decia se preparase.

Pero á medida que pensaba en su desgracia, á medida que se oscurecia su rostro, cubríase el de Andrea de una nube, y ella fue la que dió principio diciéndole:

—Sí, tienes razon, hermano, es una grandesgracia para la familia.

Andrea traducia de este modo el pensamiento que leia en la mente de su hermano.

Felipe no esperaba aquel comienzo y se estremeció.

—Qué desgracia? preguntó, sin saber exactamente lo que respondia.

—Ah! bien lo sabes tú, hermano.

—Obligadla á que hable, caballero, y hablará.

—Y cómo la obligo?

—Queriendo que hable.

Felipe miró á su hermana formulando una voluntad interior.

Andrea se ruborizó.

—Oh! dijo la jóven, y qué mal haces, Felipe, en creer que Andrea te ha engañado!

—Conque no amas á nadie? preguntó Felipe.

—A nadie.

—Entonces no tengo que castigar á un cómplice sino á un criminal.

—No te entiendo, hermano.

Felipe miró al conde como pidiéndole parecer.

—Apretadle, dijo Bálsamo.

—Que la apriete?

—Sí, preguntad francamente.

—Sin respetar el pudor de esta niña?

—Oh! no tengais cuidado, pues cuando despierte no se acordará de nada.

—Pero podrá contestar á mis preguntas?

—Veis bien? preguntó Bálsamo á Andrea.

Andrea se estremeció al oír aquella

voz, y dirigió su mirada sin brillo hácia el sitio donde estaba Bálamo.

—No tan bien, dijo, como si fuérais vos quien me preguntáseis; pero sin embargo veo.

—Pues bien, dijo Felipe, si ves, refiérme, hermana, con todos sus pormenores, lo que sucedió la noche que te desmayaste.

—No empezais por la noche del 31 de mayo, caballero? me parece que vuestras sospechas se remontaban á esa noche, y ya ha llegado el momento que todo se aclare á un mismo tiempo.

—No, caballero, respondió Felipe, es inútil; desde hace un instante creo en vuestra palabra. El que dispone de un poder como el vuestro no se vale de él para conseguir un objeto vulgar. Hermana, añadió Felipe, cuéntame todo lo que pasó en la noche que te desmayaste.

—No me acuerdo, dijo Andrea.

—Oís, señor conde?

—Es preciso que se acuerde y que hable; mandádselo pues.

--Pero si estaba dormida!

—El alma velaba,

Entonces se levantó, estendió la mano hácia Andrea, y frunciendo el entrecejo de un modo que indicaba aumento de voluntad y accion:

—Acordaos, dijo, yo lo quiero.

—Ya me acuerdo, dijo Andrea.

—Oh! dijo Felipe enjugándose la frente.

—Qué es lo que quereis saber?

—Todo!

—Desde qué momento?

—Desde el momento en que te acostaste.

—Os veis á vos misma? preguntó Bálamo.

—Si, me veo; tengo en la mano el vaso preparado por Nicolasa... Oh! Dios mio!

—Qué? Qué hay?

—Es una pícara!

—Habla, hermana, habla.

—El vaso contiene un brebaje, y si me lo bebo me pierdo.

—Un brebaje! exclamó Felipe, y con qué objeto?

—Espera, espera!

—Primero lo del brebaje.

—Iba á llevármelo á los lábios; pero en aquel momento....

—Qué?

—El conde me llamó.

—Qué conde?

—El, dijo Andrea estendiendo la mano hacia Bálsamo.

—Y entonces?

—Entonces solté el vaso y me dormí.

—Y qué mas, qué mas? preguntó Felipe.

—Me levanté, y fui á reunirme con él.

—Dónde estaba el conde?

—Bajo los tilos, frente á mi ventana.

—Y el conde no ha entrado nunca en tu cuarto, hermana?

—Nunca.

Bálsamo dirigió á Felipe una mirada que queria decir:

—Veis cómo no os engañaba, caballero?

—Y dices que fuiste á reunirme con el conde?

—Sí, porque cuando me llama le

obedezco.

—Y para qué te quería el conde?

Andrea titubeó.

—Hablad, hablad, exclamó Bálsamo, pues haré por no oiros.

Y volvió á caer en su sillón, sepultando la cabeza entre las manos, como para impedir que llegase hasta él el ruido de las palabras de Andrea.

—Di, para qué te quería el conde? repitió Felipe.

—Para preguntarme....

Y se paró de nuevo, de suerte que cualquiera hubiera dicho temia desgarrar el corazón del conde.

—Continúa, hermana, continúa, dijo Felipe.

—Por una persona que se había escapado de su casa, y que (Andrea bajó la voz) después ha muerto.

Por muy bajo que Andrea pronunció estas palabras, Bálsamo las oyó ó las adivinó, pues lanzó un gemido melancólico.

Felipe se detuvo, y durante un momento reinó el silencio mas profundo.

—Continuad, continuad, dijo Bálsa-

mo; vuestro hermano lo quiere saber todo, señorita, y es preciso que lo sepa. Qué hizo ese hombre despues que adquirió las noticias que deseaba?

—Se fué, dijo Andrea.

—Dejándote en el jardin? preguntó Felipe.

—Sí.

—Y qué hiciste entonces?

—Como se alejaba de mí, y con él huia la fuerza que me sostenia, caí al suelo.

—Desmayada?

—No, dormida; pero con un sueño tan pesado como el plomo.

—Podrás acordarte de lo que te sucedió durante ese sueño?

—Procuraré acordarme.

—Pues bien, dí lo que te sucedió.

—Un hombre salió de un bosquecillo, me cojió en brazos y me condujo.

—A dónde?

—Aquí, á mi cuarto.

—Ah!... y ves á ese hombre?

—Espera.... sí, sí.... ¡Oh! continuó Andrea haciendo un jesto de disgusto é

incomodidad; ¡Jilberto habia de ser!

—Jilberto?

—Sí.

—Y qué hizo?

—Me colocó en este sofá.

—Y despues?

—Aguarda.

—Ved, ved, dijo Bálsamo, quiero que veais.

—Se pone á escuchar.... va al otro cuarto.... retrocede asustado, y entra en el gabinete de Nicotiasa.... ¡Dios mio! Dios mio!

—Qué es eso?

—Un hombre le sigue; y yo que no puedo levantarme, ni defenderme, ni gritar ¡dormida como estoy!

—Quién es ese hombre?

—Hermano mio! Hermano!

Y el rostro de Andrea espresó el mas profundo dolor.

—Decid quién es ese hombre, exclamó Bálsamo, yo os lo mando.

—El rey, murmuró Andrea, el rey. Felipe se estremeció.

—¡Ah! murmuró Bálsamo, lo sospe-

chaba.

—Se acerca á mí, siguió diciendo Andrea, me habla, me coje en brazos y me abraza. ¡Oh! ¡hermano, hermano!

Gruesas lágrimas se desprendieron de los ojos de Felipe, mientras su mano apretaba el puño de la espada que le había dado Bálsamo.

—¡Hablad, hablad! continuó el conde con tono cada vez mas imperativo.

—¡Oh! ¡qué felicidad! se turba.... se detiene.... me mira.... tiene miedo.... huye.... ¡Andrea se salva!

Felipe aspiraba jadeando cada una de las palabras que salia de boca de su hermana.

—¡Se salva! Andrea se salva! repitió maquinalmente.

—¡Espera, hermano, espera!

Y como si tratara de apoyarse, buscaba la jóven el brazo de Felipe.

—Qué mas, qué mas? preguntó este.

—Se me había olvidado.

—El qué?

—Allí, allí, en el gabinete de Nicolasa, con un cuchillo en la mano....

—Con un cuchillo en la mano?

—Lo estoy viendo, está tan pálido como la muerte.

—Quién?

—Jilberto.

Felipe contenía el aliento.

—Sigue al rey, continuó Andrea; cierra la puerta tras sí, apaga con el pie la bujía que estaba ardiendo sobre el tapiz y se adelanta hacia mí. Oh!

La joven se enderezó en brazos de su hermano, y tan tirantes estaban todos los músculos de su cuerpo que parecía iban á romperse.

—Oh! qué miserable! dijo al fin.

Y volvió á caer sin fuerzas.

—Dios mío! dijo Felipe no atreviéndose á interrumpirla.

—Él es, murmuró la joven.

Luego, incorporándose hasta llegar al oído de su hermano, chispeándole los ojos de rabia y con las manos crispadas, le dijo:

—Es verdad, Felipe, que le matarás?

—Ah! Sí! gritó el joven dando un brinco.

Y tropezó con un velador que habia detras de él con varias piezas de porcelana.

El velador vino á tierra y las piezas se hicieron pedazos.

Al ruido que causó aquella caída se mezcló un sordo rumor, y de pronto se conmovieron las tablas del piso, dominando todo aquello un grito de Andrea.

—Qué es eso? dijo Bálsamo, se ha abierto una puerta.

—Nos estaban escuchando? exclamó Felipe echando mano á la espada.

—Era él, dijo Andrea, él.

—Pero quién es él?

—Jilberto, siempre Jilberto. Ah! conque le matarás, Felipe? no es verdad que le matarás?

—Oh! sí, sí, sí, exclamó el jóven.

Y se lanzó á la antesala, espada en mano, mientras que Andrea volvía á caer sobre el sofá.

Bálsamo corrió tras el jóven y le sujetó por el brazo, diciéndole:

—Mirad, caballero, que lo que ahora está oculto va á hacerse público: es de

dia, y en los palacios reales resuena mucho el eco.

—Oh! Jilberto, Jilberto, murmuraba Felipe; estaba escondido ahí, nos ha oído y podía matarle. Oh! El cielo confunda á ese miserable!

—Sí; pero silencio, que ya volvereis á encontrar á ese jóven; de vuestra hermana es de quien debeis ocuparos, caballero, porque ya veis que empieza á cansarse de tantas emociones.

—Oh! sí, por lo que yo sufro comprendo lo que ella deberá sufrir: es tan espantosa esta desgracia, tiene tan poco remedio! Oh! caballero, caballero, me costará la vida.

—Al contrario, vivireis para ella, pues como no tiene á nadie sino á vos, os necesita; amadla, compadecedla, y conservadla á vuestro lado.

—Y ahora, continuó despues de guardar silencio unos cuantos segundos, me necesitais para algo?

—No, caballero, perdonadme mis sospechas, perdonadme mis ofensas, sin embargo de que el daño proviene de vos.

—Sin que sea esto disculparme, caballero, se os ha olvidado lo que ha dicho vuestra hermana.

—Qué ha dicho? porque tengo trastornada la cabeza.

—Si yo no hubiese, venido habria tomado la bebida preparada por Nicolasa y entonces hubiera sido el rey. Seria en tal caso menor la desgracia?

—No, caballero, siempre hubiera sido igual, y ya veo que estábamos condenados. Despertad á mi hermana, caballero.

—No, porque me veria, y quizá comprenderia lo que ha pasado: mas vale que la despierte lo mismo que la dormí; esto es, de lejos.

—Gracias, gracias!

—Adios, pues, caballero.

—Una palabra, conde. Supongo que sereis hombre de honor?

—Oh! Quereis decir que guarde secreto?

—Conde....

—Es una recomendacion inútil; en primer lugar porque soy un caballero, y

en segundo porque decidido como estoy á no tener nada de comun con los hombres, voy á olvidarlos y á no cuidarme de sus secretos. No obstante, contad conmigo si alguna vez puedo seros útil.... Pero no, no; ya no soy útil para nada; nada yalgo ya en el mundo. Adios, Sr. de Taverney, adios.

E inclinándose ante Felipe, Bálsamo miró otra vez á Andrea, quien tenia la cabeza echada hácia atras con todos los síntomas del dolor y el cansancio.

—Oh ciencia, murmuró, cuántas víctimas para conseguir un resultado sin valor!

Y desapareció.

A medida que se alejaba fue reanimándose Andrea, quien levantó su pesada cabeza como si fuera de plomo, y mirando á su hermano con ojos de asombro:

—Oh! Felipe, murmuró, qué es lo que acaba de pasar?

Felipe comprimió los sollozos que le ahogaban, y sonriéndose con heroismo:

—Nada, hermana, dijo.

—Nada?

—Sí.

—Y sin embargo, me parece que he estado delirando, que he soñado!

—Soñado! Y qué has soñado, querida Andrea?

—Oh! he soñado con el doctor Luis!

—Andrea, exclamó Felipe estrechándole la mano; eres tan pura como la luz del día; pero todo te acusa, todo te pierde, y sobre los dos ha caído un secreto terrible. Voy en busca del doctor Luis para que diga á la señora delфина que estás atacada de ese mal inexorable que se apodera del que vive lejos de su patria, y que solo puedes curarte residiendo en Taverney. En seguida marcharemos, ora al mismo Taverney, ora á cualquier otro sitio del mundo, y aislados allí los dos nos querremos y nos consolaremos mutuamente.

—Sin embargo, hermano, dijo Andrea, puesto que soy tan pura como dices...

—Querida Andrea, ya te explicaré todo lo que hay; entre tanto prepárate para marchar.

—Pero y papá?

—Mi padre, dijo Felipe sombrío; mi padre? eso es cosa mia, y ya le prepararé.

—Es decir que nos acompañará?

—Quién, mi padre? oh! es imposible, imposible! Nosotros dos, Andrea, ya te he dicho que nosotros dos solos.

—Oh! cómo me asustas, amigo mio! Me espantas, hermano, y me haces padecer mucho.

—Dios está al cabo de todo, Andrea, dijo el jóven: así pues, valor: corro en busca del doctor, y por lo que hace á tí, Andrea, ya sabes que estás mala por el sentimiento que te causa haber dejado á Taverney, sentimiento que ocultabas por la señora delfina. Vamos, vamos, sé fuerte, hermana, porque nos va en ello nuestra honra.

Y Felipe se apresuró á abrazar á su hermana, porque se ahogaba.

En seguida recojió la espada, que habia dejado caer, la metió en la vaina con mano temblorosa, y se lanzó á la escalera.

Un cuarto de hora despues llamaba á

la puerta del doctor Luis, que vivia en Versalles todo el tiempo que residia la corte en Trianon.

CAPÍTULO LXXXII.

El jardin del doctor Luis.

El doctor Luis, á cuya puerta hemos dejado á Felipe, se paseaba en un jardincillo enterrado entre cuatro paredes elevadas y que formaba parte de las dependencias de un antiguo convento de las ursulinas, trasformado á la sazón en un almacén de forraje por los señores dragones de la casa real.

Sin dejar de andar leia el doctor Luis las pruebas de una obra que estaba publicando, y se bajaba de vez en cuando para arrancar de la calle en que se paseaba ó de los acirates que se estendian á derecha é izquierda, la mala yerba cuya vista chocaba á su instinto de orden y simetria.

La casa corria á cargo de una criada

algo huraña, como conviene que sean los criados de un hombre que no quiere ser molestado en el ejercicio de sus tareas.

Al ruido que hizo el aldabon de bronce dejado caer por Felipe, acercóse la criada á la puerta y la entreabrió.

Pero en vez de ponerse nuestro jóven á hablar con la criada, empujó la puerta y entró. Ya en el portal, divisó el jardín y en él al doctor.

Entonces, sin hacer caso de las reprimendas y gritos de la vijilante guardiana, corrió hácia el jardin.

Al oir pasos, alzó el doctor la cabeza y dijo:

—Ah! Ah! Sois vos?

—Dispensadme, doctor; que haya venido de este modo á turbaros en vuestra soledad; pero ha llegado el momento que habíais previsto; os necesito, y vengo á reclamar vuestra asistencia.

—Os prometí que os la daria, caballero, dijo el doctor, y os lo prometo de nuevo.

Felipe se inclinó, demasiado conmovido para entablar él la conversacion.

El doctor Luis comprendió su indecisión, y alarmado con la palidez de Felipe, temeroso de que hubiese sucedido alguna catástrofe de resultas de aquel drama, preguntó:

—Cómo está la enferma?

—Muy bien, á Dios gracias, doctor, y mi hermana es una joven digna y honrada; tan digna y honrada, que no sería justo sufriese ó corriese algun peligro.

El doctor miró á Felipe como para preguntarle, figurándose que volvía á negar como la víspera.

—Entonces, dijo, ha sido víctima de alguna sorpresa ó de algun lazo?

—Sí, doctor, víctima de una sorpresa nunca vista, de un lazo infame.

El médico juntó las manos y alzó los ojos al cielo.

—Ay! dijo, vivimos bajo este aspecto en un tiempo terrible, y creo que es urgente nazcan medios que curen á las naciones, como los hay hace tanto tiempo que curan á los individuos.

—Sí, dijo Felipe, que vengan, pues nadie los verá venir con tanta alegría

como yo; pero entretanto....

Y Felipe hizo un jesto que indicaba amenaza.

—Ah! dijo el doctor, ya veo, caballero, que sois de esos hombres que creen se repara un delito acudiendo á la violencia y al derramamiento de sangre.

—Sí, doctor, respondió Felipe con tranquilidad, sí, soy de esos hombres.

—Algun desafío, murmuró el doctor; un desafío que no devolverá la honra á vuestra hermana, en caso de que mateis al delincuente, y que la sumirá en la desesperacion si él os mata á vos. Ah! caballero, creia que teniais una imaginacion recta, creia que teniais un corazon interesante, y me parecia haberos oido manifestar deseos de que se guardase secreto sobre este asunto.

Felipe apoyó su mano en el brazo del doctor, y le dijo:

—Caballero, os engañais de un modo extraño acerca de mí; pienso con bastante rectitud, y mis raciocinios nacen de una conviccion profunda y una conciencia inmaculada; no quiero hacerme justicia á

mí mismo, sino castigar; no quiero es-
poner á mi hermana á que quede aban-
donada ó á que muera si me matan á mí,
sino vengarla matando á un miserable.

—Y le matereis siendo como sois un
caballero? Cometeréis un asesinato!

—Caballero, si le hubiera visto diez
minutos antes de haber cometido el crí-
men penetrar como un ladron en un apo-
sento donde no tenia derecho para poner
el pie por su mísera condicion, y le hu-
biese matado entonces, todos hubieran di-
cho que habia hecho bien; por qué, pues,
le he de perdonar ahora? Es sagrado por-
que ha cometido el delito?

—Es decir que habeis resuelto en
vuestro ánimo, que vuestro corazon está
decidido á llevar á cabo ese proyecto fatal.

—Estoy decidido, resuelto! Algun dia
le encontraré ciertamente, por mas que
se esconda, y ese dia, os lo digo, caba-
llo, sin compasion ni remordimiento le
nataré como un perro.

—Entonces, dijo el doctor Luis, co-
meteréis un crimen igual al que él ha
cometido, ó mas odioso quizá; porque

quién sabe si una palabra imprudente, ó un jesto de coquetería que se escape á una mujer no son bastantes á escitar los deseos del hombre y sus vehementes inclinaciones? Asesinar, cuando teneis otros médios de reparacion, cuando un casamiento....

Felipe levantó la cabeza.

—Ignorais, caballero, que los Taverney Casa-Roja descenden del tiempo de las cruzadas, y que mi hermana es tan noble como una archiduquesa ó una infanta?

—Sí, os entiendo, y el culpable no lo es: será un patan, un villano, como decís vosotros los hijos de noble raza. Sí, sí, continuó sonriéndose con amargura, sí, es verdad; Dios ha creado hombres de cierto barro inferior para que los maten otros de un barro mas delicado. Ch! si, teneis razon, caballero, matad, matad.

Y el doctor volvió la espalda á Felipe, poniéndose á arrancar la mala yerba de su jardin.

Felipe se cruzó de brazos.

—Escuchadme, doctor, dijo, no se

trata aqui de un seductor á quien una coqueta anima mas ó menos; no se trata de un hombre, en fin, provocado, como deciais, sino de un miserable criado en nuestra casa, y que despues de haber comido por espacio de veinte años el pan de la compasion, abusando una noche de un sueño facticio, de un desmayo, de una muerte, por decirlo asi, ha manchado traidora y bajamente á la mujer mas santa y pura, á quien no se atrevia á mirar á la cara á la luz del dia. En un tribunal, de seguro seria sentenciado á muerte ese culpable: pues bien, yo lo juzgaré, yo, con tanta imparcialidad como un tribunal, y le mataré. Venidme ahora, doctor, vos, á quien yo creia tan generoso como grande, venidme á proponer que os compre el servicio que espero de vos, ó á imponerme una condicion. Procedereis al hacérmelo como los que procuran obligarse y quedar satisfechos obligando á otros? Si así sucede, doctor, vos no sois ese sábio á quien he admirado, sino un hombre ordinario, y á pesar del desden que me manifestásteis hace poco,

yo soy superior á vos; yo, que sin segunda intencion he revelado todo mi secreto.

—Decís, contestó el doctor pensativo, que el criminal ha huido.

—Sí, doctor; sin duda adivinó la aclaracion que iba á tener lugar, oyó que se le acusaba, y al instante emprendió la fuga.

—Bien, y ahora qué es lo que deseais, caballero? preguntó el doctor.

—Que me presteis vuestro auxilio para sacar á mi hermana de Versalles, y para sepultar en tinieblas mas densas aun el secreto terrible que causará nuestra deshonra si se descubre.

—Voy á sentar una proposicion y será la única.

Felipe se enfadó.

—Escuchadme, siguió diciendo el doctor con un jesto de autoridad que queria decir tuviese calma. Un filósofo cristiano á quien acabais de convertir en confesor está obligado á imponeros, no una condicion en favor del servicio prestado, sino en virtud del derecho de conciencia. La

humanidad es un empleo, caballero, y no una virtud, y puesto que me habláis de matar á un hombre, yo debo impedirlo por cuantos medios estén en mi poder, aun por la violencia, como hubiera impedido el crimen cometido contra vuestra hermana. De consiguiente, caballero, os suplico que prestéis juramento....

—Oh! nunca, nunca.

—Lo prestareis, exclamó el doctor Luis con virulencia; lo prestareis, hombre cruento: conoced que la mano de Dios anda en todas partes, y nunca falseéis ni el golpe que descarga ni su alcance. No decís que el delincuente ha estado cerca de vos?

—Sí, doctor; con abrir una puerta, si hubiera podido adivinar que estaba allí, me habría encontrado frente á frente con él.

—Pues bien, cuando huye es señal que tiembla, y empieza á padecer. Ah! Os sonreís? Os parece débil lo que hace Dios? Os parece insuficiente el remordimiento? Esperad, esperad pues! Permanecereis al lado de vuestra hermana, me

prometereis que nunca perseguireis al criminal, y si le encontrais, es decir, si Dios os lo entrega, tambien soy yo hombre, y ya vereis!

—Os burlais, caballero? Pues qué, no huirá de mí siempre?

—Quién sabe, Dios mio! Tambien hu-ye el asesino; tambien busca donde esconderse; tambien teme el cadalso, y sin embargo, como si la vara de la justicia tuviese iman, atrae á ese delincuente, y va á doblegar el cuello bajo la mano del verdugo. Por otra parte, se trata al presente de deshacer lo que habeis empezado á realizar con tanto trabajo? Si matais á ese hombre, por la clase á que perteneceis y á quien no podeis explicar la inocencia de vuestra hermana, ó por dar una satisfaccion á ciertos hombres tan curiosos como holgazanes, saciais dos veces su curiosidad, primero con la confesion del atentado, y despues con el escándalo del castigo. No, no, creedme; guardad silencio y ocultad esa desgracia.

—Oh! Quién sabrá cuando mate á ese miserable que ha sido por mi hermana?

—Siempre será preciso buscar una causa que justifique ese castigo.

—Pues bien, corriente, doctor; obedeceré, y no perseguiré al culpable, pero Dios será justo: oh! sí, Dios emplea la impunidad como un cebo y me enviará el delincuente.

—Entonces será porque Dios le haya condenado. Dadme la mano, caballero.

—Tomadla.

—Qué es preciso hacer por la señorita de Taverney?

—Será necesario, querido doctor, buscar un pretexto para alejarla por algun tiempo del lado de la señora delfina: el sentimiento de haber dejado nuestro país, los aires, el régimen. ..

—Eso es fácil.

—Sí, es cosa vuestra, y á vos os lo encargo. Entonces conduciré á mi hermana á un rincón cualquiera de Francia, á Taverney, por ejemplo, lejos de todos los ojos y de todas las sospechas.

—No, no, caballero, eso sería imposible: la pobre niña necesita que la cuiden incesantemente y que tenga á su la-

do personas que la consuelen; además de que le harán falta los auxilios de la ciencia. Dejad, pues, que le proporcione cerca de aquí, en un distrito que yo conozco, un albergue cien veces más escondido y seguro que lo sería el inculto país á que vos quereis llevarla.

—Oh! doctor, lo creéis así?

—Sí, lo creo, y con razón. La sospecha tiende siempre á alejarse de los puntos céntricos, á la manera que se ensanchan los círculos causados por una piedra que se tira en el agua: sin embargo, la piedra no se aleja, y cuando las ondulaciones se han borrado, nadie averigua la causa, sepultada como se halla en lo profundo del agua.

—Entonces, doctor, manos á la obra.

—Desde hoy mismo, caballero.

—Prevenid á la señora delina.

—Al momento.

—Y con respecto á lo demás?

—Dentro de veinte y cuatro horas recibireis la respuesta.

—Oh! gracias, gracias, doctor, sois un Dios para mí.

—Pues bien, jóven, ahora que todo está arreglado entre nosotros, cumplid vuestro encargo, volved al lado de vuestra hermana, cansoladla y protejedla.

—Adios, doctor, adios.

Y el doctor, despues de seguir á Felipe con la vista hasta que desapareció, continuó su paseo, la lectura de pruebas y la limpia del jardin.

CAPÍTULO LXXXIII.

El padre y el hijo.

Cuando Felipe volvió al lado de su hermana la encontró muy ajitada è inquieta.

—Amigo, le dijo, durante tu ausencia he estado pensando en lo que me ha sucedido de algun tiempo á esta parte, y veo un abismo en que va á sepultarse la poca razon que me queda. Vamos, has visto al doctor Luis?

—Ahora mismo vengo de su casa, Adarea.

—Ese hombre ha lanzado contra mí una acusacion terrible: es justa?

—No se habia engañado, hermana. Andrea se puso pálida, y un ataque de nervios crispó sus dedos tan blancos y afilados.

—Cómo se llama, dijo entonces, cómo se llama el menguado que me ha perdido?

—Hermána, debes ignorarlo eternamente.

—Oh! Felipe, tú no me dices la verdad, tú engañas tu propia conciencia.... Es preciso que yo sepa su nombre á fin de que aunque soy débil, y á pesar de que no tengo otro auxilio que la oracion, pueda con mis rezos armar contra el delincuente toda la ira de Dios.... Felipe, dime cómo se llama ese hombre?

—Hermána, no hablemos mas de esto.

Andrea le cojió la mano y le miró cara á cara.

—Oh! dijo, eso es lo único que me responde un jóven que ciñe espada!

Felipe se puso pálido con aquel impulso de rabia, pero reprimiendo al ins-

tante su furia:

—Andrea, dijo, no puedo decirte lo que yo mismo no sé. El destino que se ha desencadenado contra nosotros, me manda guardar secreto, y este secreto, que se comprometería con un escándalo, al mismo tiempo que se comprometiera nuestra honra, es inviolable para todos, porque Dios nos ha querido otorgar este favor.

—¡Para todos menos para un hombre, Felipe... para un hombre que se ríe de nosotros y desafía nuestra cólera!... ¡Oh, Dios mío; para un hombre que se burla de nosotros de un modo infernal en su tenebroso albergue!

Felipe apretó los puños, miró al cielo y no contestó una palabra.

—Quizá conozco yo á ese hombre, exclamó Andrea redoblando su ira é indignacion.... En fin, Felipe, permíteme que te haga una pintura de él: ya he indicado el extraño influjo que ejerce en mí, y aun creo que te he enviado á él.

—Ese hombre es inocente, le he visto y tengo la prueba de ello. Así, pues, no

trates de averiguar, Andrea....

—Felipe, remontémonos á mayor altura si tú quieres.... Lleguemos hasta el primer rango de los hombres mas poderosos del reino... Subamos hasta el rey.

Felipe rodeó con sus brazos á aquella pobre niña, sublime en su ignorancia é indignacion....

—Todos los que nombras, le dijo, ahora que estás despierta, los has nombrado estando dormida, y á los mismos á quienes acusas con la ferocidad propia de tu virtud los has justificado cuando veias cometer el crimen, por decirlo así.

—Entonces he nombrado al culpable, dijo Andrea chispeándole los ojos de rabia.

—No, replicó Felipe, no. No me preguntes; imítame y sufre el destino, porque la desgracia es irreparable, y para tí se aumenta con la impunidad del delincuente. Pero espera, espera... Dios está al cabo de todo y reserva á los infelices oprimidos una alegría, aunque triste, que se llama venganza.

—Venganza!.... murmuró la jóven asustada ella misma del tono terrible con

que Felipe pronunció aquella palabra.

—Entre tanto tranquilízate, hermana, y descansa de todos los pesares y afrentas que te ha causado mi insensata curiosidad. Oh! si yo hubiera sabido....

Y se tapó la cara con las manos atrozmente desesperado. Luego, levantándose de pronto:

—Por qué me he de quejar? dijo sonriéndose; mi hermana está pura, me quiere, y nunca ha faltado á la confianza ni á la amistad. Mi hermana es jóven lo mismo que yo, tan buena como yo, y viviremos juntos, llegaremos á viejos.... Siendo dos, seremos mas fuertes que el mundo entero....

A medida que el jóven hablaba de consuelo, se oscurecia el semblante de Andrea, inclinaba hácia el suelo su frente cada vez mas pálida, y tomaba la actitud de la melancólica desesperacion que Felipe acababa de desechar con tanto valor.

—Siempre hablas de nosotros dos solamente, dijo fijando sus ojos azules y penetrantes en la fisonomía de su hermano,

que á cada momento mudaba de aspecto.

—Y de quién quieres que hable, Andrea? dijo el jóven sintiendo aquella mirada.

—Tenemos un padre..... y cómo tratará á su hija?

—Ayer te dije, respondió Felipe con frialdad, que olvidases todas las pesadumbres y temores, arrojando lejos de tí, como el viento arroja el vapor de la mañana, cualquier recuerdo y cariño que no recayese sobre mí..... Efectivamente, querida Andrea, nadie sino yo te quiere en el mundo, y nadie me quiere á mí sino tú. Siendo unos pobres huérfanos abandonados, por qué hemos de sufrir ningun yugo de ingratitud ó parentesco? Hemos recibido beneficios, hemos conocido la proteccion de un padre?.... Oh! añadió sonriéndose con amargura; ahora conoces á fondo mi corazon y mi modo de pensar.... Si fuera preciso querer á ese hombre, te diria: «quíerele!» Pero cuando me callo, abstente de amarle, Andrea.

—Entonces, hermano, será necesario que crea.....

—Hermana, en los grandes infortunios, el hombre oye involuntariamente resonar estas palabras que no comprendía bien siendo niño: «Teme á Dios!....» Oh! sí, Dios se ha presentado á nuestro recuerdo de un modo bien cruel. Respeta á tu padre..... Oh! hermana, la mayor prueba de respeto que le puedes dar es olvidarlo.

—Conque era verdad? murmuró Andrea con aire sombrío, volviendo á dejarse caer en su sillón.

—Amiga mia, no perdamos el tiempo en palabras inútiles; reúne todas tus cosas, pues el doctor Luis va á ver á la señora delfina y á participarle tu marcha. Las razones que para ello alegará ya las sabes.... que es necesario mudes de aires porque estás muy mala. Prepárate pues, y dispon lo necesario para la marcha.

Andrea se levantó.

—Empaquito los muebles? dijo.

Oh! No, no; la ropa blanca, los trajes y las joyas.

Andrea obedeció.

Lo primero que arregló fué los cofres de los armarios, los trajes que estaban en el guarda-ropa donde se escondió Jilberto, y en seguida cojió unos cofrecitos para guardarlos en el baul principal.

—Qué es eso? dijo Felipe.

—El cofre que contiene el aderezo que S. M. me regaló cuando fui presentada en Trianon.

Felipe se puso pálido al ver la riqueza del regalo.

—Con estas joyas, dijo Andrea, viviremos honradamente en cualquier parte; pues he oido decir que solo las perlas valen cien mil libras.

Felipe cerró el cofrecito.

—Efectivamente, son muy preciosas, dijo.

Y volviendo á tomar el cofrecito de manos de Andrea, añadió:

—Hermana, aun debe haber otras joyas.

—¡Oh! querido amigo, no merecen compararse con estas; sin embargo, con ellas se adornaba nuestra buena mamá hace quince años.... El reloj, los braza-

letes y los pendientes están guarnecidos de brillantes, y tambien tenemos el retrato. Papá queria venderlo todo porque decia que ninguna de esas joyas era de moda.

—Sin embargo, á esto se reduce todo lo que nos queda, dijo Felipe, y es el único recurso con que podemos contar. Mira, hermana, mandaremos fundir los objetos de oro y venderemos las piedras preciosas del retrato, con lo cual reuniremos veinte mil libras, cantidad suficiente para unos desgraciados como nosotros.

—¡Pero si estas perlas son tambien mias! dijo Andrea.

—Nunca las toques, Andrea, porque te quemarian. Esas perlas son de una naturaleza estraña, hermana, y manchan la frente que tocan.

Andrea se estremeció.

—Me guardo este cofrecito, hermana, para devolverlo á quien corresponde de derecho. Ya te he dicho que esto no es nuestro, no; y no deseamos poseerlo, es verdad?

—Como gustes, hermano, contestó Andrea sumamente abochornada.

—Querida hermana, vistete por última vez para ir á visitar á la señora del-fina; tranquilízate y muéstrate muy respetuosa, manifestando sentimiento por tener que alejarte de tan noble protectora.

—Oh! sí, murmuró Andrea conmovida; lo siento mucho en medio de mi des-gracia.

—En cuanto á mí voy á París, hermana, y volveré esta tarde; así que llegue te llevaré conmigo. Paga, pues, todo lo que debas.

—Nada debo, nada, pues tenía á mi servicio á Nicolasa, y ya sabes que ha huido.... Ah! se me olvidaba ese chico de Jilberto.

Felipe se estremeció, y sus ojos se encendieron de rabia.

—Debes á Jilberto? esclamó.

—Sí, dijo Andrea con naturalidad, pues me ha estado proporcionando flores desde que empezó la primavera. Además, tenias razón cuando me dijiste que he sido injusta en tratar con dureza á ese muchacho que, así como así, es atento.... Le recompensaré de otro modo.

—No busques á Jilberto, murmuró Felipe.

—Por qué? Debe estar en los jardines; y si nó le mandaré llamar.

—No, no! que seria perder un tiempo precioso.... Cuando yo atraviere las calles de árboles me lo encontraré, le hablaré y.... le pagaré.

—Siendo así, corriente.

—Sí; adios, hasta la tarde.

Felipe besó la mano á la jóven, que se arrojó en su seno; comprimió hasta los latidos de su corazon en aquel muelle abrazo, y sin tardanza salió para París, apeándose de la carroza á la puerta de la casa de la calle de Coq-Heron.

Felipe sabia perfectamente que allí encontraría á su padre, pues desde que este rompió de un modo tan extraño con Richelieu, no pudo llevar en paciencia la vida de Versailles, y trataba como todos los hombres dotados de una actividad superabundante, de engañar el entorpecimiento de la parte moral con la agitacion que causa el mudar de sitio.

Ahora bien, el baron, cuando Felipe

llamó al postigo de la puerta cochera, se paseaba jurando como un renegado por el jardinillo del palacio y el patio contiguo á dicho jardín.

Estremecióse al oír la campanilla, y él mismo salió á abrir.

Como no esperaba á nadie, aquella visita imprevista era para él una esperanza, pues el desventurado desde su caída se agarraba á cualquier cosa por no caer del todo.

Recibió, pues, á Felipe con despecho y una curiosidad impenetrable.

Pero apenas miró el rostro de su interlocutor, aquella palidez sombría, aquella contraccion de líneas, y la crispatura de la boca, helaron el raudal de preguntas que se disponía á abrir.

—Tú aquí! fué lo único que dijo; á qué casualidad se debe esto?

—Ya tendré la honra de explicároslo, dijo Felipe.

—Bueno! es asunto grave?

—Bastante grave, sí señor.

—Este muchacho tiene unos modales tan ceremoniosos que alarman.... Vamos,

es una desgracia ó una fortuna de lo que tienes que hablarme?

—Una desgracia, dijo Felipe con gravedad.

El baron titubeó.

—Estamos solos, preguntó Felipe.

—Sí.

—Quereis que entremos en casa, señor?

—Y por qué no ha de ser al aire libre, bajo estos árboles?...

—Porque hay cosas que no se dicen á la luz del cielo

El baron miró á su hijo, obedeció á un jesto que le hizo, y afectando impasibilidad, hasta sonriéndose, le siguió á la sala baja, cuya puerta ya habia abierto Felipe.

Cuando las puertas estuvieron perfectamente cerradas, Felipe esperó un jesto de su padre para dar principio á la conversacion, y asi que lo vió sentado cómodamente en el mejor sillón que habia en la sala:

—Señor, dijo Felipe, vengo por mí y en nombre de mi hermana á despedirme de vos.

—Cómo es eso! dijo el baron sorprendido; te ausentas?... Y el servicio?

—Para mí ya no le hay, pues ya sabeis que las promesas del rey no se han realizado.... afortunadamente.

—Hé aquí un afortunadamente que no entiendo.

—Señor....

—Esplicamelo: Cómo es para tí una fortuna no ser coronel de un bonito regimiento? Porque sería llevar demasiado lejos la filosofía.

—Todo se reduce á que no quiero mi prosperidad á costa de la honra. Pero no entremos, si gustais, en consideraciones de esta clase....

—No, entremos, vive Dios!...

—Os lo suplico, replicó Felipe con una firmeza que significaba: no quiero! El baron frunció el entrecejo.

—Y tu hermana? Olvida tambien sus deberes? Y su servicio al lado de...?

—Esos deberes tiene que subordinarlos á otros, señor.

—Y de qué naturaleza son, si no lo llevas á mal?

—Son hijos de una necesidad imperiosa.

El baron se levantó.

—No he visto jente mas tonta, dijo refunfuñando, que la que se entretiene en forjar enigmas.

—Es un enigma para vos todo lo que he dicho?

—Sí, dijo el baron con un aplomo que dejó asombrado á Felipe.

—Me esplicaré pues: mi hermana se vá, porque se vé obligada á huir para evitar la deshonor.

El baron soltó una carcajada.

—Vaya unos hijos que tengo! esclamó; por Cristo que son unos modelos! El varon abandona la esperanza de obtener el mando de un rejimiento porque teme deshonorarse, y la hembra abandona una plaza de dama de honor porque tiene miedo á la deshonor. En verdad que hemos llegado á los tiempos de Bruto y Lucrecia. Allá en mi tiempo, pero sin duda era muy malo y no vale tanto como los hermosos dias de la filosofía, cuando un hombre veia venir á lo léjos un mo-

tivo de deshonra, y ceñía espada como tú; y cuando como tú habia recibido lecciones de dos maestros y tres ayudantes de esgrima, ensartaba la deshonra en la punta de la espada.

Felipe se encojió de hombros.

—Sí, lo que estoy diciendo es bastante pobre para un filántropo que no quiere ver correr sangre; pero en fin los oficiales no han nacido precisamente para ser filántropos.

—Señer, lo mismo que vos conozco las necesidades que impone lo que atañe á la honra, pero con verter sangre no se repara.

—Esas son frases.... frases de filósofos! exclamó el anciano enfadado hasta tal punto que adquirió majestad. Creo que iba á decir que tambien lo son de cobardes.

—Pues habeis hecho bien en no decirlo, replicó Felipe pálido y estremeciéndose.

El baron sostuvo con altanería la mirada implacable y amenazadora de su hijo.

—Decia, prosiguió, y mi lógica no es

tan mala como me quieren hacer creer; decia que la deshonra proviene en este mundo, no de una accion, sino de un dicho. Ah! y esto es lo que sucede.... El que comete un delito delante de personas sordas, ciegas ó mudas, queda deshonrado? Me contestarás con este verso estúpido:

No deshonra el cadalso, sino el crimen.

—Pero esto es bueno para que se diga á chiquillos ó á mujeres, mas no á un hombre, vive Dios! Con él se tiene otro lenguaje.... Ahora bien, yo me figuraba que habia formado un hombre.... Ahora si el ciego ve, si el sordo ha podido oír, ó el mudo habla; se empuña la espada y se saca los ojos al uno, se rompe el tímpano al otro y se corta la lengua al último. Hé aqui cómo contesta á un ataque de deshonra un caballero que se llama Taverney Casa-Rojal

—El caballero que lleve ese nombre, señor, sabe siempre que entre las cosas que tiene que hacer, es la primera no cometer ninguna accion deshonrosa, y por esto no respondo á vuestros argumentos.

Sin embargo, de vez en cuando sucede que el oprobio nace de una desgracia inevitable, y este es el caso en que nos hallamos mi hermana y yo.

—Voy á ocuparme de tu hermana. Si con arreglo á mi sistema el hombre no debe huir nunca de una cosa que puede combatir y vencer, tambien la mujer debe aguardar á pie firme. De qué sirve la virtud, señor filósofo, sino para rechazar los ataques del vicio? Y en qué consiste el triunfo de esa misma virtud sino en derrotar el vicio?

Y Taverney volvió á reirse.

—La señorita Andrea ha tenido mucho miedo, no es verdad?... Eso significa que se siente débil, y entonces....

Acercándose Felipe de pronto:

—Señor, le dijo, la señorita Andrea no ha sido débil sino vencida! Ha sucumbido porque le han tendido un lazo!

—Un lazo?

—Sí; guardad, pues, un poco de ese calor de que os hallábais animado hace poco, para vituperar la conducta de los miserables que han tramado cobardemente

la ruina de ese honor sin mancha hasta ahora.

—No te entiendo.

—Ya me entenderéis.... Os digo que un menguado ha introducido á otro en la habitacion de la señorita de Taverney.

El baron se puso pálido.

—Un infame, siguió diciendo Felipe, ha querido que el apellido de Taverney.... el mio, el vuestro, señor, reciba una mancha indeleble.... Vamos, dónde está la espada que ceñáis siendo jóven para deramar una poca de sangre? Me parece que la cosa vale la pena!...

—Felipe!...

—Ah! nada temais, pues ni acuso á nadie ni á nadie conozco.... El delito se ha tramado en la oscuridad, en la oscuridad se ha ejecutado, y quiero que tambien permanezcan ocultos los resultados, porque yo entiendo á mi modo la gloria de mi raza.

—Pero cómo sabes?... exclamó el baron, á quien sacó de su asombro el cebo de una ambicion infame, de una esperanza innoble; en qué lo conoces?

—Señor baron, nadie preguntará eso de los que puedan ver á mi hermana, á vuestra hija, dentro de unos meses.

--Pero, entonces, Felipe, exclamó el anciano con ojos alegres, no se ha perdido la fortuna ni la gloria de la familia; ese es un triunfo para nosotros!

—Veo que efectivamente sois el hombre que me habia figurado, dijo Felipe con suprema repugnancia; vos mismo os habeis vendido, y acabais de manifestar falta de talento ante un juez, despues de haber demostrado delante de vuestro hijo que no teneis razon.

—Insolente!

—Basta! replicó Felipe. Temed no se despierte, si hablais tan alto, la sombra demasiado insensible ¡ay de mí! de mi madre, que si viviese, hubiera mirado por su hija.

El baron bajó los ojos, no pudiendo resistir la brillante claridad que despedian los de su hijo.

—Mi hija, dijo al cabo de un instante, no me dejará sin consentimiento mio.

—Mi hermana, dijo Felipe, jamás vol-

verá á veros, padre.

—Ha dicho ella eso?

—No solo lo ha dicho, sino que me envia para que así os lo manifieste.

El baron se enjugó, temblándole la mano, sus labios blancos y húmedos.

—Corriente! dijo.

Luego, encojiéndose de hombros:

—He tenido desgracia con estos hijos, exclamó; el uno es un tonto y la otra una bruta.

Felipe no contestó.

—Bueno, bueno, siguió diciendo Taverney, para nada te necesito ya. Vete, si es que has acabado de.... recitar la tesis.

—Aun tengo que deciros dos cosas, señor.

—Dilas pues.

—La primera es esta: el rey os ha dado un aderezo de perlas....

—A mí no, que ha sido á tu hermana.

—A vos, señor... Por otra parte, esto importa poco.... Mi hermana no se pone joyas que provengan de semejante origen, porque la señorita de Taverney no es una

prostituta. Os ruega, pues, que entregueis este cofrecito á quien lo ha dado, ó que, si temeis disgustar á S. M. que tanto ha hecho por nuestra familia, lo guardéis en vuestra casa.

Felipe alargó el cofre á su padre, y este lo tomó, lo abrió, miró las perlas, y lo puso sobre un ropero.

—Y qué mas? dijo.

—En seguida, como no somos ricos, porque habeis empeñado ó gastado hasta el caudal de nuestra madre, per lo cual nunca os reconvendré ni lo permita Dios...

—Mejor seria, dijo el baron rechinando los dientes.

—Pero en fin, como solo nos queda de esa médica herencia Taverney, os suplicamos que escojais, ó esta posesion ó el palacio en que estamos. Vivid en una de estas dos casas, y nosotros nos retiraremos á la otra.

El baron ajó la pechera de encajes con una furia que solo se reveló por medio de la agitacion de sus dedos, el sudor de la frente y el temblor de los labios; pero ni siquiera lo notó Felipe, porque habia

apartado la cabeza.

—Mejor quiero á Taverney, dijo el baron.

—¿Es decir que nos quedamos con el palacio?

—Como gustéis.

—Y cuándo os vais?

—Esta misma tarde... No, en seguida.

Felipe se inclinó.

—En Taverney, siguió diciendo el baron, parece uno un rey con tres mil libras de renta, y lo que es yo seré dos veces rey.

Y alargó la mano al ropero para cojer el cofrecito, que se guardó en el bolsillo.

En seguida se dirigió hácia la puerta.

De pronto retrocedió, y con una sonrisa atroz dijo:

—Felipe, te permito que pongas nuestro apellido al primer tratado de filosofía que publiques; y en cuanto á Andrea.... con respecto á su primera obra.... aconséjale que la bautice con el nombre de Luis ó Luisa, porque es un nombre muy sano.

Y salió riéndose con socarronería.

Felipe, con los ojos ensangrentados y

cehándole fuego la frente, apretó el puño de la espada murmurando:

—Dios mío! dadme paciencia; concedme poder olvidar!

CAPÍTULO LXXXIV.

Caso de conciencia.

Después de copiar con el meticoloso cuidado que le caracterizaba algunas páginas de sus ilusiones de *Un paseante solitario*, Rousseau tomó un desayuno frugal.

Aunque Mr. de Jirardin le había ofrecido un asilo en los deliciosos jardines de Ermenonville, dudando Rousseau si debía ó no someterse á la esclavitud de los grandes, como decia en su misantrópica monomanía, vivía aun en la casa de la calle de Platriere, que ya conocemos.

Por su parte, Teresa había concluido sus quehaceres y acababa de cojer la cesta para ir á la compra.

Eran las nueve de la mañana.

El ama de casa fué, como lo tenia de

costumbre, á preguntar á Rousseau qué queria comer aquel dia.

Rousseau salió de sus cavilaciones, alzó lentamente la cabeza, y miró á Teresa como un hombre á medio despertar.

—Todo lo que quieras, dijo, con tal que haya cerezas y flores.

—Veremos si no está caro, dijo Teresa.

—Se entiende, contestó Rousseau.

—Porque al fin, siguió diciendo Teresa, no sé si tus trabajos valen algo; pero me parece que no te pagan como ántes.

—Te engañas, Teresa, pues me pagan al mismo precio, sino que me voy cansando y trabajo menos: además de que mi librero se ha retrasado en medio tomo.

—Ya verás como quiebra también.

—Espero que no, porque es un hombre de bien.

—Un hombre de bien, un hombre de bien.... con decir eso crees que lo has dicho todo.

—A lo menos he dicho mucho, replicó Rousseau sonriéndose, porque no lo

digo de todo el mundo.

—Eso no es de admirar, porque eres tan tosco!

—Teresa! que nos apartamos de la cuestion.

—Sí, lo que tú quieres es que te traiga cerezas, gloton; que te compre flores, si-
barita!

—Qué quieres, amiga mia? contestó Rousseau con la paciencia de un ángel; tengo tan malos el corazon y la cabeza, que como no puedo salir, á lo menos me serviria de recreo ver algo de lo que Dios arroja á manos llenas en los campos.

Efectivamente, Rousseau estaba pálido y encojido, y hojeaba con perezosa mano un libro que no leía.

Teresa meneó la cabeza.

—Bueno, bueno, dijo, me marchó por una hora, acuérdate de que pongo la llave debajo de la estera, y que si la necesitas...

—Oh! no saldré, dijo Rousseau.

—Ya sé que no saldrás, porque no puedes tenerte en pie; pero te lo digo para que atiendas á las personas que puedan venir y abras si llaman; si sucede esto

último, está seguro que no seré yo.

—Gracias, buena Teresa, gracias; vete.

El ama salió refunfuñando como acostumbra, pero durante mucho tiempo se oyeron todavía en la escalera sus tardos y perezosos pasos.

Pero así que se cerró la puerta, Rousseau se aprovechó de su aislamiento para arrellanarse deliciosamente en su silla, miró los pájaros que picoteaban en la ventana unas migas de pan, y respiró todo el sol que filtraba por entre las chimeneas de las casas inmediatas.

No bien se sintió libre su juvenil y rápido pensamiento, cuando abrió las alas como los gorriones así que terminaron su alegre comida.

De pronto rechinó sobre sus goznes la puerta de entrada, y fue á sacar al filósofo de su dulce soñolencia.

—Cómo! se dijo á sí mismo, ya está de vuelta?... Me habré dormido cuando creía que no hacía sino meditar?

La puerta de su gabinete se abrió también lentamente.

Rousseau estaba vuelto de espaldas hacia aquella puerta, y convencido de que Teresa era quien entraba, ni siquiera se molestó.

Hubo un momento de silencio; pero luego, en medio de aquel silencio:

—Perdonadme, señor, dijo una voz que hizo estremecer al filósofo.

Rousseau se volvió con presteza.

—Jilberto! dijo.

—Sí, Jilberto; vuelvo á pedirlos perdón, Sr. Rousseau.

Rousseau se quedó con la vista fija en el joven.

Efectivamente, era Jilberto.

Pero Jilberto, descolorido y con el pelo desgrenado, ocultando mal, bajo un vestido que se hallaba en completo desórden, sus miembros demacrados y temblorosos; Jilberto, en una palabra, cuyo aspecto hizo estremecer á Rousseau, arrancándole una exclamacion de piedad que se parecia á inquietud.

Jilberto miraba de un modo fijo y luminoso como las aves de rapiña hambrientas, y una sonrisa de afectada timi-

dez que en él se advertia, contrastaba con aquella mirada lo mismo que la parte alta de la seria cabeza de un águila con la parte baja y burlona de un lobo ó un zorro.

—Qué venís á hacer aquí? se apresuró á decir Rousseau, á quien no gustaba el desórden, y que en otro lo tenia por indicio de malos designios.

—Señor, respondió Jilberto, tengo hambre.

Rousseau se estremeció al oir el tono con que aquella voz proferia la palabra mas terrible que contiene el idioma de los hombres.

—Y cómo habeis entrado aqui, si la puerta estaba cerrada? preguntó.

—Señor, como sé que la Sra. Teresa suele poner la llave debajo de la estera, esperé á que saliese, pues no me quiere bien, y quizás se hubiera negado á verme ó á introducirme hasta vos. Entonces, sabiendo que estábais solo, subí, saqué la llave del escondite, y aqui me teneis.

Rousseau se incorporó apoyándose en los brazos de su sillón.

—Oídme un momento, dijo Jilberto, nada mas que un momento, pues os juro, Sr. Rousseau, que merezco se me oiga.

—Veamos, respondió Rousseau lleno de asombro al ver aquella figura que nada tenia de comun con los sentimientos que espresa la fisonomía de la jeneralidad de los hombres.

—Debo empezar diciéndoos que me encuentro en un apuro tan grande que no sé si robar, matarme, ó hacer una cosa peor.

Al oír estas palabras, Rousseau se levantó del todo, colocándose detras de su bufete como si fuera una muralla.

—Oh! nada temais, vos que sois mi maestro y bienhechor, dijo Jilberto con voz llena de dulzura, pues reflexionándolo, creo que no tendré necesidad de matarme, y que sin esto moriré, porque hace ocho dias que me escapé de Trianon, y desde entonces he recorrido los bosques y las llanuras sin comer otra cosa que legumbres verdes ó alguna fruta silvestre que he cojido en las selvas. No tengo, pues, fuerzas, y me estoy cayendo de

fatiga é inanición. En cuanto á robar, no lo intentaré en vuestra casa, porque la quiero demasiado, Sr. Rousseau; y para realizar lo otro....

—Y bien, dijo Rousseau.

—Necesitaria una resolución que venga á buscar aquí.

—Etais loco? exclamó Rousseau.

—No señor, pero soy muy desgraciado, estoy desesperado, y esta mañana me hubiera tirado al Sena si no me hubiese ocurrido una reflexion.

—Y cuál es?

—Que vos habeis escrito la siguiente: «El suicidio es un robo hecho al jérero humano.»

Rousseau miró al jóven como diciéndole:

—Y teneis el amor propio de creer que al escribir eso pensaba en vos?

—Oh! ya entiendo, murmuró Jilberto.

—Creo que no, dijo Rousseau.

—Quereis decir: «Sería por ventura un acontecimiento la muerte de un hombre tan miserable como vos, que no sois nada, que nada poseis, y que no teneis

quien dependa de vos?»

—No es eso de lo que se trata, dijo Rousseau, abochornado de que le adivinasen; pero creo que teníais hambre.

—Sí, ya lo he dicho.

—Pues bien, puesto que sabíais dónde está la puerta, también sabéis dónde están los comestibles, id al armario, tomad pan y marchaos.

Jilberto no se movió.

—Si no es pan lo que necesitáis sino dinero, creo que no sereis tan malvado que váyais á maltratar á un anciano que fue vuestro protector en la misma casa que os ha servido de asilo. Contentaos, pues, con este poco.... Tomad.

Y registrándose el bolsillo le presentó unas monedas.

Jilberto le detuvo la mano, diciéndole con tanto dolor como amargura:

—Oh! no se trata ni de dinero ni de pan, y no habeis comprendido lo que queria decir cuando hablé de matarme. Si no me mato es porque quiza pueda ser útil mi vida á alguien, porque mi muerte seria un robo para alguien, señor. Vos

que conoceis todas las leyes sociales y las obligaciones que impone la naturaleza, decidme: hay en este mundo un lazo que pueda atraer á la vida al hombre que quiere morir?

—Hay muchos, dijo Rousseau.

—Ser padre, murmuró Jilberto, es uno de esos lazos? Miradme al tiempo de responderme, Sr. Rousseau; que yo vea la respuesta en vuestros ojos.

—Sí, dijo Rousseau tartamudeando, sí, de seguro. Pero á qué viene hacerme semejante pregunta?

—Señor, vuestras palabras van á ser una sentencia para mí, dijo Jilberto: pesadlas, pues, bien, os lo suplico: señor, soy tan desgraciado que quisiera matarme; pero... pero tengo un hijo!

Rousseau saltó de asombro sobre su sillón.

—Oh! no os burleis de mí, señor, dijo Jilberto con humildad, pues si creéis que solo arañais mi corazón, yo os aseguro que lo desgarrais como con un puñal: os repito que tengo un hijo.

Rousseau le miró sin responderle.

—A no ser por esto, ya habria dado fin á mi existencia, siguió diciendo Jilberto; y en esta alternativa he dicho acá para mí, que vos me daríais un buen consejo, siendo esta la razon porque he venido.

—Pero por qué he de tener yo que daros consejos? preguntó Rousseau, ¿me consultásteis cuando cometísteis la falta?

—Señor, esa falta....

Y Jilberto se acercó á Rousseau con una espresion estraña.

—Y bien, qué? dijo este.

—Hay jentes, prosiguió Jilberto, que tienen por un delito esta falta.

—Un delito! Razon mas para que no me hableis de ello, porque yo soy un hombre como vos y no un confesor! Por otra parte, lo que me decís no me admira, pues siempre he previsto que vendríais á parar en mal, porque teneis una índole perversa.

—No señor, respondió Jilberto moviendo la cabeza con melancolía; no señor, os equivocais: tengo una imaginacion falsa, ó por mejor decir, la han falseado; he

leído muchos libros en que se predica la igualdad de castas, el orgullo de la mente y la nobleza de los instintos, y esos libros, señor, están firmados con nombres tan ilustres, que un pobre campesino como yo ha podido muy bien estraviarse.... Me he perdido pues.

—Ah! ah! ya sé á dónde quereis venir á parar, señor Jilberto.

—Yo?

—Sí; acusais mi doctrina; pero ¿no teneis el libre albedrío?

—Yo no acuso, señor, lo que digo es que he leído: mi credulidad es lo que acuso; creí y he faltado; pero mi delito proviene de dos causas: vos sois la primera, y por eso me dirijo á vos antes que á nadie; en seguida iré á la segunda, mas por su turno y cuando sea tiempo.

—En fin, vamos, qué es lo que me pedís?

—Ni beneficios, ni asilo, ni pan siquiera, aunque me veo abandonado, desnudo y hambriento: no, lo que os pido es apoyo moral, pido que sancioneis vuestra doctrina, que me devolvais con una

palabra las fuerzas, pues las he perdido enteramente, no por inanición en los brazos y piernas, sino porque se ha apoderado la duda de mi corazón y de mi mente. Señor Rousseau, os conjuro para que me digais si lo que experimento de ocho días á esta parte es el dolor que causa el hambre en los músculos de mi estómago, ó el martirio del remordimiento en los órganos de mi mente. He enjendrado un hijo, señor, cometiendo un crimen: decidme ahora, pues, si debo arrancarme los cabellos desesperado y arrastrarme por el polvo gritando: «perdon» ó reirme como la mujer de que habla la Sagrada Escritura, diciendo: «he hecho lo mismo que hace el mundo; si hay entre los hombres uno que sea mejor que yo, que me apedree.» En una palabra, Sr. Rousseau, vos que habeis debido sentir lo mismo que yo siento, responded á esta pregunta; decid, decid, es natural que un padre abandone á su hijo?

Apenas habia pronunciado Jilberto estas palabras, cuando Rousseau se puso aun mas pálido que aquel lo estaba, y

perdiendo absolutamente la serenidad:

—Con qué derecho me hablais así? dijo tartamudeando.

—Porque hallándome en vuestra casa, Sr. Rousseau, en la buhardilla donde me disteis hospitalidad he leído lo que habeis escrito sobre este particular; porque manifestais que los hijos que nacen en la miseria son del estado y este debe cuidar de ellos; porque, en fin, siempre os habeis tenido por hombre de bien, aunque abandonásteis á los hijos que os dió Dios.

—Desventurado! dijo Rousseau, ¿has leído mi libro y vienes á dirijirme semejante lenguaje?

—Por qué no?

—Porque eres una mala cabeza y tienes un corazon perverso.

—Señor Rousseau!

—¡Has leído mal mis libros como lees mal tambien en la vida humana; solo has visto la superficie de las hojas, lo mismo que solo ves la del rostro! Ah! crees que me haces partícipe de tu delito citándome los libros que he compuesto, y diciéndome: «vos confesais que habeis hecho

esto, y de consiguiente tambien puedo yo hacerlo.» Pero lo que no sabes, desventurado; lo que no has leído en mis libros; lo que no has adivinado es que la vida entera de aquel á quien tomabas por ejemplo, esa vida de miseria y sufrimientos podia cambiarla por una existencia regalada, voluptuosa y llena de fausto y placer. Tengo yo menos talento que Voltaire? no podia escribir tanto como él? Si me aplicara mas que lo que hago, ¿no podia vender mis obras tan caro como él vende las tuyas, y obligar al dinero á que anduviese rodando por mi cofre, teniendo siempre á disposicion de mis libreros un baul lleno hasta la mitad? No sabes que el oro llama al oro? Tambien hubiera tenido un palacio, magníficos caballos, un carruaje para pasear á una querida jóven y hermosa, sin que ese lujo, puedes creerlo, hubiera agotado en mí el raudal de la poesia. Dime, no tengo yo pasiones? Mira bien mis ojos, que á sesenta años que cuento ya, despiden aun el brillo de la juventud y el deseo: tú que has leído ó copiado mis libros, ¿no

te acuerdas que á pesar de que mi vida va declinando y de que sufro males de gravedad, parece que mi corazon, siempre jóven, ha heredado para sufrir mejor todas las fuerzas del resto de mi organizacion? Agobiado de achaques que me impiden andar, me siento con mas vigor y mas vida para absorber el dolor, que tuve nunca en la flor de mi edad para acoger las escasas felicidades que me ha concedido Dios.

—Sé todo eso, señor, dijo Jilberto; os he visto de cerca y os he conocido.

—Pues entonces, si me has visto de cerca, si me has conocido, ¿no tiene para tí mi vida una significacion que no tiene para los demas? Esta abnegacion estraña que no es propia de mi índole, no te dice que he querido espiar?...

—Espiar? murmuró Jilberto?

—¿No has comprendido, siguió diciendo el filósofo, que obligado por esta miseria á tomar una determinacion escensiva, no encontré en seguida otra disculpa que dar á esta misma determinacion sino perseverar en el interés y la pobreza?

¿No has conocido que he castigado mi espíritu con la humillacion? Porque mi espíritu sobre todo era el culpable; mi espíritu que habia recurrido á paradojas para justificarse, mientras que por otra parte castigaba mi corazon perpetuando el remordimiento.

—Ah! exclamó Jilberto, así es como me respondeis! ¡Así es como vosotros los filósofos, que escribís preceptos para el jénero humano, os sumerjís en la desesperacion, condenándonos si os enfadamos! Y qué me importa á mí vuestra humillacion, si nadie la sabe, vuestro remordimiento, si permanece oculto? Oh! Desgraciado, desgraciado de vos! Ojalá recaigan sobre vos los crímenes cometidos en vuestro nombre!

—Por qué no decís que recaerán sobre mí no solo la maldicion sino el castigo? Oh! eso sería demasiado! Y vos que habeis pecado lo mismo que yo, os condenais con la misma severidad que yo?

—Con mas rigor aun, dijo Jilberto, pues mi castigo será terrible: ahora que no tengo fe en nada, dejaré que me mate

mi contrario, ó mas bien mi enemigo; suicidio que me aconseja mi miseria y me perdona mi conciencia; desde ahora mi muerte no es un robo hecho á la humanidad y habeis escrito una frase en cuya verdad no creíais.

—Delente, infeliz, dijo Rousseau, detente; ¿no te has hecho bastante daño con tu imbécil credulidad, que así quieres aumentarlo con el estúpido escepticismo? ¿No me has hablado de un hijo, no me has dicho que eres ó que vas á ser padre?

—Sí, lo he dicho, repitió Jilberto.

—¿Y sabes tú lo que es, murmuró Rousseau en voz baja, arrastrar consigo, no á la muerte, sino á la vergüenza, á unas criaturas que han nacido para respirar el aire libre y puro de la virtud con que Dios dota á todos los hombres al salir del seno de su madre? Oye cuán horrible es mi situacion: cuando abandoné á mis hijos comprendí que la sociedad, á quien ofende cualquier clase de superioridad, iba á arrojarme á la cara esta injuria como una reconvencion infamante, y entonces me justifiqué con paradojas,

entonces empleé diez años de mi vida en dar consejos á las madres sobre la educacion de sus hijos, yo que no habia sabido ser padre, y á la patria sobre el modo de formar ciudadanos fuertes y honrados, yo que habia sido un hombre débil y corrompido. Despues llegó un dia en que, no pudiendo apoderarse de mí el verdugo que venga á la sociedad, á la patria á al huérfano, se apoderó de mi libro y lo quemó, porque ese libro deshonraba al pais, cuyo aire habia apesado. Escoje, adivina y juzga: ¿hice bien en obrar de aquel modo? ¿Hice mal en dar aquellos preceptos? Veo que no respondes; Dios mismo se veria apurado para ello; Dios que tiene en su mano la balanza inflexible de lo justo y lo injusto. Pues bien, yo tengo un corazon que resuelve la cuestion, y este corazon me dice, acá en el fondo de mi pecho: «¡Infeliz de tí, padre desnaturalizado, que has abandonado á tus hijos; infeliz de tí si te encuentras con una jóven prostituta que se rie impudentemente por las noches en algun rincon de una enercujada, pues

quizá sea la hija á quien abandonaste y que el hambre conduce á la infamia; infeliz de tí si te encuentras en la calle con un ladron á quien han preso, abochornado aun de haber cometido el hurto, pues quizá sea el hijo á quien abandonaste, y que el hambre ha inducido á cometer un delito!»

Diciendo estas palabras, Rousseau, que se habia levantado, volvió á caer en su sillón.

—Y sin embargo, siguió diciendo con voz que parecia una súplica: yo no he sido tan culpable como pudiera creerse, pues al ver que una madre sin entrañas, cómplice mia á medias, olvidaba á sus hijos, como sucede entre los animales, me dije á mí mismo: «cuando Dios ha permitido que una madre olvide, será porque debe olvidar.» Pues bien, me equivoqué en aquel momento; y hoy, que me has oido decir lo que jamás he dicho á nadie, no tienes derecho para seguir en tu engaño.

—Conque, preguntó el jóven arrugando el entrecejo, si hubiérais tenido

dinero para mantener á vuestros hijos, no los hubiéseis abandonado?

—Si hubiera tenido nada mas que lo estrictamente necesario no, nunca, lo juro.

Y Rousseau estendió con solemnidad la mano hácia el cielo.

—Son bastantes 20,000 libras, preguntó Jilberto, para mantener á un hijo?

—Sí, dijo Rousseau.

—Bien, dijo Jilberto, gracias, señor, ahora ya sé lo que me queda que hacer.

—Y en todo caso, siendo como sois jóven, con vuestro trabajo podreis mantener á vuestro hijo, dijo Rousseau. Pero ahora me acuerdo que habeis hablado de crimen: os buscan, os persiguen quizá?

—Sí señor.

—Pues bien, ocultaos aqui, hijo mio, porque la buhardilla sigue desocupada.

—Sois un hombre á quien quiero bien, maestro, y la oferta que me haceis me colma de júbilo: efectivamente: solo os pido un asilo, pues en cuanto á mi sustento yo me lo ganaré, porque ya sabeis que no soy perezoso.

—Pues bien, dijo Rousseau con aire inquieto: si estamos convenidos subid allá arriba, no os vea aquí mi señora. Como desde que os marchásteis nada encerramos en la buhardilla, la señora nunca sube á ella, y aun está allí vuestro jergon; arreglaos pues del mejor modo posible.

—Gracias, señor; siendo así, voy á ser mas dichoso que lo que merezco.

—Deseais alguna cosa mas? dijo Rousseau empujando con la vista á Jilberto fuera del cuarto.

—No señor, pero oidme una palabra mas.

—Decid.

—En Luciennes me acusásteis un dia de que os habia hecho traicion; pero no falté entonces, señor, pues lo que habia era seguir á mi amada.

—No hablemos de eso; era lo único que teniais que decirme?

—Sí; y ahora, Sr. Rousseau, cuando no se saben las señas de uno que vive en Paris, es posible adquirirlas?

—Sin duda, siendo conocida la persona á quien se busca.

—La que yo quiero buscar es muy conocida.

—Cómo se llama?

—El conde de Bálsamo.

Rousseau se estremeció, porque no se le había olvidado la sesión celebrada en la calle de Platierre.

—Para qué quereis á ese hombre? preguntó.

—Es cosa muy sencilla. Ya sabeis que os acusaba á vos que habeis sido mi maestro, de ser tambien moralmente causa de mi crimen, puesto que creia no habia hecho sino obedecer á la ley natural.

—Y os he desengañado? exclamó Rousseau temblando al pensar en aquella responsabilidad.

—A lo menos me habeis ilustrado.

—Y bien, qué es lo que quereis decir?

—Que no solo ha tenido mi delito una causa moral, sino una causa física.

—Y el conde de Bálsamo es la causa física, no es verdad?

—Sí. He copiado ejemplos, he aprovechado una ocasion, y ahora conozco que en esto he obrado como un animal

salvaje y no como hombre. El ejemplo lo sois vos, y la ocasion el conde de Balsamo. Sabeis donde vive?

—Sí.

—Pues entonces dadme las señas.

—Calle de San Claudio, en el Marais.

—Gracias, voy á verle ahora mismo.

—Mirad, hijo mio, exclamó Rousseau deteniéndole, que es un hombre tan poderoso como profundo.

—Nada temais, Sr. Rousseau, estoy resuelto y vos me habeis enseñado á dominarme.

—Pronto, pronto, idos arriba, exclamó Rousseau, pues oigo cerrar la puerta del pasadizo, y sin duda será la señora que vuelve de la compra: ocultaos en la buhardilla hasta que esté aquí, y en seguida saldreis.

—Teneis la bondad de darme la llave?

—En la cocina está colgada en un clavo, como de costumbre.

--Adios, señor, adios.

—Tomad pan, y ya os prepararé trabajo para esta noche.

—Gracias!

Y Jilberto se escabulló con tanta lijeza, que se hallaba en su buhardilla antes que Teresa hubiese subido al primer piso.

Provisto de las precisas señas que le habia dado Rousseau, Jilberto, no tardó mucho tiempo en ejecutar su proyecto.

Efectivamente, apenas cerró la puerta Teresa, el jóven, que desde su buhardilla habia seguido todos sus movimientos, bajó la escalera con tanta rapidez como si no estuviera debilitado por un largo ayuno. Por lo demas, llevaba henchida la imaginacion de ideas de esperanza y rencor, y detras de todo veia una sombra vengadora que le aguijoneaba con sus quejas y acusaciones.

Asi es que llegó á la calle de San Claudio en un estado difícil de describir.

Cuando entró en el patio de aquel palacio, Bálsamo salia á acompañar hasta la puerta al conde de Rohan, que habia ido á ver á su jeneroso alquimista por un deber de atencion.

Ahora bien, cuando el príncipe salió, parándose por última vez para dar de

nuevo las gracias á Bálsamo, el pobre muchacho cubierto de harapos se deslizó como un perro, no atreviéndose á mirar á su alrededor por miedo de deslumbrarse.

La carroza del príncipe Luis le aguardaba en el baluarte, y el prelado atravesó con velocidad el espacio que le separaba de su coche, el cual arrancó rápidamente así que se cerró la portezuela.

Bálsamo le miró de un modo melancólico, y cuando el carruaje desapareció se volvió hácia la gradería de piedra.

Allí se hallaba una especie de mendigo en ademan suplicante.

Bálsamo se encaminó á él, y aunque no desplegó los labios, su espresiva mirada era interrogante.

—Concededme un cuarto de hora de audiencia, señor conde, dijo el jóven de destrozados vestidos.

—Quién sois, mi amigo? preguntó Bálsamo con suprema dulzura.

—No me conocéis? preguntó Jilberto.

—No, pero no importa, venid conmigo, contestó Bálsamo sin cuidarse del extraño semblante de aquel jóven, ni de sus

vestidos, ni de su importunidad.

Y andando delante de él lo condujo á la primera sala, donde se sentó, sin mudar de tono ni de aspecto.

—Me preguntábais si os conozco? dijo.

—Efectivamente, señor conde.

—Me parece que os he visto en alguna parte.

—En Taverney, caballero, cuando llegásteis allí la víspera del día en que pasó la delfina.

—Y qué hacías en Taverney?

—Vivía allí.

—Érais criado de la familia?

—No, comensal.

—Y habeis dejado á Taverney?

—Sí señor, va á hacer tres años.

—Y habeis venido?...

—A París, donde al principio estudié en casa de Mr. Rousseau, y despues fui colocado en los jardines de Trianon en clase de aprendiz de jardinero y florista por mediacion de Mr. de Jussieu.

—Amigo, me citeis nombres escelentes; y qué quereis?

—Voy á deciroslo.

Y haciendo una pausa, dirigió á Bál-samo una mirada que no carecia de firmeza.

—Os acordais, siguió diciendo, de que el viernes hará seis semanas fuisteis á Trianon una noche que hizo una gran tormenta?

Bálsamo estaba serio; pero adquirió un aspecto sombrío.

—Sí me acuerdo, dijo; me visteis por casualidad?

—Os ví.

—Entonces vendreis á que os pague porque guardéis secreto? dijo Bálsamo con tono amenazador.

—No, caballero, porque yo tengo mas interés que vos en guardar ese secreto.

—Sois, pues, uno que se llama Jilberto? dijo Bálsamo.

—En efecto, señor conde.

Bálsamo envolvió con su profunda y devoradora mirada al jóven cuyo nombre llevaba consigo una acusacion tan terrible.

Y él, que tanto conocia á los hombres, se sorprendió al ver la serenidad de su rostro y la dignidad de sus palabras.

Jilberto se habia colocado delante de una mesa sin apoyarse en ella, y mientras ocultaba en el pecho una de sus manos afiladas y aun blancas, á pesar de estar acostumbradas á los trabajos campestres, la otra colgaba á su lado con gracia.

—En vuestra serenidad conozco, dijo Bálamo, lo que venís á hacer aquí: sabéis que la señorita de Taverney ha lanzado sobre vos una delacion terrible con el auxilio de la ciencia que la ha obligado á decir la verdad, y venís á reconvenirme por este testimonio, no es verdad? ¿Por esa evocacion de un secreto que á no ser por mí hubiera permanecido sepultado en las tinieblas como en un sepulcro?

Jilberto se contentó con mover la cabeza.

—Haríais mal con todo, continuó Bálamo, pues suponiendo que yo hubiera querido delataros sin que me obligase á ello mi propio interés, puesto que á mí se me acusaba; suponiendo que yo os hubiera tratado como á un enemigo, y que os hubiera atacado mientras que me contentaba con defenderme; aun suponiendo,

digo, todo esto, no teneis derecho para decir nada, porque verdaderamente habeis cometido una accion infame.

Jilberto se clavó con furia las uñas en el pecho, pero nada contestó.

—El hermano os perseguirá, y la hermana os mandará matar, prosiguió Bál-samo, si teneis la imprudencia de andar paseándoos por las calles de París.

—Oh! en cuanto á esa poco me importa, dijo Jilberto.

—Cómo que os importa poco?

—Sí; amaba á la señorita de Taverney, la amaba como nadie la amará en el mundo; pero me despreció, á mí, que la miraba con tanto respeto; á mí, que dos veces la habia tenido ya en mis brazos sin atreverme siquiera á acercar mis labios á la orla de su vestido.

—Sí, y le habeis hecho pagar caro ese respeto; os habeis vengado de sus desprecios, por qué medios? Por medio de una felonía.

—Oh! no, no, la felonía no nace de mí, pues me han proporcionado la ocasion de cometer el crimen.

—Y quién os la ha proporcionado?

—Vos.

Bálsamo se incorporó como si le hubiera picado una serpiente.

—Yo! exclamó.

—Vos, sí señor, vos, repitió Jilberto: caballero, vos dormisteis á la señorita Andreea y despues salisteis á escape; á medida que os ibais alejando le faltaban las fuerzas hasta que cayó en tierra. Entonces la coji en brazos para conducirla á su aposento, sentí su carne sobre la mia, y un mármol hubiera sentido lo que yo sentí.... Cedi, pues, pero cedi al poder del amor. Soy tan criminal como dicen, caballero? Os lo pregunto á vos, que sois causa de mi desgracia.

Bálsamo clavó en Jilberto una mirada llena de tristeza y compasion.

—Tienes razon, jóven, dijo, yo soy quien he causado tu crimen y el infortunio de esa concella.

—Y en vez de poner remedio, siendo como sois tan poderoso y debiendo ser tan bueno, habeis agravado la desgracia de la jóven suspendiendo la muerte del culpable.

—Es verdad, contestó Bálsamo, hablas con acierto. Mira, jóven, de algun tiempo á esta parte soy una criatura maldecida, y todos mis designios toman al salir de mi cerebro formas amenazadoras y perjudiciales. Esto consiste en desgracias que tambien yo he sufrido y que tú no comprendes. No obstante, esta no es una razon para que yo haga sufrir á los demas: vamos, qué es lo que pides?

—Os pido el medio de repararlo todo, señor conde, lo mismo el delito que la desgracia.

—Amas á esa jóven?

—Oh, sí!

—Hay muchas clases de amor: ¿de qué clase, pues, es el tuyo?

—Antes de poseerla la amaba con delirio, pero hoy la amo con remordimiento, con furor. Me moriría de sentimiento si me recibiese furiosa, y de alegría si me permitiera besarle los pies.

—Es noble, pero pobre, dijo Bálsamo reflexionando.

—Sí.

—Sin embargo, su hermano es un

hombre poco encaprichado con el vano privilegio de la nobleza. Qué sucedería si le pidieses á su hermana en casamiento?

—Me mataría, respondió Jilberto con frialdad; sin embargo, como mas bien deseo la muerte que la temo, si me aconsejais que dé ese paso lo daré.

Bálsamo se puso á reflexionar.

—Eres hombre de espíritu, dijo, y aun puede decirse que de corazón, aunque tus acciones sean criminales, dejando aparte mi complicidad. Pues bien, vé en busca, no de Felipe de Taverney, sino de su padre el baron, y dile, atiende bien, dile que el día que te permita casarte con su hija, llevarás una dote á la señorita Andrea.

—Yo no puedo decir eso, señor conde, porque nada poseo.

—Pues yo te digo que le llevarás en dote cien mil escudos que te daré para reparar la desgracia y el crimen, como dijiste hace poco.

—No me creerá, porque sabe que soy pobre.

—Pues bien, si no te cree le enseña-

rás estos billetes de banco, y al verlos no dudará.

Diciendo estas palabras, Bálsamo abrió la gaveta de una mesa y contó treinta billetes de á diez mil libras cada uno.

En seguida los entregó á Jilberto.

—Y es dinero esto? preguntó el jóven.

—Lee.

Jilberto dirigió con ansia una mirada al lio de papeles que tenia en la mano, y conoció que era verdad lo que le decia Bálsamo.

En sus ojos brilló la alegría.

—Será posible?... exclamó. Pero no, semejante jenerosidad sería demasiado sublime.

—Eres desconfiado, dijo Bálsamo, tienes razon; pero acostúmbrate á saber de quién debes desconfiar. Toma esos cien mil escudos y vé á casa de Mr. de Ta-verney.

Caballero, dijo Jilberto, mientras que semejante cantidad se me dé simplemente de palabra, no creeré en la realidad de este regalo.

Bálsamo cojió una pluma y escribió:

«Doy en dote á Jilberto el dia en que
«firme su contrato matrimonial con la se-
«ñorita Andrea de Taverney la cantidad
«de cien mil escudos que le he entregado
«adelantados en la esperanza de una ne-
«gociacion venturosa.

«JOSÉ BÁLSAMO.»

—Toma este papel, vete y no dudes.
Jilberto recibió el papel temblándole
la mano.

—Caballero, dijo, como llegue á de-
beros semejante felicidad, vos sereis el
Dios á quien adoraré en la tierra.

—Solo hay un Dios á quien es preciso
adorar, respondió Bálsamo con voz grave,
y ese Dios no soy yo. Idos, amigo mio.

Voy á pedirlos otro favor, y será el
último, caballero.

—Cuál es.

—Que me deis cincuenta libras.

—Me pides cincuenta libras y tienes
en tu mano trescientas mil?

—Estas trescientas mil libras no serán
mias, dijo Jilberto, hasta que la señorita
Andrea consienta en ser mi esposa.

—Y qué vais á hacer con esas cincuenta libras?

—A comprar un traje decente con que poderme presentar en casa del baron.

—Tomad, amigo, aqui teneis, dijo Bálamo.

Y le dió las cincuenta libras que deseaba.

En seguida despidió á Jilberto con un signo de cabeza, dirigiéndose á los aposentos interiores, con paso lento y triste.

FIN DEL TOMO XI.

